ANNE ABAND

HABLA CON ALMA

MENSAJES DEL MÁS ALLÁ

HABLA CON ALMA



ANNE ABAND

Habla con Alma

Anne Aband

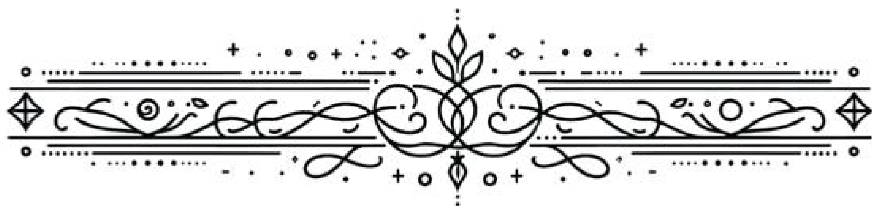
Corrección: Eva Pallás
ISBN: 9798875714269
Safe creative: 2401156648258
Impresión independiente
Portada: Yolanda Pallás

Para mis Wattpaders, por su apoyo total y constante para Alma y el resto de personajes.

Gracias por estar ahí, día tras día, comentario tras comentario, novela tras novela.

Índice

Prólogo



La niña de siete años estaba jugando con una de sus muñecas cuando su padre se acercó.

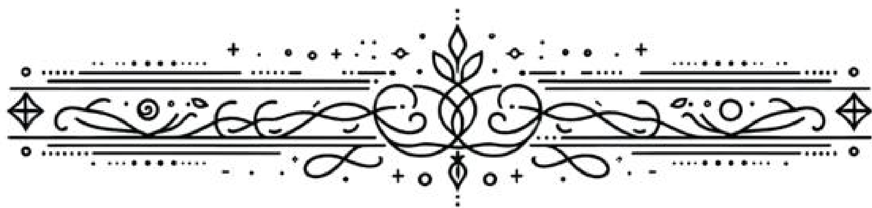
—Nena, dile a mamá que la quiero mucho y a ti y a tu hermanito también. Y dile que las llaves de la caja están en el calcetín de cuadros, segundo cajón.

La niña, sin saber mucho más obedeció y se fue hasta su madre que estaba en la cocina y le dio el mensaje. Su madre se quedó pálida. Al momento, recibió una llamada. Su esposo había fallecido en un accidente con el camión. Miró a la niña y se tocó su vientre plano. Se enteró en ese mismo momento que su esposo había fallecido, que su hija había heredado el don de la mediumnidad de la abuela y que estaba embarazada.

✲✲✲

Desde ese momento, todo fue borroso, no recordaba ver nada. Solo sabía que tenía amiguitos invisibles, que su madre solía mirarle raro cuando hablaba con ellos y que ella se asombraba de que no los viese. Después, cuando fue adolescente, todo eso pasó, nadie se comunicaba con ella, hasta que al cumplir los diecisiete volvió a comenzar.

Capítulo 1. Habla con Alma



—Hablas con Alma, ¿en qué puedo ayudarte?

—Quiero contactar con mi marido, que ha fallecido hace un mes —dijo una mujer llorosa desde el otro lado del chat de voz.

—Escríbeme cómo se llama para tu privacidad, ¿de acuerdo? —dijo Maya con la voz ronca. Casi no tenía fuerzas para hablar.

Ayer casi no había dormido con los terribles sueños que tuvo. Esperaba que solo fueran sueños, pero lo dudaba. Sintió el olor de la suciedad, un lugar abandonado y algo oscuro y terrible.

La consultante le pasó el nombre por el chat y automáticamente, tras cerrar los ojos, el alma entró en contacto con ella. Un cierto olor a motor inundó sus fosas nasales. A veces, los espíritus se manifestaban visual y auditivamente. Pocas veces la tocaban, y lo agradecía porque era escalofriante. Si habían trabajado en algún lugar con olores fuertes o murieron en lugares desagradables, los terribles hedores se metían en ella y tardaba en perderlos, por mucho que se duchase.

—Dime qué quieres saber. Él ya está aquí.

—Quiero saber si está bien. Y quiero decirle que lo echo de menos —la mujer, que no debía ser muy mayor, comenzó a llorar.

Maya comenzó a transmitir el mensaje del joven marido, que estaba pesaroso.

—Querida amiga, tu esposo dice que está bien, que no sufre y que siempre estará a tu lado. También dice que rehagas tu vida, que hay personas que te quieren y que eres muy joven para ser viuda para siempre. Me dice que cuides de Lucas, ¿es tu hijo?, y que le digas a su madre que está muy bien.

—Lucas es nuestro perro, mi esposo lo adoraba. Muchas gracias, Alma.

—De nada, y ya sabes, sé feliz.

Maya colgó el chat de su web y suspiró. El esposo ya había desaparecido, aunque había dos o tres desencarnados que le rondaban, como siempre, esperando que sus familias llamasen. Pero era la hora de cerrar, de descansar, si es que eso era posible.

—Queridos amigos, nos despedimos por hoy. Mañana estaré de nuevo a vuestra disposición. Un aviso para Samuel y Diana, vuestra

madre desea contactar con vosotros. Si me estáis escuchando, llamadme o escribidme. Tened felices sueños.

Maya cerró al micrófono y se despidió de los espíritus que estaban rodeándola, o más bien, los invitó a irse. Tenían tendencia a quedarse y hablarle hasta que se ponía seria y debía poner algún tipo de remedio para echarlos. Eran muy insistentes, pero desde el principio, desde que era pequeña y tuvo una experiencia horrible, había tomado por norma no intervenir a menos de que los familiares quisieran contactarla o fuera un caso especial. Así que ellos tendrían que esperar, claro que, tenían toda la eternidad.

Acarició a su gato que había entrado en el despacho una vez que se fueron los espíritus. Para Salem no era agradable lidiar con ellos, y normalmente cuando comenzaba el programa se escondía debajo de las sábanas de la cama de su dormitorio.

Realizó el ritual de limpieza que le había aconsejado su amiga Johanna y todos se fueron retirando. La noche estaba muy tranquila y la temperatura era muy agradable para ser septiembre. Abrió las ventanas de par en par para que entrase la brisa fresca. Su melena castaña se sostenía enmarañada en un moño en lo alto de su cabeza. Se frotó los ojos pesados. Esperaba dormir hoy mejor. Johanna, una de las pocas personas con la que hablaba de estos temas y que conocía la verdadera identidad de Maya, le había dicho que se acercaban a una fecha muy especial, donde se abría un portal a otra dimensión. Si le hubieran dicho hace unos años cosas así, se lo hubiera tomado a broma, o que era parte de la loca de su amiga. Pero claro, ella lo había visto con sus propios ojos.

Había visto como las nubes se arremolinaban hacia la oscuridad, las almas vagando por la ciudad y presentándose en su casa. Su amiga le había dicho que, desde que había aceptado su don, hacía ya varios años, era como un faro en la oscuridad del mar, y que los atraía como las polillas. Al principio, enfermó. Ellos le absorbían la energía, pero gracias a Johanna, pudo solucionarlo.

Aunque su padre había pasado al otro lado, de vez en cuando la visitaba por lo que no se sentía tan sola. Se mostraba arrepentido de no haber confiado en ella cuando era pequeña y decía que tenía amigos invisibles. Suponía que fue un shock para ellos.

Nadie cercano en la familia tenía esa habilidad, aunque su madre la aceptaba, y al final, cuando los dones volvieron después de un accidente que tuvo a los diecisiete y en el que casi murió, logró llegar a un entendimiento con su vida y sus dones.

Esa etapa fue muy dura. De adolescente había cerrado su mente a ver. Al estar tan cerca de la muerte, las barreras que había creado se desvanecieron. Toda la información le vino a la vez.

Perdió casi veinte kilos y se pasó ingresada en un hospital durante

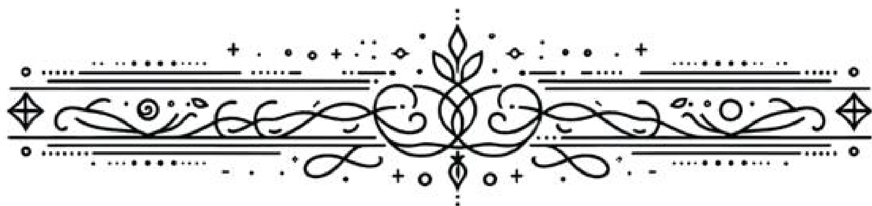
seis meses. A punto estuvieron de internarla en un centro siquiátrico. Ahora sabía que el hospital es el peor lugar del mundo cuando eres capaz de ver espíritus, pues allí rondan cientos de ellos, confusos, enfadados o tristes, y eso fue terrible para ella.

Su madre aguantó y fue quien le salvó la vida. Ella y Johanna, por supuesto. Nadie sabía lo que le ocurría hasta que en la cama de al lado del hospital fue ingresada una niña de unos cinco años, con su madre, Johanna.

Johanna era una mujer haitiana que vino a España a trabajar con su esposo. Ella era peluquera, pero tenía ciertos dones heredados de su abuela. Se dedicaba a preparar rituales de magia blanca y ganaba más que con la peluquería. Fue ella la que supo que todos los males de Maya eran por ser médium y psíquica. La ayudó a protegerse haciendo un ritual cada día al despertar y poco a poco, fue mejorando. Desde entonces, eran inseparables.

Maya cerró la ventana y se fue para la cocina, tomó un par de pastillas para dormir, esperando que la sumieran en un sueño profundo y sin pesadillas, se lavó los dientes y la cara, y se acostó.

Capítulo 2. Corre, corre



El joven echó a correr entre los árboles, sin saber muy bien por dónde ir. El parque estaba bastante oscuro. Por algún motivo no había farolas y tampoco había nadie a quien pedir ayuda. Se escondió aterrorizado detrás de unos arbustos, esperando que él no lo encontrara. ¿Por qué había aceptado hacerlo, si no le daba buena espina? Su abuela le decía que se fiara de su intuición, pero la ambición le perdió y ahora estaba en problemas.

Escuchó un ruido a su izquierda y aguantó la respiración todo lo que pudo hasta que el ruido cesó. Parecía que se había ido. Esperó dos minutos más. Él nunca podría con el tipo, debido a su delgadez, así que había optado por huir.

Se levantó despacio y salió de su escondite mirando a todas partes. Menos mal, no había nadie.

Comenzó a caminar hacia la salida del parque y ya casi estaba en la calle principal, donde sí había luz, cuando un fuerte golpe en la cabeza lo tiró al suelo.

Se dio cuenta de que eran sus últimos instantes en la vida así que formó una letra con sus dedos y esperó el golpe final.

Maya se despertó gritando y Salem saltó de la cama al suelo maullando. Ella se agarró el corazón que palpitaba desbocado. Se volvió hacia el gato, como si pudiera entenderla.

—Salem, he visto un asesinato, o eso creo.

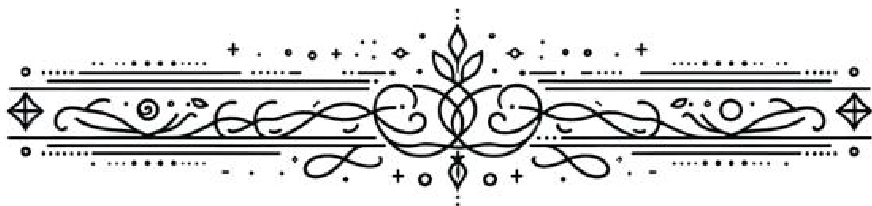
Estaba sudorosa y pálida. Salió de la cama y abrió el ordenador. Siempre que tenía una visión así la colgaba en su chat, por si servía. No iba a colaborar con la policía ni con nadie porque no confiaba en ellos. Pero tampoco quería dejar el hecho sin comunicar. Así que su vecino, que solía entrar en la *Deep o Dark web* para pequeños trapicheos, le había preparado un lugar indetectable y nadie, ni policías ni periodistas podrían averiguar quién era.

Se metió en su servidor y abrió el canal del chat. Describió casi todo lo que había visto y escuchado y cerró el ordenador. Las cuatro menos cuarto de la mañana. Una hora en la que las almas hacían el tránsito hacia el siguiente lugar, y desde la que normalmente ya dejaba de dormir. Había demasiada energía rondándola, así que

desistió.

Se dio una ducha, se puso los vaqueros y una camiseta y se maquilló ligeramente. Se dejó el cabello húmedo suelto y desayunó unos cereales. De todas formas, en dos horas entraba a trabajar en la cafetería de su hermano.

Capítulo 3. Un nuevo caso



—Treinta y ocho años, se llamaba Jorge Fernando, pero todo el mundo le conocía por Zadquiel. Se dedicaba a leer el futuro a todos los que pasaban por la plaza de los Sitios y también por la plaza de los Cañones, justo en el centro de la ciudad. Y vendía prospectos con el horóscopo. Buscaremos si tenía problemas económicos. Estaba fichado por trapicheo de drogas, hace unos diez años —el inspector le hizo un resumen a una de sus compañeras, que acababa de llegar a la escena del crimen.

—Gracias, Francesco, y siento llegar tarde. Tuve que avisar a una vecina para que viniera a cuidar a Pablo.

—No pasa nada. Ha sido asesinado por dos fuertes golpes en la cabeza.

—¿Qué es eso? —Cristina se acercó al cadáver que ya había sido fotografiado por desde todos los ángulos.

—Parece un ocho o una letra ge, no estoy seguro.

Cristina observó el cadáver. Era un tipo delgado, vestido con unos vaqueros y una camiseta oscura. Era calvo o al menos no parecía que hubiera mucho pelo entre su cráneo destrozado.

—¿Quién lo encontró? —preguntó ella mirando alrededor.

—Una chica que estaba aquí, con un hombre, digamos su acompañante, por no decir cliente. Buscaban un lugar apartado y se encontraron con esto. El tipo huyó y ella no sabe quién era, pero llamó a la policía. Tampoco vio nada y Julia dice que el asesinato fue sobre alrededor de las cuatro.

—De acuerdo. Esperaremos a que Julia nos diga algo. ¿Coches, huellas? —preguntó Cristina.

—Nada. Es un parque muy transitado durante el día así que será complicado, pero ya están mirando.

El equipo de la científica terminó de realizar las fotos y recogieron la piedra con la que parecía que le habían abierto la cabeza.

—¿Cuándo vuelve tu marido? —le preguntó Francesco a Cristina. La mujer parecía agotada. Aunque solo era dos años menor que él, parecía que tuviera cinco más.

—La misión acaba en junio. Tengo muchas ganas de volver a verlo y Pablo todavía más.

—Claro. Es normal. Pero tienes que descansar más, tienes mala cara.

—Sí claro, ya les diremos a los asesinos que lo hagan en horario de oficina —bufó ella.

Francesco le sonrió y se dirigió al coche. Él tampoco estaba pasando por sus mejores momentos. Después de la pérdida de su esposa hace tres años de la que comenzaba a recuperarse, su madre había fallecido y su padre estaba tan deprimido que había tenido que ingresarlo en una residencia, para que lo tuvieran constantemente vigilado, a pesar de que solo tenía setenta años.

Con treinta y seis años, Francesco Bursatti era un hombre de pocas palabras, dedicado a su oficio, y aunque de padre italiano, había nacido en España. Su padre, policía de la Interpol, se había dedicado durante la postguerra a vigilar a terroristas, e incluso recibió una medalla. Y él siguió sus pasos en la policía, aunque con una trayectoria de lo más normal. No le importaba, se sentía feliz de ejercer de policía, y en una ciudad pequeña como Zaragoza, no había casos demasiado mediáticos, lo que le hizo poder llevar una vida más o menos normal, hasta que ocurrió lo de Nora. Si era sincero consigo mismo, estaban a punto de separarse. A ella no le satisfacía vivir en una ciudad pequeña o que su esposo fuera un simple inspector. No la culpaba, si había ascendido, era por el tiempo y por el estudio, no por grandes hazañas. Tampoco es que creyera que pudiera hacerlo. Su vida era muy sencilla. Le gustaba la fotografía, el cine, leer y poco más. A ella le gustaba salir mucho, era relaciones públicas de un complejo hotelero y su vida era más bien nocturna. Poco a poco se fueron distanciando, hasta que la relación llegó a su punto final.

Se echó hacia atrás su cabello oscuro y encendió un cigarrillo mientras esperaba a Cristina. La iba a acercar a la oficina ya que había llegado en taxi. Estaba hablando con Julia, la jefa del equipo forense y amiga desde hace años.

Poco más pudieron averiguar de la muerte del tal Zadquiel, al menos durante esa mañana. Por la tarde se acercarían a las zonas donde se solían mover. Mientras tanto, tenían otro caso de asesinato sin resolver de una mujer que había sido atracada en su propia casa. Sin pistas ni la puerta forzada, suponían que la mujer había dejado entrar a su asesino o asesina. Al parecer se dedicaba a leer las cartas del tarot en su tiempo libre. Era una señora de sesenta y ocho años, jubilada y con gusto por los temas esotéricos. Habían revuelto toda su casa y según su hija, se llevaron varias joyas. Todavía no sabían nada del tema. El asesinato había sido muy sucio pues le habían rebanado la garganta y la mujer había muerto desangrada. Se montaron en

silencio en el coche y enseguida llegaron al aparcamiento.

Para ser una ciudad tranquila, habían tenido dos crímenes en la zona centro, que les correspondía a ellos. Dejó su chaqueta en la silla y encendió el ordenador para recuperar los nuevos informes. El aparato gruñó y comenzó a cargarse. Resopló esperando el lento inicio y deseando encenderse otro cigarro. Desde que se había prohibido fumar en los centros de trabajo, se había aficionado a comer chicle, pero hoy se le habían acabado.

Siguió mirando en el ordenador algún tipo de relación con atracadores que asesinaban a sus víctimas, y sacó algunos nombres. Su instinto le decía que no iba por ahí el tema.

—Ey, jefe —la informática, Seven, se acercó a su mesa. Era una chica de unos veinticinco años, recién salida de la academia y con una gran formación en ordenadores, así que la habían captado para suplir las carencias del resto de compañeros.

—Dime, Seven. ¿Has encontrado algo?

—Te va a encantar. A las 3:45 de la madrugada en una web de una médium se hizo público una descripción de tu asesinato. Del asesinato del parque, quiero decir —la chica se mordió su trenza rubia nerviosa.

—A ver, enséñamelo. Tal vez sea algo similar, no igual.

—Bueno, tú léelo, jefe. Por lo que he visto en el informe, es mucha casualidad.

Francesco abrió el enlace que le envió Seven. La web era «Habla con Alma», un programa radiofónico donde la gente llamaba para hablar con sus fallecidos. También había mensajes en el blog, como si fueran recados. Como no cobraba nada, nadie la había denunciado y, de hecho, los mensajes positivos eran muchos. Recibía muchas peticiones a través del foro y por lo que estaba viendo no dejaba ni uno sin contestar, aunque fuera en un par de días. Por eso, tenía visitas de todo el mundo, millones de ellas, aunque no las usaba para monetizar la página. Sí tenía un botón de donaciones de un euro en el lateral. Algo voluntario, al parecer.

Leyó la publicación cada vez con más asombro. Se parecía tanto a su informe que, si no supiera que era imposible, pues no lo había enviado, juraría que alguien lo había filtrado. Debía contactar con ella.

Tenía un chat de contacto por el que la gente le enviaba las preguntas, así que se dispuso a rellenarlo. Era la única forma de hacerlo.

Pensó durante unos momentos qué escribirle y se sentía un poco ridículo al hacerlo, pero no debía dejarlo. Quizá era una testigo. Él nunca había creído en fantasmas.

Soy el inspector Bursatti, de la comisaría del centro. Quiero hablar

con usted con respecto a la publicación que realizó hace varias horas sobre un asesinato en el parque. Por favor, sírvase pasar por la comisaría del centro. Muchas gracias.

No esperaba que le contestara tan rápidamente a su mensaje.

Lo siento, inspector. Pero no quiero descubrir mi identidad ni a la policía. He contado todo lo que sé, así que no puedo aportar nada más.

Los mensajes siguieron.

Señora, necesitamos su testimonio. ¿Estuvo usted en el parque anoche?

¿Ha visto mi página? ¿Sabe a lo que me dedico? Yo no salgo de casa y menos por la noche. Soy lo que soy. Una médium, lo crea o no.

Por favor, Alma. Se trata de un cruel asesinato —Francesco intentó apelar a su caridad humana— *Si se repitiera…*

Lo siento, inspector, pero no tengo nada que decir. Solo que el símbolo que dibujó era un infinito. Tal vez por ahí puedan hacer algo. Su madre le envía recuerdos y dice que deje de fumar. Adiós, inspector.

El chat se desconectó y el inspector se quedó allí parado sin saber qué hacer o qué pensar.

—Seven —avisó a la joven policía que ya estaba mirando por las redes—, necesito que encuentres a esta mujer, si es que es una mujer.

—Sí, jefe, ya lo había intentado, y te aseguro que no es fácil. Tendré que hablar con los técnicos de ciberdelincuencia, pero antes necesitamos una orden. No ha hecho nada malo.

—Yo te la consigo, ves hablando con ellos.

—¿Qué ocurre, Francesco? —Cristina iba por su tercer café y traía los informes de Julia.

—Mira, lee el chat y la publicación.

Ella se agachó y leyó todo el contenido.

—¿Es posible? —Cristina miró asombrada a Francesco.

—No sé si es cierto o es una casualidad. Tal vez pasease por el parque y lo viera. ¿Tú crees en estas cosas?

Cristina rio con nerviosismo y se sentó a su lado.

—Mira, yo creo que hay algo más allá de la muerte. Una vez leí que nunca morimos, que solo nos deshacemos de nuestro cuerpo, pero que nuestra alma sigue viva, que es eterna. Es como el agua al evaporarse, no desaparece, solo cambia su estado. Cuando murió mi padre, sabes que estaba muy unida a él, quise pensar en eso. Quería pensar que él no se había ido, que seguía con nosotros. Y a veces, en casa, olía su colonia, o solo, solo sentía su presencia. Te parecerá una tontería.

Cristina miró a los ojos de Francesco. Él estaba serio, pero había una mirada amable.

—No sabía eso, me sorprende, sí, no me lo esperaba —el policía se quedó callado— Tal vez si conseguimos traerla aquí puedas sacarle

algo más de información, al estar más en línea con todo ello.

—¿Quieres decir al ser más crédula?

—Respeto en lo que crees, no pienses que me parece mal. Para mí, una vez que mueres se acaba todo.

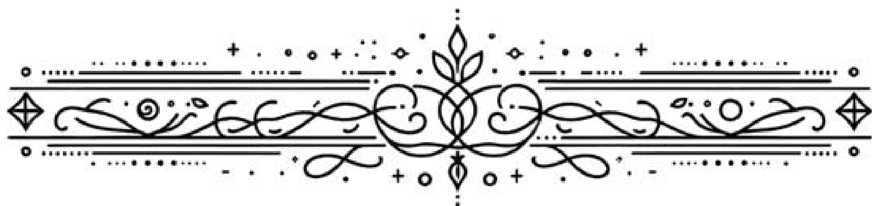
—Francesco, y ¿eso que te ha puesto de tu madre? ¿Cómo puede haberlo sabido?

—Casualidad.

El policía se levantó molesto. También se había preguntado por qué había nombrado a su madre y lo del tabaco. ¿Cuántas probabilidades había de acertar?

—Joder, ¡Seven! —gritó Francesco a la muchacha que estaba en la esquina de la oficina—. Date prisa y consígueme la dirección.

Capítulo 4. Precauciones



—Thierry, necesito tu ayuda —Maya golpeó la puerta de su vecino con la mano abierta—. ¡Ábreme, sé que estás ahí!

Se oyó un golpe seguido de una protesta y la puerta se abrió.

—Estaba durmiendo, ¿tú crees que son horas? Y ¿qué haces que no estás trabajando?

—No he ido a trabajar y son las dos de la tarde. ¿Puedes pasar a mi casa, por favor?

El vecino la miró con un poco de enfado, que se disipó enseguida y accedió.

—Vale, me visto y voy.

Maya volvió a su piso. Paloma no había vuelto todavía de trabajar, así que no la preocuparía. Se preparó un café y esperó al informático. Si el inspector con el que había chateado conseguía localizarle, pensaría que era una farsante, si investigaba sobre ella. No quería pasar por ello, no, porque le costaría volver a enfermarse.

El móvil le sonó sobresaltándola. Era Johanna.

—Nena, ¿qué te pasa? —se escuchó la voz preocupada—. He sentido tu dolor.

—Ay, Johanna, creo que estoy en un apuro. Ayer alguien fue asesinado, lo vi, lo puse en el chat y un policía me ha contactado. ¿Y si me descubre?

—Tú solo has querido ayudar, ¿qué hay de malo?

—Lo sé, pero tengo un mal presentimiento.

Un golpe en la puerta la sobresaltó.

—Viene Thierry, hablamos luego.

—No te preocupes, todo saldrá bien, lo sé.

Maya colgó el teléfono y se dirigió a la puerta. Su vecino ya se había arreglado y lucía su coleta habitual.

—¿Qué ocurre?

—Quiero que revises mi seguridad. Me temo que la policía quiera entrar en mi web y averiguar quién soy. ¿Puedes?

—Claro, ¿tienes pizza en el congelador?

—Por supuesto, para mi informático favorito —ella sonrió y se

fue para la cocina.

El francés abrió el portátil y comenzó a teclear.

—¿No trabajaba Paloma hoy hasta la una? —preguntó como si no quisiera saberlo con ansiedad.

—Hoy tenía una reunión a última hora, pero no creo que tarde —dijo desde su pequeña cocina, justo al lado del salón.

Maya sonrió. Algún día se decidiría a pedirle salir, ella tenía la intuición de que al final estarían juntos, y le divertía mucho los apuros del chico.

Mientras la pizza congelada daba vueltas en el microondas, sintió una presencia en la habitación, algo frío, oscuro y que no era bueno. Sacó la botella de agua bendita de la nevera y la roció por la cocina, espantando a lo que fuera. Esperaba no tener que soportar lo que pasó cuando empezó a ver «cosas».

Al principio, era divertido. Tener amigos invisibles, hablar con ellos, jugar incluso. Pero, cuando tenía unos doce años, recibió la visita de una presencia muy oscura, terrible, algo que su mente no quería recordar. Entonces, sin saber cómo se cerró a cualquier ente, y hasta que estuvo a punto de morir, no lo recobró. Quizá fue entonces cuando las barreras que ella había levantado se desvanecieron.

A veces, desde que volvió a «despertar», entes oscuros del bajo astral se acercaban a ella. Gracias a las protecciones de Johanna no podían quedarse mucho rondándola. Eso y el agua bendita que Paloma le había conseguido de la iglesia, los mantenían a raya. El de ese día… no era normal. Sintió que la miraba con curiosidad, la estaba… observando con una actitud retadora. Sí, esa era la palabra.

La campana del microondas sonó, sobresaltándola y sacó la pizza humeante. No estaba gratinada, pero el horno hacía varias semanas que no funcionaba. Sacó un refresco, ya que su vecino no bebía alcohol y lo llevó al salón, donde el tipo andaba tecleando furiosamente en su ordenador.

Y sí, Thierry sabía a qué se dedicaba, aunque no acababa de creérselo del todo. Maya le traía comida que sobraba del restaurante de su hermano y con eso, el tipo estaba tan feliz. Con eso y con ver a Paloma, por supuesto.

—¿Has conseguido algo?

El chico se sobresaltó, pues estaba muy concentrado. Miró con aire de suficiencia a Maya y sonrió.

—Tienen un informático muy competente, pero a mí no me gana. Tengo una fama en la *Dark Web*. He creado varias barreras más y le será difícil saltarlas. Es posible que la semana que viene tenga que revisarlas.

—Tu pizza favorita, y muchas gracias.

—¿Cómo es que no has trabajado hoy? —preguntó mientras

cortaba su primer trozo de pizza.

—No me encontraba muy bien y al final, como es lunes, no hay tanto jaleo.

La puerta se abrió, dejando pasar a Paloma y Thierry se irguió en su silla. Ella parecía algo agobiada, dejó las cosas y se tiró en el sofá.

—¿Qué te ocurre? —Su compañera de piso trabajaba en una, según ella, «aburrida oficina que le ayudaba a sobrevivir», como perito de una aseguradora. Se encargaba de calcular daños e incluso vigilar a aquellos que querían estafar a su compañía.

—Nada, que vamos hacia abajo… Ha entrado en el mercado una nueva empresa muy fuerte y la gente se está volviendo loca, quitando nuestros seguros y pasándose a esa.

—¿Quieres que les meta un virus en su ordenador? —dice Thierry sonriendo con adoración.

—No, no. La competencia no está mal, pero es que creo que nos van a apretar las tuercas. Quieren más y mejores resultados.

Observó a Paloma. Era una chica muy atractiva, no muy alta y de complexión delgada, con su traje de chaqueta y su coleta baja. Valía para un puesto importante, pero en su empresa, la mayoría eran hombres y no parecía tener buenas oportunidades.

—Oye, ¿y si te vas tú a la otra empresa? Echa un currículo. Si la empresa es más nueva, competitiva, apreciarán tu talento. —Ella se encogió de hombros.

—No sé, puede que sea algo como una traición.

—¿Crees que dudarían en despedirte si no hicieras bien tu trabajo?

—Ya… lo pensaré.

Maya se giró hacia la ventana, donde un espectro blanco, que ella reconoció como la abuela de Paloma le hizo el gesto del OK. Le había gustado la idea. Ella le había contado a su amiga que su abuela estaba por la zona, pero, a pesar de que sabía todo lo concerniente a lo que ella hacía, no parecía sentirse preparada. Su abuela la crio hasta los dieciséis y todavía sentía mucho dolor por su pérdida.

—Bueno, chicas, me voy con la pizza a mi sitio. Tengo que entregar un trabajo hoy.

Teletrabajaba en una gran empresa de programación, muy bien pagado, pero lo que más apreciaba él era hacerlo en casa. Según les había dicho, su trabajo no le ocupaba más de dos horas del día y el resto se dedicaba «a sus cosas», fueran lo que fuesen.

—Gracias, Thierry, mañana te traigo cocido que tienen en el restaurante.

—¡Qué bien!, delicioso. Paloma, mucho ánimo y si de verdad necesitas algo de mí, cualquier cosa, dalo por hecho.

Paloma lo agradeció con una sonrisa y se levantó para cambiarse.

Por las mañanas trabajaba en la oficina y por las tardes hacía trabajo de campo, así que podía comer en casa. Prepararon una ensalada y le contó lo del inspector y lo del asesinato.

—Eso es grave, Maya. Quizá deberías ir a la policía. Puede que veas algún detalle importante. De no hacerlo, te podrían acusar de obstrucción a la justicia.

—Obstrucción sería si lo hubiera sido testigo del crimen, pero fue una visión. Nadie en un jurado creería nada de lo que contase. Y sabes que no quiero hacerlo público.

—Lo sé, lo sé, pero...

—Voy a pasarme por el restaurante de mi hermano. Puede que necesite ayuda.

—Vale, no te enfades, Maya. Yo recojo. Esta noche puede que llegue tarde. Tengo que peritar una fábrica de las afueras que se ha incendiado y han muerto varias personas.

Se volvió con un escalofrío. Por algún motivo, le daba mala espina.

—Ten cuidado, por favor. Los incendios y más con víctimas son peligrosos.

—He quedado con el jefe de bomberos, no estaré sola. Y además sabes que yo…

—Lo sé, no acabas de creer todo esto.

Le dio un beso en la mejilla y después de lavarse los dientes y cambiarse, salió a la calle. A dos calles de su casa estaba el restaurante «Cocina con alma», un título que decidió su hermano sin saber que ella tenía su programa con ese nombre. No había casualidades. Entró en el bar, que estaba bastante animado, así que se recogió el pelo en una coleta y pasó detrás de la barra.

—¿No estabas enferma? —preguntó su hermano Manu.

—Estoy mejor. ¿Por qué no me has llamado? ¿No dijiste que no tenías jaleo?

—Ya ves. Mamá está en la cocina, preparando unas raciones. No sé qué ha pasado, pero ha venido mucha gente, creo que son policías.

Un escalofrío la recorrió. Además de varios espíritus que acompañaban a algunas personas, había un hombre que le llamó la atención. Era un tipo alto, de cabello oscuro y bastante serio. Solo podía ver sus anchas espaldas y las manos grandes que reposaban en la mesa. Estaba sentado con una mujer que tomaba un pincho de tortilla con bastante apetito. Ella tenía ojeras y parecía cansada.

Detrás del tipo vio a una mujer de unos sesenta, un espíritu amable, que tenía la mano posada en el hombro del hombre, como protegiéndolo. Se volvió, mirando a Maya y le guiñó el ojo. La reconoció. Era la madre del… del policía que habló con ella.

—Maldita sea —farfulló bajando la cabeza y metiéndose en la

cocina. Su madre, que estaba cortando cebolla para un guiso, la miró sonriendo, pero luego le cambió la cara.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien o no?

—Sí, estoy bien, mamá. Es que… verás, tuve un sueño con un asesinato —dijo bajando la voz—, lo puse en el chat y me contactó un poli.

—¿Y qué hay de malo?

Su madre era la única que sabía lo de su programa. A su hermano, que jamás vio o creyó, no le había dicho nada.

—Pues que está ahí fuera. ¿Crees que es casualidad?

—No, no lo es. Tal vez sea porque debes hablar con él.

—¿Y qué pasará a continuación, mamá? ¿Me tomarán como una farsante o peor, como sospechosa? Di muchos detalles.

—Tienes razón. No había pensado en ello. Anda, ven aquí.

Se acercó a su madre y la abrazó con ganas. Ella le dio un beso en la mejilla y luego la apartó un poco.

—Siempre has sido especial, Maya. Y has actuado de forma correcta. Sigue a tu corazón y verás como la solución aparece.

—Ay, mami, no sé qué haría sin ti —acabó por decir y salió a la barra. Estaba fregando unas tazas cuando vio que el policía se levantaba y se acercaba a ella. Una taza se resbaló de su mano y cayó a la pila.

—Disculpa, ¿podrías cobrarme? —dijo mirándola directamente.

—Claro, ¿qué tenías?

—Un solo americano, un café con leche y un pincho de tortilla.

Maya se volvió hacia la caja y, con dedos temblorosos fichó la cuenta y le presentó la nota.

—¿Te conozco? —preguntó el policía y ella se encogió de hombros.

—No, pero supongo que tengo una cara muy común.

—Puedes decir alguna cosa distinta de tu cara, pero no que sea común.

—¿Y eso es bueno o malo? —dijo ella. ¿De verdad estaba vacilándole?

—Definitivamente bueno.

Él se alejó con una leve sonrisa tras pagarle y salió por la puerta del bar con la mujer, que la miró de reojo y sonrió.

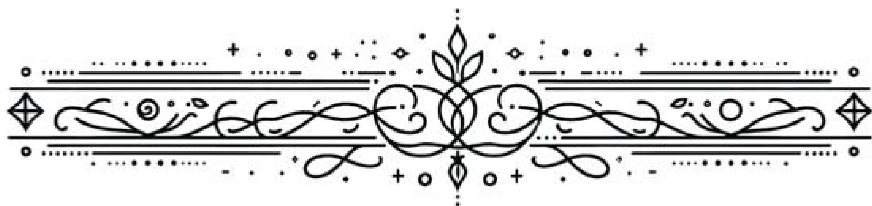
—Vaya con la niña —dijo su hermano acercándose—, has impresionado a ese tipo.

—Tiene pinta de vacilar con todas. E iba acompañado.

—Pues me ha preguntado si podría reservarle una mesa para dos esta semana. Se ve que están haciendo un curso cerca o algo.

—Vaya por Dios —suspiró Maya. Las cosas se le complicaban demasiado.

Capítulo 5. Impulsos



Salió del bar reconfortado por el buen café que servían. No se lo confesaría a su compañera, pero el impulso que había tenido para desviarse por una calle y meterse en ese restaurante no había sido normal.

Él usaba su intuición para resolver asesinatos. Se consideraba un tipo muy racional, pero su madre siempre le había dicho que confiase en su instinto. Había leído que el instinto no era otra cosa que el subconsciente tratando la información unos microsegundos antes de que el cerebro la procesase y de ahí las casualidades, el atar cabos con cosas que puede que ni siquiera hubiera sido consciente de ver. Sí, esa era la explicación racional. Incluso había leído sobre física cuántica y de que todos estamos conectados como en una especie de nube de energía. Pero esa mañana había sido distinto.

—Inspector Bursatti, a mi despacho —llamó la comisaria Bellido con el ceño fruncido. Todavía no se había quitado la cazadora.

Dejó las cosas en su mesa y entró, cerrando la puerta. Ella le indicó que se sentara. De procedencia militar, la comisaria era estricta e implacable. Eso le gustaba.

—Puede que tengan que dejar el curso por estos dos asesinatos —empezó—, ¿O pueden llevar ambas cosas?

—Sí, comisaria. No sabemos si los dos asesinatos están relacionados, puesto que el modus operandi es diferente. El curso de las aplicaciones de la Inteligencia Artificial parece muy interesante. Creo que deberíamos seguir. Son dos días, dos horas a las tres de la tarde. He reservado mesa en un restaurante cercano para Cristina y para mí y así vamos directos.

—Está bien. ¿Y cómo va la cosa? ¿Qué es esa orden para intervenir una web?

Francesco le explicó el mensaje y ella se quedó callada, pensativa.

—¿Habrá tenido algo que ver en el asesinato? Tal vez esa mujer lo vio y se está haciendo pasar por médium. O puede que lo sea de verdad. En ese caso... —la comisaria se estremeció por primera vez en su vida desde que la conocía Francesco y habían visto algunos casos desagradables—, en ese caso, si fuera verdad, esa mujer podría

ayudar.

—Por favor, comisaria. No me creo nada de eso —dijo él retirándose hacia atrás.

—Mire, yo tampoco creía, pero… una vez pasó algo que me hizo dudar. Yo solo digo que tenga la mente abierta.

—La creía más racional, comisaria —dijo él sin una sombra de reproche. Solo estaba asombrado.

—Lo sé. Nadie lo diría, ¿eh? Bueno, si la localiza, me dice. Y esperemos que no se multipliquen los asesinatos. Aunque no tengan relación entre ellos, ¿no se dedicaban ambas víctimas a temas espirituales?

—Sí, pero personalmente no tenían nada que ver.

—Sopese esa teoría, por favor.

Francesco se volvió hacia la comisaria y el rostro por un instante vulnerable de la mujer se volvió de nuevo estricto y profesional. Se levantó y salió a la oficina. Iban a ir a visitar de nuevo a los familiares de la mujer y después irían a ver a los de la última víctima.

—Cris, vamos —dijo a su compañera que estaba tecleando en su ordenador con furia—. ¿Qué te pasa?

—Joder, la niñera, que me dice que se va de viaje y que mañana ya no viene. A ver dónde encuentro ahora a alguien.

—Ya sabes que mi hermana te cuida encantada a Pablo.

—Pero tu hermana está mal de los huesos, para un día puntual, vale, pero necesito a alguien permanente. Menuda putada.

Francesco levantó la ceja. Su compañera debía estar muy cabreada para decir palabras malsonantes.

—Ya le preguntaré a mi hermana si conoce a alguien, ya sabes que ella está metida en la parroquia y hay muchas chicas de esas que van a misa y tal.

—Oye, no te permito que te metas ni con Leticia ni con la gente que va a misa. Yo también voy alguna vez.

—Vale, vale, no te pongas nerviosa. Vamos a trabajar. Mira, he pensado que pasemos a ver al esposo de la primera víctima y luego tengo los datos de la hermana del segundo fallecido, a ver qué nos cuentan.

—Sí, perdona. Es que cuando pasan estas cosas me saca de mis casillas. Encima mi marido dice que posiblemente se quede otros seis meses más.

—¡Joder! ¿Por qué?

—Pues porque necesitamos dinero, Fran, porque estar en una zona de guerra le da una paga muy sustanciosa y estamos hasta arriba con la hipoteca. Por eso, nada más.

—Lo siento, Cris, discúlpame.

Ella cogió su bolso y suspiró, siguiéndole. Salieron al coche y

arrancaron de camino a la vivienda de la primera víctima. Repasó mentalmente. Pilar Monzón, sesenta y ocho, jubilada, trabajó en una tienda de ropa y era aficionada al tarot y a los temas espirituales. Se dedicaba a leer las cartas desde hacía unos cinco años, en su propia casa. Sabían que funcionaba por el boca a boca, puesto que debía de ser bastante buena, o eso dijo su marido en la primera entrevista que tuvieron. Parecía muy afectado, pero sabía que la mayoría de los crímenes caseros podrían ser perpetrados por la pareja. Nadie había forzado la puerta y aunque sí se habían llevado algunas joyas, la casa no estaba tan revuelta. No habían detenido al marido porque tenía una gran coartada. Era jubilado bancario y justo ese fin de semana había estado en una reunión de antiguos compañeros, en Benidorm. Había fotos y vídeos con el tipo de juerga.

—¿Por qué habrán matado a esa mujer? O sea, por lo que dijeron sus familiares parecía bastante agradable. A parte de que se dedicara al tarot, que tampoco es malo per se.

—Quizá a alguien no le gustó lo que le dijo, vete tú a saber. Es difícil ponerse en la cabeza de los psicópatas.

—Lo que más me choca —dijo Cris mientras miraba el informe de nuevo—, es que no hubiera heridas defensivas. ¿Alguien le cortó el cuello de esa manera tan burda y no hizo nada?

—Sí, a mí también me chocó. Hay muchas cosas que no encajan. Vamos.

Aparcó el coche y salieron hacia el piso donde vivían, cerca del río. Llamaron al automático y el hombre, con la voz temblorosa, contestó. Subieron al piso, observando todo de paso.

—Buenos días, caballero, ¿podemos pasar?

—Sí, claro, pasen.

El hombre tenía profundas ojeras y parecía que le habían caído diez años encima. La casa tenía un desarreglo nuevo, algo que no vieron la otra vez. Estaba claro que la mujer había sido muy ordenada y pulcra.

—¿Saben algo más? —preguntó con una pequeña esperanza es sus ojos.

—No, señor —dijo Cristina con cariño—, pero seguimos investigando. ¿Podríamos hablar un momento?

—Claro, para eso han venido. ¿Quieren un café o algo?

—No, gracias. Verá —empezó Francesco mientras se sentaban en el acogedor salón—, queremos preguntarle sobre esa actividad de lectura de cartas que su esposa realizaba. ¿Quizá alguien estaba enfadado por ese motivo?

—No lo creo. Mi mujer dice… decía que siempre daba mensajes positivos y que cuando veía algo demasiado malo, se lo callaba para no herir a las personas. Ella tenía un don, se lo aseguro. No recibía a

mucha gente, aunque en verdad tenía mucha demanda y solo cobraba la voluntad. A veces, nada. Ese dinero lo llevaba a la parroquia, fíjese. Nosotros no necesitamos nada, tenemos una buena jubilación.

—¿Tendría su agenda o alguna libreta con sus citas?

—Claro, sí. Ella era muy ordenada, desde luego. Esperen, que voy a buscarla. Pueden llevársela, aunque les rogaría que me la devolvieran cuando sea, para tener sus anotaciones como recuerdo.

Les trajo una libreta rosa con símbolos paganos que era más bonita que siniestra. Francesco la revisó, sobre todo el último día y se quedó pálido.

—Otra pregunta, caballero —dijo Cristina que no se había percatado de ello—, su hija denunció que le faltaba algunas joyas, ¿no tendrá alguna foto?

—Espere.

El hombre miró el móvil y les enseñó una foto de la mujer sonriente y de boda. Llevaba un colgante con una preciosa piedra verde bastante grande.

—Revisamos bien el joyero y solo faltaba ese colgante. Es un jade antiguo, que le compré en un anticuario hace muchos años. ¿Creen que es por eso? Es cierto que me costó en su tiempo mucho dinero, pero no es una joya de oro… o sea, es una gran piedra que alguien que no fuera mi esposa posiblemente no llevaría.

—No creo que sea por eso, de todas formas, agradecería que me enviase la foto.

El hombre asintió y le envió la foto por correo.

—Si recuerda cualquier cosa, por favor, háganoslo saber.

—Ya les dije que era un fin de semana normal. Ella estaba bien, para nada preocupada. Pronto era nuestro cuarenta aniversario de boda y nos íbamos a ir de crucero. No sé cómo voy a vivir sin ella —acabó suspirando.

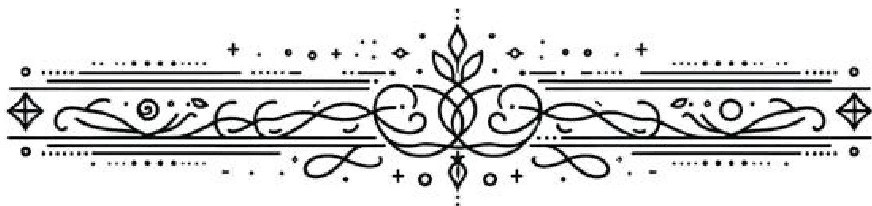
Los dos se levantaron y se despidieron, dejando al hombre sentado en el sillón mirando al infinito. Cerraron la puerta con cuidado y Francesco agarró del brazo a Cristina, que ya pulsaba para bajar en el ascensor.

—¿Qué pasa?

—Mira.

El inspector le mostró el cuaderno en la última página. El nombre de Jorge Fernando, entre paréntesis Zadquiel, estaba el último de la lista.

Capítulo 6. Pesadilla



—Vamos vete a casa, tienes mala cara —le dijo Manu. Y sí, era cierto, había como una especie de… torbellino energético que no comprendía.

—Me echo la siesta y vengo por la tarde. Tienes que dejar de trabajar en algún momento y atender a tu marido y a tu hijo.

—Ander lo entiende, trabajar en hostelería tiene esos inconvenientes.

—Es igual, debes estar con ellos, a mí no me espera nadie. Luego vuelvo.

Maya le dio un beso a su hermano y caminó hacia casa. Sí, necesitaba una buena siesta y tranquilizarse. Llamó a Johanna para ver si tenía un rato libre. De vez en cuando, ella hacía algún tipo de limpieza de «residuos ectoplásmicos», como ella los llamaba. Y es que al final, según le decía, los espíritus o parte de ellos se le quedaban pegados.

—Estaré en tu casa en media hora. Date un baño con sal y tomillo y espérame que voy para allá. Te aseguro que algo pasa. Las energías están revueltas.

—Ten cuidado, Johanna. Me da mala espina.

—Tranquila, te veo luego.

Con un suspiro, Maya llegó a su casa y se dio un baño largo con abundante sal y hierbas, para limpiarse bien. Acababa de salir y ponerse su ropa interior, cuando el timbre sonó y llegó Johanna. Se dieron un abrazo sentido y Maya empezó a preparar una infusión.

—Toma, echa estas —dijo su amiga dándole dos bolsitas. Ella era una mujer grande, de piel oscura y sonrisa franca. Salem subió a su regazo y ella acarició su oscuro pelaje.

—¿Qué ocurre, Maya? ¿Has tenido otro sueño?

—No, aparte del de Jorge Fernando, ninguno más. Tal vez sea porque a él lo conocía. Pero sé que está pasando algo. Los que vienen a verme andan temerosos.

—Vamos a limpiar, venga, a la cama y en ropa interior.

Maya obedeció y se echó boca arriba encima de su cama. Johanna sacó de su mochila un atado de hierbas y lo encendió para limpiar el

ambiente. Salem las miraba con curiosidad.

—Ese gato tuyo me encanta —sonrió Johanna—. Después, siguió limpiando mientras Maya se relajaba, cansada.

La oscuridad la envolvió y al principio fue agradable, relajada. Como si estuviera en trance. Una luz se encendió, como un foco y tres almas vinieron hacia ella. Reconoció a Jorge Fernando, que iba acompañado por dos más, una mujer y un enorme hombre.

Van a por todos nosotros, debes hacer algo, dijo Jorge Fernando. Ellos miraron hacia atrás con temor y salieron corriendo. Maya se quedó paralizada, sin saber qué hacer, hasta que alguien la movió y abrió los ojos.

—¿Dónde te habías metido? —dijo Johanna aterrorizada—. No podía traerte de vuelta. No vuelvas a hacerlo, niña, me has dado un susto de muerte.

—Johanna, hay algo, ellos me han avisado. Han asesinado a tres espiritistas y creo que son solo los primeros.

—Eso no puede ser, ¿por qué?

—Había una presencia, pero no sé quién era.

—Déjame que termine la limpieza, pero no cierres los ojos. No te duermas.

Una vez que acabó, tomaron las hierbas mientras Johanna no la perdía de vista. De repente, se le iluminó la mirada y rebuscó en su mochila.

—Toma, un amuleto de santería. Es de Ochosi. Se invoca para proteger a las personas de energías negativas y entidades oscuras. Es un cazador y guardián de los caminos, y te proporcionará seguridad y defensa espiritual. Yo me haré otro para mí.

—Gracias, pero ten cuidado, por favor.

—Claro, cariño. Bueno, tengo que irme. Llámame ante cualquier cosa.

Se dieron un abrazo y Johanna se despidió. Maya miró el colgante de cuentas azul oscuro con una flecha en el centro, imaginaba que por ser una deidad cazadora. Miró la hora y más tranquila, se fue al restaurante, donde le dio el relevo a su hermano, que le recibió con un abrazo.

—Gracias, la verdad es que estoy preocupado, al peque le están saliendo los dientes y hoy ha tenido fiebre.

—Deberías habérmelo dicho y hubiera venido todo el día.

—Se te ve cansada. ¿Duermes bien?

—Pse —contestó ella. No le iba a decir que muchas noches se pasaba respondiendo mensajes y atendiendo a espíritus.

—Pues cierra pronto y a dormir. Me gusta tu collar.

—Regalo de Johanna.

—Así que será mágico —dijo moviendo las manos como si fuera

un mago.

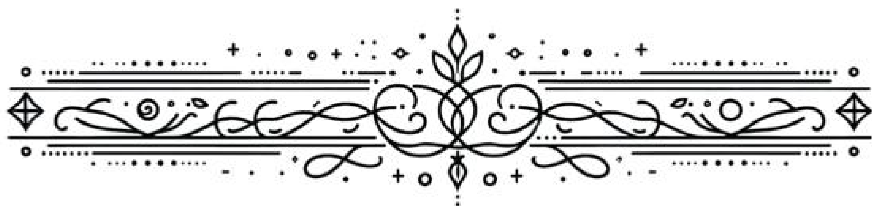
—No seas tontuno, anda, lárgate.

La cocinera de tarde la saludó y le dio una hermosa tortilla de patatas para poner en el mostrador. Había poca gente y, sí, esperaba poder cerrar pronto. Sirvió cañas de cerveza, la tortilla casi se acabó y después algunas copas. A veces, la energía de los demás la agotaba, sobre todo cuando eran gente muy hacia afuera, como los llamaba ella. Gente que expandía su aura, sus tentáculos, que quería avasallar a los demás. Solían tener las auras rojizas o anaranjadas, dependía. El rojo era el color de la ira y de los problemas, bien lo sabía ella.

Cuando se estabilizó, nunca había estado tan bien. Fue Johanna también la que le animó a expandir sus dones al mundo, pero ella no quería quedar con nadie, ni hacer consultas privadas. Con los años y cuando Thierry llegó a su rellano, pensó que podría hacerlo de forma anónima a través de una página web. Él, con tal de estar un rato en su casa admirando a su Paloma, lo hizo bien a gusto. Y así empezó todo.

Pero ese policía... no podía permitir que la descubriera. Como si lo hubiera sentido, entró un mensaje en el chat. Miro alrededor. Todos los clientes estaban atendidos, así que lo abrió para ver qué quería ahora.

Capítulo 7. Uno más, uno menos



—Si nos damos prisa, acabaremos antes de que se tenga que ir tu niñera —dijo Francesco mirando a Cristina, que andaba tecleando con el móvil. Después del shock de saber que el segundo asesinado había sido la última visita de la primera, todo empezaba a enredarse y posiblemente tendrían que hacer horas extras, algo que no le iba nada bien a su compañera.

—Conciliar trabajo y maternidad sigue siendo tan difícil como siempre —bufó ella.

—Cuando las dos personas tienen trabajos complicados, todavía más.

Miró a Cristina de reojo. Era de normal optimista y enérgica, a pesar de todo el peso que llevaba encima. Su marido, lejos, su hijo pequeño que, como todos los niños, se ponía enfermo de vez en cuando y ella, sola. Se mudaron a la ciudad cuando a él lo destinaron y dejó a toda su familia. Y no podía hacer venir a su madre desde Almería donde vivía para cuidar a su nieto. No, ella podía pedir ayuda, pero no hacer putadas.

—Me ha enviado un mensaje tu hermana. Es un encanto. Mañana cuidará a Pablo y está indagando entre las chicas a ver si encuentra una buena. Eso me ha dicho. Gracias, de verdad.

—Ya sabes cómo es.

—Sí, una segunda madre para mí —dijo ella sonriendo por primera vez en un buen rato. Desde que llegó a la ciudad y la emparejaron con su compañero, la hermana de Francesco, casi dieciocho años mayor que él, la había acogido como si fuera una hija.

—Bueno, ¿qué haría un tío que se dedicaba a leer el futuro y a preparar horóscopos y demás visitando a una lectora de tarot?

—Según creo, uno no puede ver su futuro. O sea, he estado leyendo que normalmente cuando quieren saber algo sobre ellos, escogen un compañero para que les lea las cartas o algo así.

Una llamada los interrumpió y Francesco puso el manos libres.

—Hola, Seven, ¿novedades?

—Buenas y malas, jefe. Me ha llegado la orden, pero es imposible entrar en esa web. Además de médium debe de ser hacker.

—Joder, ¿y no hay alguien de esos amigos tuyos que te pueda ayudar? —contestó Francesco.

—Puede. Voy a meterme en la *dark web*, hay uno muy bueno, se llama Dragón rojo. Puede que no salga barato.

—Antes de comprometerte a algo, me dices. Primero intentaré volver a ponerme en contacto con la mujer, a ver si quiere colaborar.

Miró el reloj del coche. Querían acercarse a la casa de la hermana del asesinado, para hablar con ella, pero un nuevo mensaje les cambió los planes. Otro asesinato.

—¡No me jodas! ¿Pero qué está pasando? —Francesco dio un puñetazo al volante mientras Cristina leía el texto.

—Han encontrado un cadáver en unos juncos, junto al río. Es un tipo de raza afroamericana, bastante alto. Y según su documentación, agárrate, Fran, era chamán. Hacía rituales. Llevaba uno de esos folletos en el bolsillo.

Francesco se volvió hacia Cristina pálido. Dos asesinatos podrían ser una casualidad, pero tres era un patrón.

—Hace seis días, Pilar, hace dos, Jorge Fernando y hoy, el tercero. Parece que tiene prisa en acabar con todos los que se dedican a esto.

—Tal vez deberíamos avisarlos… —dijo Cristina mientras Francesco viraba el coche y ponía las luces.

—¿Cómo? Si la mayoría de ellos lo hace de tapadillo. Son gente que se dedica a esto fuera de la legalidad. No creo que haya un epígrafe de lectores de cartas.

—No seas tan irónico, Francesco. En algún sitio habrá algo.

Se metió por Internet para buscar en la ciudad, pero lo dejó cuando llegaron al escenario del crimen. Estaba ya acordonado y se dirigieron a hacer la inspección ocular antes de que llegase la científica. Después de ponerse las calzas y los guantes, bajaron a la orilla por un pequeño terraplén. Estaba lleno de deposiciones de perro e incluso otras cosas, como preservativos o colillas. Francesco gruñó pensativo. No parecía ser fácil sacar algo en claro de ese lugar tan visitado.

El tipo era bastante alto, metro noventa como nada. Estaba tumbado boca abajo y al parecer tenía una herida incisa en el costado, que debió de causar la muerte por desangramiento. Parecía, por el nivel de extensión del charco, que había sido hace horas, pero hasta que no viniera la científica y después el forense examinase la rigidez del cuerpo y otros cambios post mortem, no podrían saberlo. El agente solo había sacado lo de su bolsillo trasero, la cartera y varios folletos de su… trabajo, sin tocar nada más.

Ambos miraron la zona y luego se centraron en el tipo. Llevaba la cabeza rapada y tenía tatuajes que comenzaban casi en la frente y

acababan por la espalda. Como una especie de amuleto viviente.

—¿Quién lo encontró?

—Esa mujer de ahí, la del perro. No sabe nada, la verdad y está tan nerviosa que en cuanto venga su hermana para recoger a su mascota, la llevaremos al hospital.

—Bien, ya hablaré con ella si es necesario.

—Fran, esto no me huele bien.

—Me voy a la comisaría, vete a casa, Cris. De verdad. Solo voy a informar.

—Gracias, porque la tipa esta se quiere ir.

—¿Y si pillas una excedencia hasta que vuelva tu marido? Sé que no es la solución, pero yo qué sé.

—Tranquilo, algo se me ocurrirá.

—Solo sé que estás agotada y eso no es bueno. Tienes que cuidarte y no llevar el peso del mundo a tus espaldas.

Cristina se volvió hacia su compañero, conmovida. Le apretó el brazo y se fue caminando hacia el autobús.

Francesco condujo hasta la comisaría y cuando entró, su jefa estaba reunida. Quería informarle de que sí, que ella estaba en lo cierto y que los asesinatos se relacionaban. Ella lo vio por las cristaleras y le hizo un gesto para que entrase. Al ver quien estaba dentro, se metió la camisa por el pantalón y se pasó la mano por el cabello. Ver a la comisaria Martínez de la policía judicial y a López, director general de la policía en una pequeña oficina de barrio no era normal.

—Pase, inspector Bursatti —dijo su jefa con el rostro tenso—. ¿Alguna novedad?

—Buenas tardes —saludó con educación, casi cuadrándose—. Como usted había sospechado, los asesinatos están conectados, al menos los dos primeros. El segundo asesinado acudió al domicilio de la primera. Y el cadáver que han encontrado hoy tiene relación con temas esotéricos, también.

—Eso es grave, inspector —dijo el director, volviéndose hacia él. Era un tipo de unos sesenta, trajeado y de aspecto formal. La comisaria de la judicial era de la misma quinta que su jefa, sobre los cincuenta y tantos, también con traje y el rostro serio. De hecho, ambas fueron compañeras de promoción, que él recordase.

—Estamos en varias líneas de investigación, señor.

—No queremos un asesino en serie en la ciudad —dijo la comisaria Martínez—, sobre todo porque estamos pendientes de que nos den un simposio que traerá millones a la ciudad. La alcaldesa está de los nervios.

—Hay asesinatos en todas las ciudades, señora —dijo él impaciente.

—No en la nuestra —terminó el director—, arregle esto lo antes posible y esperemos que no sea un puto asesino en serie.

—Señores.

Francesco se marchó del despacho más enfadado que un mono. Encendió el ordenador mientras se marchaba hacia la cafetera para ponerse uno bien cargado. Lo necesitaba.

Se metió en la página de la tal Alma, pero no parecía haber colgado nada sobre este nuevo asesinato. Eran las ocho y media de la tarde, tal vez la pillase online.

Señora Alma, soy el inspector Bursatti de nuevo. Necesitaría su ayuda. El asunto es grave.

Esperó varios minutos, rezando para que esa mujer le contestara. Era su única pista, aunque al día siguiente irían a ver a la hermana de la segunda víctima y con la foto del nuevo asesinado, verían si lo conocía.

Lo siento, inspector. No puedo ayudarle.

Gracias por contestar. Verá, ha habido otro asesinato. ¿Lo presintió tal vez? ¿Tiene algún detalle que nos pueda ayudar?

Veo que están desesperados. No, no tengo detalles

¿Seguro? Usted vio el crimen

Vi el primero, pero no los otros.

Francesco dio un respingo. ¿Cómo sabía que había «otros»?

Me está mintiendo, Alma. Y lo peor del caso es que son personas que se dedican a leer el futuro. Puede que usted esté en peligro.

Yo no leo el futuro, inspector. Soy clarividente y tengo visiones, escucho a los espíritus, pero no me dedico a leer las cartas.

¿Y no podría contactar con alguno de los asesinados para ver si ellos le decían algo?

Francesco se sintió estúpido por preguntar eso, pero debía probar. Y tal vez ella estaba implicada.

Podría, tal vez. Si ellos quieren. Necesitaría quizá… algo para localizarlos.

Por eso sería mejor que nos viésemos.

No, inspector. No quiero que me tome por sospechosa. Mi vida ya es suficientemente complicada.

No la voy a acusar de nada.

Ja, de momento. Lo siento, pero no.

La comunicación se cortó y por mucho que Francesco insistió, ella no contestó. Llamó a Seven y le pidió que se diera prisa en hackear la web. Cuando pillara a esa señora, la iba a empapelar por obstruir la investigación.

Suspiró y siguió mirando la página. La gente parecía encantada de consultar sus cosas. Y nadie se quejaba. Siguió mirando los comentarios sin encontrar nada malo.

—Ey, jefe, no he podido entrar en la web, pero he encontrado algo. Mira.

Seven le enseñó un folio con un comentario que al parecer había sido borrado. Era bastante desagradable. Francesco lo leyó en voz alta.

—«Eres una zorra y te mataré. Tú y los de tu clase vais a morir todos». ¿De cuándo es esto?

—Hace un mes. El hacker lo borró y bloqueó al usuario, un tal Ángel de Dios. Seguramente sea un fanático, pero me pareció interesante.

—Sí, eso de *tú y los de tu clase* me suena a amenaza de un psicópata. Esa mujer puede estar en peligro, si es el mismo que ha asesinado a los otros tres. Espabila, Seven, y haz lo posible.

—He contactado con Dragón rojo. Me pide quinientos euros por hackear la web.

—Hazlo, seguro que la comisaria nos lo dará. ¿Le has dicho cuál era?

—No, todavía no. Pero el tipo es capaz de hacer cualquier cosa. Una vez hackeó al ministerio de defensa por unos segundos.

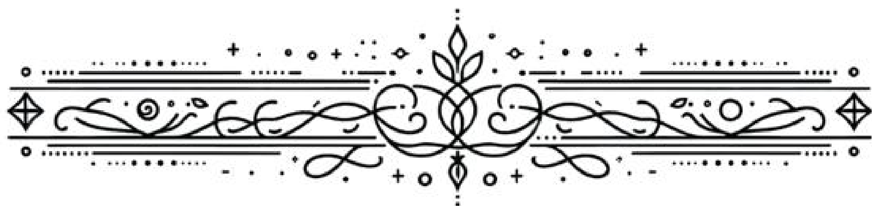
—Un delincuente, vamos.

—No, él no roba. Debe de trabajar en algún tipo de empresa de seguridad. Es legal… más o menos. Que yo sepa, no se dedica a joder al personal.

—Vale, dime lo que sea.

Francesco cogió su cazadora y salió de la comisaría. El viento soplaba frío, pero fue caminando para casa, necesitaba pensar. Sus pasos le llevaron de nuevo al bar donde habían almorzado. Vio a la muchacha en la barra, sonriendo a unos clientes y pensó. ¿Por qué no tomarse un último café?

Capítulo 8. Un nuevo encuentro



Miró al inspector llegar a la puerta y abrir. Maya se sonrojó y bajó la vista cuando el tipo se acercó a la barra. Tenía el rostro agotado y aun así no le quitaba nada de su atractivo: los típicos labios gruesos de un italiano y la nariz recta. Llevaba el pelo corto, pero revuelto y sus manos eran grandes y expresivas.

—Hola, ¿puedes ponerme un descafeinado americano?

—Hola, claro.

Maya se giró para preparar el café en la parte de atrás de la barra y se lo puso.

—¿Me puedes poner ese pincho de tortilla que te queda? Así no me hago cena.

—¿Solo un pincho de tortilla para un tipo tan grande? —bromeó Maya y consiguió sacar una sonrisa.

—Lo sé —contestó él devolviéndole la sonrisa—. ¿Quizá un bocadillo?

—Claro, hombre. Tienes suerte de que la cocinera no se ha ido todavía. ¿De qué lo quieres?

—¿Qué me aconsejas?

—Pues… ¿lomo con queso y pimientos verdes? —El inspector dio un respingo.

—Sí, justo es mi favorito. ¿Cómo lo sabías?

—Es el favorito del noventa por ciento de los tíos que vienen por aquí —dijo ella desapareciendo en la cocina.

Maldijo en silencio mientras encargaba a la chica el bocadillo. Luego salió de nuevo, esperando que él se hubiera sentado en una mesa, pero seguía en la barra.

—Igual creo que me tomaré el pincho. Soy Francesco.

—Maya. Este es el restaurante de mi hermano Manu.

—Ah, sí, el chico del otro día. Voy a venir con una compañera a comer a partir de mañana, tenemos un curso cerca de aquí.

—Muy bien.

Maya puso la tortilla en un plato con dos rodajas de pan y se lo pasó por encima de la vitrina de la barra. Él alargó la mano y cogió el plato, rozándole la mano. Maya se estremeció y lo soltó. Por suerte, él

lo había atrapado. Se la quedó mirando, pero ella se volvió hacia la cocina, con la excusa de ver si estaba el bocadillo.

—Todavía no está, Maya, que lo tengo que hacer —la riñó la cocinera.

No le quedó otro remedio que salir y el tipo estaba todavía en la barra, mirándola. Entraron un par de hombres y les sirvió unas cañas. La madre de Francesco la miraba de forma insistente. Ella negó con la cabeza.

—Está buenísima esta tortilla de patatas. Se parece a la que hacía mi madre —dijo él y a ella se le cayó un vaso—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, es que mi abuela murió hace poco y bueno, me acordé de ella —dijo con lo primero que le pasó por la cabeza.

—¿Trabajas aquí todo el día? —preguntó él sin perderla de vista.

—Casi todo. Mi hermano y yo nos vamos turnando. ¿Por qué lo preguntas?

—Por pasarme a verte. Si no te molesta o… a tu pareja o algo.

Ella sonrió y miró al policía que parecía bastante cortado.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —acabó sonriendo. Él parecía inseguro.

—Perdona, es que no tengo práctica. Me voy a la mesa.

Tomó el café y se fue hacia la mesa del ventanal, mirando hacia la calle. Ella lo observó, apreciando su perfil. Rematadamente guapo y alto, con un punto de vida tormentosa, justo su ideal.

—¡El bocata! —dijo la cocinera.

Maya lo tomó y se fue hacia la mesa del policía. Lo dejó y se agachó para ponerse a su altura.

—Puedes pasar a verme cuando quieras y no tengo pareja.

Ella se giró, nerviosa y se metió en la barra, donde se entretuvo limpiando y sin mirarlo de nuevo. ¿Qué había hecho? Se insultó y todo. Era el policía que la buscaba y ella, así, ligando con él. ¿En qué estaba pensando?

—¿Sueles hablar mucho sola? —dijo él cuando se acercó con el plato vacío y el café.

—Sí, la verdad es que estoy como una cabra, por eso no tengo pareja.

—Si pretendes asustarme, estoy curado de espanto. Yo también tengo lo mío. Vendré a verte, si no te molesta.

Ella lo miró. El interés parecía sincero. Acabó suspirando y encogiéndose de hombros. Francesco pagó y salió del bar. Los dos tipos también se despidieron y ella terminó de limpiar la cocina y cerrar.

Pronto se hacía de noche y, además, se había levantado un vientecillo fresco algo desagradable que le daba escalofríos. En su ciudad, cuando llegaba el otoño y el invierno, se desataba el vendaval.

Mucho aire frío que se te metía por los huesos.

Caminó deprisa hasta casa, seguida por algunos de sus habituales, entre ellos había una joven que había muerto en la guerra de la Independencia, allá por 1813 y que andaba buscando a su familia. El problema era que no recordaba su apellido y así era imposible encontrar a sus descendientes, si es que los tenía. Ella se llamaba Azucena y era encantadora, pero no sabía cómo ayudarla.

Azucena le metió prisa para ir a casa y ella la miró sorprendida. No sería porque ella tuviera frío, aunque con todo lo que estaba pasando, no le hacía gracia estar por la noche tampoco.

En el apartamento, Paloma estaba cenando con Thierry, que la miraba con la misma adoración de siempre.

—Hola, chicos.

—¿Has cenado?

—Sí, algo he picado. Te veo serio, vecino.

—Pues sí. He pasado a comentarte algo importante y Paloma me ha invitado a cenar hasta que vinieras.

—¿Qué ocurre?

—Bueno, verás, vosotras sabéis que me dedico a programar y que soy buenísimo, el mejor, digamos…

—¿Por eso vives en este cutre edificio? —interrumpió Paloma riéndose.

—Tengo mis razones. A lo que iba. Esta tarde me he rayado porque una tía con la que alguna vez chateo por la *dark web* me ha contactado. Me ha pedido que me meta en una web.

—¿Eso no es ilegal? —le preguntó mientras le robaba una patata frita.

—Lo es, sobre todo si no tienes una orden judicial. Pero es algo que los hackers hacemos cuando nos da la gana. Lo que pasa es que esa tía trabaja para la poli. Y la página que quiere que abra es la tuya.

Paloma escupió la bebida, manchando su ropa.

—¡No me jodas! —dijo Maya levantándose y frotándose la cabeza. Claro, iban a por ella, a averiguar su nombre como fuera. Se volvió hacia Thierry—. ¿Y qué le has dicho?

—Que si me da quinientos euros lo haré.

—Joder, qué traidor —dijo Paloma mirándolo con desprecio.

—Iba a pedir más, pero sé que la policía no tiene dinero para eso, no me lo va a dar, y tampoco pensaba hacerlo. Es como que quiero demostrarle que estoy dispuesto a colaborar.

—¿Y si te obligan?

—No pueden, no saben quién soy ni nada de mí. Solo quería advertírtelo. Quieren tu nombre.

—Joder, joder, joder —se paseó por la habitación y entonces Salem saltó a sus brazos. Empezó a tranquilizarse y se sentó de nuevo.

—Espero que no me traiciones. Si es por dinero…

—No lo voy a hacer, Maya. ¿Quién te crees que soy? —dijo ofendido—. Solo no quise negarme, por curiosidad. Le daré una excusa cualquiera.

—¿Puedo chatear con el inspector? O sea, abrir un chat con él desde donde se haya conectado.

—Sí, y si quieres te puedo dar su correo y su teléfono. Lo que necesites.

—No quiero eso. Solo hablaré con él y le daré toda la información que necesite, quizá así me deje en paz.

—Vale, te abriré un correo encriptado y podrás comunicarte con él por privado.

—¿Cuándo podrás hacerlo?

—Dame un par de minutos.

—¿En serio? —dijo Paloma. Él se estiró orgulloso.

Después de un momento, ya tenía la aplicación de chat Closed en el teléfono, con el correo del inspector y uno falso.

—¿Pero no podrá descubrir mi móvil?

—No, te aseguro que no. Bueno, me voy a casa. Felices sueños.

Paloma recogió la mesa mirando con preocupación a su amiga.

—Deberías hablar con el inspector ese, cara a cara. Si te mantienes oculta parece que estés escondiendo algo.

—Ya sabes que no. ¿Qué tal te fue por la fábrica?

—Muy *creepy*. Daba escalofríos estar allí. Menos mal que iba con un atractivo bombero que me acompañó todo el tiempo. Creo que tengo que volver mañana otra vez.

—Ten cuidado. Me voy a la cama.

Maya se duchó y se metió en la cama, pensativa. ¿Debería contactar? ¿Y qué le iba a decir? Bueno, tenía que hacerlo.

Conectó el chat y este le envió un mensaje al inspector.

Soy Alma, de la página web, quería comentarle algo.

Tras unos minutos, el inspector se conectó al chat.

¿Cómo tiene mi correo? Está cometiendo un delito.

¿Quiere la información o no?

Dígame. Pero preferiría que fuera cara a cara. No la voy a detener.

No he hecho nada. Los tres, la señora, Jorge Fernando y otro hombre muy alto y de piel oscura se presentaron ante mí. Tenían mucho miedo. Dijeron que alguien iba por todos nosotros.

¿Y qué más?

Nada más. Solo pensé que querría saberlo. Que quizá haya un asesino en serie que está asesinando a los que leen el futuro.

¿Conocía a Jorge Fernando?

Sí, de vista.

Maya se dio cuenta de que había metido la pata.

¿Cómo era el tipo? ¿Lo vio recientemente?

Maya se quedó pensativa. Sí, lo había visto hacía una semana en la plaza donde él repartía sus oráculos. Se veía algo más delgado y pálido de lo normal, pero apenas hablaron un par de frases. ¿Qué le dijo?

Ahora que recuerdo, estaba un poco agobiado, algo sobre fuerzas oscuras, pero era uno de sus mantras, siempre había fuerzas oscuras, siempre cosas malas… no me preocupó.

¿Y usted no sintió nada? Si es médium…

No voy conectada todo el día. Requiere un esfuerzo. Bueno, ya no tengo nada que decirle.

Le pido por favor que quedemos. Tal vez fuera de comisaría, algo de forma privada. Creo que podría ayudar.

No es que no quiera ayudar, pero no quiero meterme en líos.

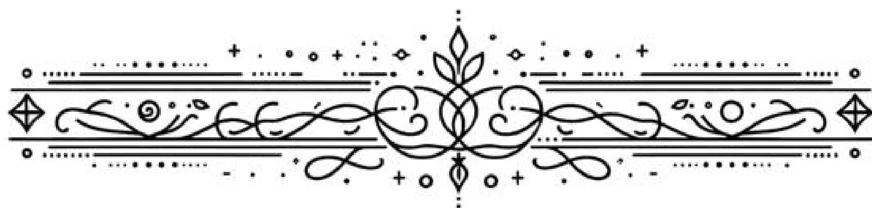
Piénselo, por favor.

Y usted deje de intentar hackearme la web o desapareceré para siempre.

Cerró el chat algo molesta. Le gustaría hablar con él, de otras cosas. Le había parecido interesante y atractivo. Todo se estaba liando demasiado.

Dejó el móvil en la mesilla y tocó el collar de Johanna. Ni se le ocurriría quitárselo, sobre todo cuando la amenaza era real. Alguien iba a por ellos.

Capítulo 9. Posibilidades



El día era tan caluroso que Cristina apareció por la comisaría con una camiseta de manga corta y sudando como un pollo. Aunque su rostro estaba congestionado, se fue directamente a la cafetera, donde se sirvió un café doble. Francesco entró justo en ese momento y la acompañó.

—¿Todo bien?

—Mejor. Mi madre va a pasar unos días conmigo al final, hasta que encuentre una nueva canguro.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí, pero la mujer ya sabes cómo está. Desde que perdió a mi padre, dio un bajón tremendo. Aunque estar con el peque la anima mucho.

—De todas formas, mi hermana te ayudará lo que necesites. Va despacio, a su ritmo, pero también le ayuda sentirse útil.

—Lo sé, quizá puedan quedar las dos y así se animan.

—Buena idea.

—Jefe —dijo Seven—, el Dragón rojo ha denegado la oferta. Dice que tiene mucho trabajo y que está en el extranjero. Así que no tenemos hacker.

—¿Y otro? —preguntó Cristina.

—Es el mejor, pero buscaré otras opciones. Por lo visto, han reforzado la seguridad.

—Ni que fuera la Casa Blanca —bufó Francesco llevándose el café a su mesa. Encendió el ordenador para revisar el correo y ver si Julia, la forense, le había enviado algún informe preliminar.

Mientras lo revisaba, intentaba no sonreír al recordar a Maya. ¿Por qué se sentía atraído por ella? Parecía tener alrededor de los treinta, muy bonita, aunque no perfecta. Tenía unas suaves curvas que le hacían la boca agua, pero no era eso. Eran sus ojos lo que le fascinaban. Eran como si mirándola pudiera sumergirse en algún lugar exótico, una laguna densa de color miel que no querría dejar de mirar.

—Ey —dijo Cristina sacándolo de su ensimismamiento—. ¿Has visto lo que dice Julia?

—No, todavía no.

—¿Te pasa algo? Estás distraído.

—Nada. Dime.

—Es posible que tengamos varios asesinos. Quien acabó con la vida de la señora Pilar era zurdo, mientras que el que mató a José Fernando era diestro. Lo ha averiguado por el trazo del golpe mortal.

—No me jodas —dijo él queriendo dar un puñetazo en la mesa. Pero se contuvo—. ¿Qué es, una banda contra lo sobrenatural o qué?

—Está claro que son varios. Para asesinar al chamán tuvo que ser alguien grande, aunque es cierto que el tipo tampoco se resistió, como dice Julia. Más bien debía de caminar delante de su asesino.

—Porque lo conocía. ¿Qué los relaciona personalmente? ¿Algún lugar, asociación, persona?

—He estado indagando y hay un congreso dentro de unos días sobre esoterismo y espiritualidad. Vendrá gente de toda España.

—Cojonudo. O sea, que tendrán muchos videntes para matar, sean quienes sean.

—He llamado a la organizadora y está viniendo para aquí. Tal vez sería mejor anularlo.

—Claro. Lo que no entiendo es que, si son videntes, no sean capaces de «ver» esto.

—¿No te dijo la tal Alma que ella no iba conectada a todas horas? No sabemos cómo va eso, Fran. Es un mundo desconocido. Mira, como investigación, me compré un e-book sobre mediumnidad y por lo visto hay diferentes tipos de espectros, al igual que de médiums. También influye la Luna en todo esto. Ahora estamos en Luna creciente que sirve para romper con lo viejo y abrazar lo nuevo. Lo mismo se los quiere cargar alguien recién llegado.

—Creo que es algo traído por los pelos, Cris. No digo que si los asesinos están en este mundo se lo crean….

—Por lo visto, el médium es un puente entre vivos y difuntos, como la tal Alma. Pero los asesinados no lo eran. Pilar adivinaba con el tarot, José Fernando usaba el horóscopo y las cartas natales y el chamán una pila de huesos que tiraba. Creo que hay diferencia.

—¿Y de dónde sacan esa información?

—No sé si de su intuición o de conectarse con el alma del consultante —Cris suspiró—. No me mires así, que es lo que he leído en el libro.

—Me suena a cuentos para engañar a la gente, lo siento.

—Inspectora, una señora pregunta por usted —dijo el policía de la entrada. Cristina se levantó y fue a recibir a una elegante mujer de unos cincuenta, cargada de collares con símbolos esotéricos. Ella sonrió al verlos.

—¿Señora Van Klow?

—Oh, por favor, soy Agatha.

—Siéntese, por favor.

Ella apartó la silla con delicadeza y se sentó, dejando su bolso en el regazo.

—¿En qué puedo ayudarles?

—¿No lo sabe? —preguntó el inspector irónico.

—Yo no soy adivina, solo me gustan los temas espirituales —riñó con suavidad—, pero sé que estoy en homicidios y conocía a Pilar, así que… ustedes dirán.

—Él es el inspector Bursatti y yo la inspectora Canet. Querríamos preguntarle sobre su congreso y si ha escuchado algún tipo de rumor.

—¿Rumor sobre qué? ¿Sobre Pilar? Su marido no ha podido ser, porque la adoraba. Ellos eran felices. Creo que encontraron a Zadquiel asesinado. Y lo sé porque los rumores corren. Aunque no lo crean, hay quien sí es clarividente. Mis amigos están asustados. Tenemos una asociación y nos juntamos una vez al mes para hablar de nuestras cosas, sin hacer nada malo. Y de ahí surgió la idea de hacer un congreso para invitar a otros compañeros, abrirnos al público general y, por qué no, ganar algo de dinero, que los tiempos están difíciles.

—¿Podría darnos una lista de los asociados?

—No, sin una orden. No es que no quiera colaborar, compréndame, pero no puedo ir dando nombres y teléfonos alegremente. Eso sí, les puedo invitar a una reunión. Será en un par de días.

—¿No podría reunirlos esta tarde? —preguntó Cristina.

—Lo siento, algunos no viven en la capital y vienen a propósito. Lo comentaré con todos y el que quiera, puede colaborar.

—Una última pregunta —pensó Francesco jugándosela—, ¿Conoce a Alma, de la página web Habla con Alma?

—Pues no, y me gustaría conocerla. Si estuviera en el congreso, sería nuestra estrella invitada. Son miles de personas las que hablan de sus dones extraordinarios. Pero ella se muestra muy esquiva. Sin embargo, una de mis amigas, que es clarividente, soñó con ella una vez y dijo que era una chica joven de ojos poderosos. No sé qué quiso decir, pero supongo que eso les acota la búsqueda. ¿Creen que ha sido ella?

—No, para nada —se apresuró a decir Cristina—, pero creemos que ha visto algo.

—Si de alguna forma logro localizarla, les llamaré.

—¿Tal vez sería posible anular o retrasar el congreso? Puede que estén en peligro.

—Imposible —contestó ella levantándose—, he invertido muchísimo dinero y no voy a perderlo. Puede que me gusten estos temas, pero no soy estúpida. Y por dos asesinatos que seguramente no tengan que ver entre sí, menos. Zadquiel se ganaba la vida… de otra

forma también, con hombres, ya me entiende. Quizá fue un cliente insatisfecho y Pilar lo mismo. Reciben todo tipo de clientes. La mayoría son personas normales como ustedes o como yo, pero alguna vez se presenta alguien trastornado…. O poseído.

La mujer se despidió dejándolos sin habla. La miraron marcharse y luego Cris se volvió hacia el inspector.

—¿Ha dicho poseído?

—Tonterías, vamos a comer, que luego estaremos dos horas en el curso. Esta noche quizá me acerque a hablar con la hermana de Zadquiel. Si quieres, te vas a buscar a tu madre al tren, no hay problema.

—Te lo agradezco. Se me está acumulando la vida, Fran.

—Son etapas. A veces todo parece un muro infranqueable, pero se pasa. Tu marido volverá, el niño crecerá y listo.

—A ver cuándo te echas novia y te metes en estos líos, entonces me reiré yo.

—Eso no pasará.

Francesco salió de la comisaría menos serio de lo que pensaba. Tenía ganas de ver a Maya, pero tampoco es que estuviera pensando en comprometerse ni nada. Mientras Cristina le contaba las últimas trastadas de su hijo, dejó vagar la mente. Si Nora no hubiera muerto, ¿se habrían separado finalmente? ¿Quizá se hubieran decidido a tener un hijo? Él lo deseaba, pero ella decía que tenían tiempo. Y el tiempo se fue, como ella, un día cualquiera.

Llegaron al restaurante y Fran buscó a Maya, pero no parecía estar en la barra. Cristina se sentó en una mesa y un amable hombre, el hermano, se acercó para ponerles dos coquetos manteles de papel, los cubiertos y darles el menú.

—Gracias, —dijeron ambos tras saludar.

—¿A quién buscas? —preguntó Cristina curiosa viendo que su compañero no miraba la carta, sino la barra.

—A nadie. ¿Qué te pides? El menú del día parece estar bien.

—Sí, una ensalada y pollo guisado, no quiero estar demasiado pesada en el curso.

—Buena idea. Yo también.

Maya salió de la cocina y el inspector se levantó.

—Voy a pedirlo en la barra.

—Ya, ya —rio ella.

Tendría un rato de cachondeo después, pero poco le importaba. Deseaba hablar con ella.

—Hola, Maya.

Ella se sobresaltó cuando lo vio.

—¿Tan horrible es verme que siempre te asustas? —dijo él confundido.

—Además de hablar sola, soy asustadiza, no hagas caso. ¿Habéis pedido ya?

—No, queríamos dos ensaladas y dos platos de guiso de pollo, con agua para beber. ¿Trabajas hasta tarde?

—Ah, oh, bueno, salgo sobre las ocho y media, pero… tengo que estar en casa pronto.

—¿Cuidas de alguien?

Ella suspiró.

—Perdona, no quería interrogarte, deformación profesional. Soy policía.

—Vale, no pasa nada. Ahora te llevo el agua.

—Entonces, ¿te apetece que venga sobre esa hora y tomar una cerveza? Solo si te va bien, no quiero que pienses que soy un acosador o algo.

Maya lo miró y soltó una leve risita.

—Me gustará.

Se giró y volvió a la cocina para encargar la comida y el inspector se dirigió a la mesa sonriendo.

—No sabía que te interesase esa chica. Es muy mona. ¿Has quedado?

—Algo así, solo una cerveza.

—¡Ya era hora, Fran! Sí que te ha costado.

—Ya sabes que…

—… que han pasado tres años y te recuerdo que os ibais a separar. Fran, tienes que echar un polvo alguna vez, que se te pone mal genio —susurró y al final soltó una carcajada.

—¿Y quién te dice que no los eche? —contestó molesto. Ella levantó una ceja y sonrió a Maya que se acercaba con una botella de agua y dos copas.

—Hola, guapa, soy Cristina, compañera de trabajo de Francesco. Es un buen tipo, te lo aseguro, aunque a veces parezca demasiado serio.

—¡Cris! —se avergonzó él.

—Tranquilo, no pasa nada —dijo Maya sonriendo y con las mejillas sonrosadas—, si mi hermano estuviera por aquí, también me publicitaría.

—Me caes bien —dijo Cristina.

Maya se fue a buscar los platos mientras Fran la fulminaba con la mirada.

—Te has pasado. Déjame a mi aire —dijo sirviendo el agua.

—Chico, que ya no tienes veinte años. Es mona y simpática y me da que no tiene un pelo de tonta.

—Sí, yo también lo he observado —dijo él perdiéndose en su figura. Estaba preparando un pincho de tortilla cuando levantó la vista

y lo pilló in fraganti. Él desvió la mirada y escuchó una risita sofocada. Sonrió, a pesar de todo.

—Ay, madre mía, te gusta de verdad —dijo su compañera Cristina sorprendida.

—Hablemos del caso, o del curso, me da igual —contestó abrumado.

—Está bien. ¿Qué opinas de la tal Agatha?

—Es curiosa. Dice que no tiene ningún tipo de don, pero organiza estos temas. No sé.

—Le he dicho a Seven que la investigue, sus redes, su vida, lo que sea. Me dirá algo pronto, seguro.

—Muy bien pensado. ¿Crees que tiene algo que ver?

—No la veo capaz de asesinar a una mujer fuerte como era Pilar o al chamán. No es corpulenta y tenía un ligero temblor en las manos.

—¿Y esa asociación que dice? Tal vez sean unos fanáticos o algo.

—Sí, Fran, es otro punto. Puede que uno o varios tuvieran envidia de los asesinados, supongo que en cualquier sector hay celos y malos rollos.

—Iremos a esa asociación a ver qué cuentan.

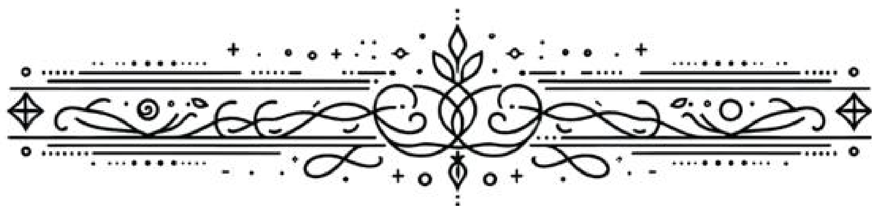
—¿Dónde vas a ir con esta chica?

—¿Vas a seguir así? —bufó Fran.

—Toda la comida —sonrió Cris.

Una ligera corriente de aire movió la servilleta de papel, pero Fran no se dio cuenta. Siguieron comiendo y, después de pagar y despedirse con un hasta luego de Maya, se marcharon.

Capítulo 10. Por fin



Maya los vio marcharse con un nudo en el estómago. ¿Por qué le gustaba tanto justo el inspector que la buscaba quizá para detenerla?

—Maldita sea —susurró. Su hermano salió de la cocina y la miró con un interrogante.

—¿Todo bien? Te he visto hablando con el policía ese tan alto.

—Sí, he quedado para tomar una cerveza luego.

—¡Bien, hermanita! Me alegro mucho. Parece un buen tío. Me lo tienes que presentar, ya sabes, para ver si te conviene.

—Otro igual. Manu, que es una caña, no me voy a casar con él.

—Es una buena noticia que salgas con algún chico, cariño. Estábamos preocupados. O sea, no es que seas mayor, pero casi no sales.

—De vez en cuando salgo con Paloma.

—Ya, ya. Pero me encantaría que te abrieras al amor y fueras feliz con alguien que te dé calorcito por la noche y no me refiero a Salem.

—Déjalo, Manu, no me apresures. Las cosas buenas se cuecen a fuego lento.

—Ahí le has dado. Me voy un rato a casa y vuelvo luego, ¿vale?

—Hasta luego, descansa y dale un besazo a mi sobrino y a mi cuñado.

—El domingo vienes a casa a comer, ¿no?

—Sí, iré.

—¿Quieres traerte al poli?

—¡No! ¿Qué dices?

Manu se echó a reír y salió de la barra dejándola molesta. Solo le faltaba pedirle su currículo. Siempre había sido muy protector, aunque era su hermano pequeño, pero se estaba pasando.

Empezó a recoger la barra y a terminar de llevar los cafés a los que quedaban en las mesas. La tarde podría ser algo aburrida, aunque tenía un libro para entretenerse. Al ser un bar de barrio, hasta las cinco y algo, no entraban los clientes a tomarse cafés.

Se sentó en una de las cámaras de las bebidas y cogió el libro, un thriller de asesinatos. Bufó. No era justamente lo que le apetecía. Quizá una novela romántica. Dejó la novela encima de la barra y se

concentró para poder contestar algunos mensajes de Alma. Cada vez le salía de forma más automática, aunque le hubiera dicho al poli que no era así.

Johanna entró en el bar acompañada de una señora muy elegante y se dirigieron a la barra. Su cara le sonaba de algo, pero no sabía de qué.

—Hola, Maya, ¿qué tal todo?

—Muy bien.

—Mira, ella es Agatha, la organizadora del congreso de espiritismo de la semana que viene. Hemos venido porque…

—¡Johanna! —riñó ella. ¿Se había ido de la lengua?

—Hemos venido porque le he dicho a Agatha que tenías ciertos dones de clarividencia. Está muy preocupada por los asesinatos. No sabía que habían matado al chamán Uzdú. Según me ha dicho, la policía está preocupada por el congreso en el que yo también participo. Querida, si te ha llegado algo, podrías ayudarnos.

Maya la miró enfadada. Sabía perfectamente qué le había llegado.

—Solo si te sientes cómoda con ello —dijo Agatha—. Me voy a sentar en una mesa por si queréis hablarlo.

Vio alejarse a la mujer y se volvió hacia su amiga.

—¿Qué le has contado?

—Cariño, es la presidenta de esa asociación a la que pertenezco y a la que tú no quieres entrar.

—¿Pretendías que me uniera a una asociación que se llama Las Brujas de Endor? Además, tú sabes que yo…

—No le he dicho nada de… tus actividades nocturnas, solo que eres clarividente. Necesitamos ayuda. Alguien nos está matando. ¿Podrías venir a la reunión, por favor? Quizá entre todos podamos llamar a los espíritus de los asesinados y saber quién fue.

—No me apetece, Johanna. No quiero darme a conocer.

—Somos pocos y de confianza. Hazlo por mí.

—No me hagas esto, Jo, haría muchas cosas por ti, lo que fuera, pero darme a conocer, no.

—No tienes por qué darte a conocer, solo usa tus dones para contactar con ellos y listo.

—La has traído al bar, me tiene localizada —contestó Maya mirándola de reojo. Ella parecía muy entretenida con su móvil.

—Te he dicho que es de confianza. Fíate de mí, si no lo haces de ella.

—Está bien, dime lugar y hora.

—En dos días, te vendremos a buscar y asistes a la reunión. ¡Gracias, Maya!

—Lo hago por ti —contestó—. ¿Queréis tomar algo?

—Dos tés, por favor.

Maya se giró hacia la cafetera y vio de reojo que su amiga se iba a la mesa y al escuchar el sonido de alegría de la acompañante, fue obvio que se lo había dicho. Se estaba liando todo y no iba a acabar bien, lo sabía.

Les llevó los tés y se metió de nuevo en la barra, no quería hablar más con ellas. Atendió a varios clientes y se despidió de las dos mujeres. Las ocho estaban ya cerca y pensó que ni siquiera iba maquillada ni arreglada.

—Es solo una cerveza, Maya.

—¿Otra vez hablando sola? —dijo el inspector. Por supuesto, se sobresaltó.

—Vienes pronto.

—Si quieres, me voy y vuelvo luego.

—No, perdona. Es que no ha venido mi hermano todavía ¿Quieres algo?

—Una cerveza sin alcohol.

—¿Todavía de servicio? —preguntó ella abriendo la botella.

—No, es que procuro no beber alcohol.

Como no se fue de la barra, Maya le sacó una barquilla de frutos secos para pasar la cerveza y se fue a atender a dos tipos pijitos que habían entrado. ¿Qué pintaban ellos en ese barrio?

—¿No tienes cerveza de importación? —preguntó uno.

—No, de barril y de botellín, las marcas habituales.

—Está bien, dos botellines —dijo uno de ellos.

El primero se la quedó mirando descarado mientras Maya les servía las botellas y les ponía otra barquilla de frutos secos.

—Oye, monada, ¿a qué hora sales de este barucho? ¿Te apetece divertirte con nosotros?

Francesco se tensó, pues los estaba escuchando. Estaba por ir hacia ellos cuando Maya se acercó sonriendo.

—A ver, pedazo de cenutrios. Si quisiera perder mi vida y mi tiempo con alguien… no sería con vosotros. Tengo mejor gusto.

—Sí, seguro —contestó con suficiencia.

Maya pensó «a la mierda», se acercó a Francesco, le tiró de la cazadora y le dio un morreo del siete.

—Creo que, a mi novio que, por cierto, es policía, no le gusta que dos tíos acosen a nadie y menos a mí.

Los dos tipos miraron a Francesco, tomaron los botellines y se sentaron en la mesa. Ella se giró hacia el policía que todavía estaba serio y le sonrió.

—Oye, perdona, es que no tenía ganas de seguir discutiendo. ¿Te ha molestado?

—¿Tú crees que hacer algo que estaba deseando desde que he llegado podría molestarme? —contestó él sonriendo—. Lo que me

molesta es la gilipollez.

—Bah, estoy acostumbrada a que vengan idiotas.

—¿Y entonces besas a algún cliente para espantarlos?

—Solo si son de confianza —sonrió ella.

—Agradezco entonces tu confianza.

—Ey qué pasa, hermanita —dijo Manu entrando por la puerta. Se paró al lado del inspector y miró a Maya.

—¿Nos presentas?

Ella alzó los ojos.

—Manu, Francesco.

—Fran, si quieres —dijo él dándole la mano.

—Cuida de mi hermanita, es especial.

—Lo sé, de verdad que sí.

Maya se estremeció. ¿Sabía él algo que…? Pero no podía ser. Thierry le habría avisado si habían entrado en su web.

—Venga, Maya, márchate, me quedo yo.

—Vale, espérame unos minutos.

Fran asintió y se quedó charlando con su hermano. Le iba a sonsacar, seguro y no sabía quién a quien, así que no tardaría mucho.

Se arregló un poco el pelo, soltándoselo y dejando que cayese sobre los hombros, se puso colonia, y se pintó los labios. Todavía le palpitaban. La boca de Fran sabía a cerveza y como iba sin afeitar, le había rozado, pero había sido muy agradable, demasiado.

Cuando salió, ambos reían y hablaban como si se conocieran desde siempre. Movió la cabeza. Su hermano era así, extrovertido y simpático como nadie.

Fran sacó la cartera para pagar la cerveza, pero él se negó. Salieron del bar juntos y caminaron en silencio. De repente, el inspector se paró.

—Maya, sé que me has besado para quitarte esos moscones de encima, pero dime que no has sentido nada.

—Yo… bueno, claro que he sentido, no soy de piedra. Y besas muy bien.

—Hacía mucho tiempo que no besaba a una mujer y, la verdad, me gustaría repetirlo.

—¿Repetirlo?

—Sí, repetirlo. Muchas veces. Todas las que me dejes.

Maya se echó a reír.

—Nuestra primera cita y ya quieres…

—Besarte, besarte mucho. No sé qué me pasa.

Ella se acercó y pasó los brazos por la nuca del policía, que la tomó de la cintura.

—Lo cierto es que a mí me pasa lo mismo, inspector Bursatti. Me apetece besarte y quizá otras cosas, pero es posible que sea demasiado

pronto para ello.

—¿Eres mayor de edad?

—Claro, tengo treinta y dos.

—¿Estás siendo coaccionada?

Ella se apretó a él y acercó la boca a su cuello, inspirando el suave aroma de la colonia de la mañana, mezclado con el olor de la cazadora de cuero y el tabaco.

—¿Tú qué crees?

—Sé que no hay que empezar la casa por el tejado —dijo él enterrando su boca en el cuello de ella—, pero ahora mismo te haría el amor unas cuantas veces.

—Oh, ¿unas cuantas? ¿Estás muy necesitado o eres un potro italiano?

—Creo que ambas cosas —rio en su cuello—. No vivo demasiado lejos, o si quieres vamos a tu casa.

—No, comparto piso. Mejor en la tuya.

—Vamos.

La tomó de la mano y caminaron por las calles con cierta prisa, en silencio. De vez en cuando se miraban y sonreían tontamente.

«¿Qué estoy haciendo?», se preguntó Maya. Si el inspector se enteraba, podría acusarla o peor, despreciarla. Pero eso era problema de la Maya de mañana, no de la de ahora.

Llegaron enseguida al piso, un lugar pequeño y sin apenas muebles. Ella se quitó la cazadora y la dejó sobre un sillón. Él también tiró la suya y la atrapó con ganas. Se besaron como si les faltara el aire y él la llevó hasta el dormitorio. Maya empezó a quitarle la camisa, dejando ver un pecho fuerte con algo de vello. Él metió la mano por debajo de su jersey y acarició su cintura desnuda, algo que le hizo gemir. Francesco atrapó el gemido con su lengua y tropezando, llegaron hasta la cama. Pronto estaban desnudos, sin vergüenza alguna y besándose sobre las sábanas.

Fran recorrió el cuello y los preciosos y rotundos pechos que eran mejor incluso de lo que había imaginado y ella se arqueó.

—Joder, Maya, no sé si voy a poder aguantar mucho, lo siento. Te deseo tanto que…

—No hables tanto y adelante. ¿Tienes preservativos?

—Sí, creo que sí, ¡joder, que tenga!

Ella se echó a reír mientras él buscaba desesperado en su mesita de noche. Por fin. Sacó una caja y pronto se puso uno. Maya lo echó sobre la espalda y subió sobre él, de rodillas.

—Eres preciosa, me encantas —dijo él mirándola con deseo. Ella se levantó y se introdujo su miembro, llenándola por completo.

—Ummm… el delicioso, como lo llaman en Argentina —rio ella moviéndose acompasada.

Él acarició sus caderas mientras ella seguía balanceándose cadenciosamente. Cuando estaba a punto de explotar, se agachó para besarlo como antes, y entonces, uno tras otro, se dejaron llevar por el placer.

Maya descabalgó al inspector que respiraba agitadamente. Él la miró y le dio un suave beso.

—Te prometo que el siguiente será menos rápido —dijo sonriendo.

—Tranquilo, yo también tenía muchas ganas. Hacía tiempo…

—Entonces, hablemos hasta el siguiente.

Ella se echó a reír y prestó oído al móvil.

—Dame un minuto, no vaya a ser mi hermano que me necesite.

Se levantó desnuda y mirándolo con deseo, se puso la camisa del policía, como sucedía en las películas. Él la miró con hambre.

—No tardes, porque no creo que esperemos mucho más.

Salió al salón y buscó en el bolso. Como era una llamada de Johanna, no le dio más importancia y se incorporó, dándose un buen susto. Allí, al fondo del salón, había una mujer. En forma de espíritu. Tenía el cabello corto y moreno y la miraba con odio.

—¡Zorra, él es mío! —le dijo antes de desaparecer.

Joder, ya le había fastidiado la noche. ¿Quién era ella? No lo sabía, pero estaba muy enfadada.

Francesco sonrió al verla, pero le cambió la expresión.

—¿Malas noticias? ¿Tu hermano?

—Lo siento, me tengo que ir. Ha estado… muy bien.

—¿Podemos quedar mañana, después del trabajo? ¿Te va bien?

—Ya te diré. Sí, me gustaría quedar y, de todas formas, vas a venir a comer, ¿no?

—Sí, pero quiero verte a solas.

—Me gustaría.

Ella terminó de vestirse y se dijo que tendría que buscar otro sitio para estar con él. Con un espíritu posesivo se le iban las ganas. Fran se puso el pantalón y descalzo, le pareció el hombre más sexy del mundo.

—Si me miras así, no sé si te marcharás —dijo él sonriendo.

—No seas creído. De verdad, me tengo que ir.

—¿Me das tu teléfono?

—Claro. ¿te acordarás?

—Sí, tengo memoria fotográfica.

—Y si no te acuerdas, me tienes localizada.

Maya recitó su teléfono y le dio un suave beso. Caminó hacia la salida del piso, aunque no sabía bien en qué calle estaba. Un zumbido en el móvil la sobresaltó.

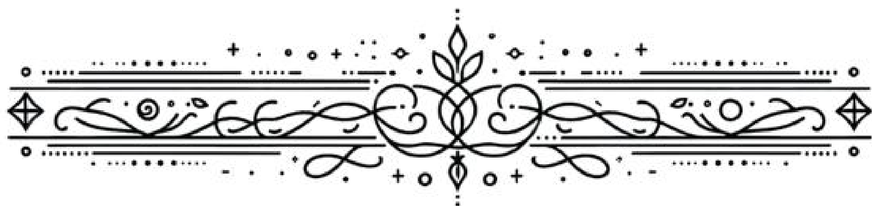
¿Ves? Me he acordado. Te veo mañana

Ciao, Fran.

Sonrió mientras salía por una bocacalle desconocida. Al fondo, una niebla fría se estaba formando. Y eso no le gustaba. Eso significaba espíritus con malas intenciones y en cantidad.

Azucena apareció de la nada y le hizo gestos apresurados para que la siguiera. Sin pensar en nada más, se echó a correr tras su amiga muerta.

Capítulo 11. Todo está revuelto



—Esa cara es de haber mojado —dijo Cristina nada más ver a su compañero, que entraba, afeitado y sonriente, por la comisaría.

—¿No te interesa ser vidente? —contestó él sin enfadarse.

—Jefe, he encontrado otro hacker —dijo Seven acercándose a la mesa—, nos cobra trescientos euros y no es tan bueno como Dragón rojo, pero está en ello. He encontrado otro mensaje amenazante en la web del tal Ángel de Dios, dice «Vamos a por ti, hija del demonio, para que te reúnas con tus ancestros». También ha sido borrado. Me da que alguien está velando por la tal Alma. Quizá otro hacker.

—Es posible. Si ella no lo es, debe tener a alguien que la ayude.

—No te lo vas a creer, Fran, pero en el cuchillo que han encontrado al revisar el lugar del asesinato del chamán Uzdú, había huellas de la primera muerta —dijo Julia entrando con una carpeta en la oficina.

—¿Cómo? —se volvieron a la vez Cristina y él.

—Sí, pero en una posición no de apuñalar sino de sostener, o eso creo —contestó ella confusa—. Y te digo que para apuñalar al chamán hay que ser un hombre o mujer fuerte. Esto me suena demasiado mal.

—Gracias, Julia.

—Voy a ver a la comisaria. Chao.

—¿Ayer fuiste a ver a la hermana de Zadquiel? Digo antes de irte con esa chica.

—No seas burra. Sí, fui. Ella no tenía mucha simpatía por lo que hacía su hermano, es abogada y de las caras. Casi se ofendió porque le fui a preguntar. Me dijo que hacía años que no se veían, porque, según ella, su hermano era un «hippy loco».

—Ah, de ese tipo. Ya veo.

—La esposa de Uzdú ha dicho que nos recibirá hoy, pero en presencia del hermano de la víctima. Son bastante religiosos.

—¿Hora?

—A las once. Nos da tiempo de echar un café.

Francesco se levantó. No quería que las malas noticias empañaran lo feliz que se sentía, como desde hacía mucho tiempo. Había sido un polvo rápido, pero ambos estaban de acuerdo y la deseaba mucho. De

hecho, estaba impaciente porque llegase la hora de comer.

—Tienes la sonrisa de un adolescente, Fran —dijo Cris palmeándole la espalda y cogiendo otro café—. Me alegro mucho, compañero.

—Gracias. Venga, nos tomamos el café y vamos a ver a la esposa.

—Claro, hombre.

Después de hablar con la comisaria, salieron hacia el barrio de Delicias, donde vivía el chamán Uzdú. En un local, dedicado a vender velas, elementos de magia y todo tipo de objetos esotéricos, encontraron a la esposa, vestida con una larga túnica y con el rostro semicubierto. Un tipo de la misma complexión de Uzdú los miraba con rabia.

—Señora, le acompañamos en su dolor —dijo Cristina de nuevo. Habían notificado la triste noticia, pero ella tuvo un ataque de ansiedad y no pudieron hablar apenas.

—Pocas preguntas —dijo el hermano. Ella lo miró y asintió.

—¿Nos podría decir qué podría estar haciendo su esposo en la orilla del río? —dijo Cristina con delicadeza.

—A veces iba para recoger agua del río. Era buena para sus rituales.

—¿Sabe si tenía cita con alguien, quizá algún cliente?

—Mi hermano solo atendía en esta sala —dijo el hombre señalando una puerta—. Él era realmente bueno. Muchos famosos vinieron.

—¿Tenía algún enemigo? —preguntó Cristina.

—Solo las fuerzas oscuras que él expulsaba y, por supuesto, los demonios.

—Ya está bien, márchense.

—Gracias por su tiempo —dijo Francesco y tomo a Cristina del brazo para salir de ahí. Caminaron por la calle hasta el coche, pensativos.

—¿Qué opinas? —preguntó ella.

—No tengo ni puta idea —dijo él abriendo el coche. El de Cris lo tenía su madre.

—Señora, señora —dijo un adolescente corriendo hacia ellos.

—Hola, ¿quién eres? —dijo ella amable.

—Tú tienes un aura bonita —dijo el chico acercándose a ella—, mi tío se vio con una señora, pero no de amor, era de trabajo. Esa noche. Los vi caminar hacia el autobús.

—¿Sabes a qué hora sería?

—Antes de las noticias de la tele. Me voy.

Se echó a correr antes de que pudieran decirle nada.

—Vamos, tendremos que ver las cámaras de tráfico entre las ocho y nueve de la noche. Por fin, algo.

Se montaron en el coche y salieron hacia la comisaría. Fran miró el reloj disimuladamente, pero no lo suficiente como para que Cris no se diera cuenta y se echara a reír.

—Queda una hora para ir a comer. Nos da tiempo de ver las cámaras. ¿O es que estás impaciente por ir al curso?

—No seas cabrona —dijo él riéndose.

Aparcaron y fueron al sitio de Seven que parecía contenta.

—Mira, jefe, hemos roto un par de capas de la protección de la web.

—Estupendo, mientras, búscame al chamán por el reconocimiento facial en las calles adyacentes a su domicilio entre ocho y nueve.

—Pero jefe, yo no puedo…

—Hazlo, es importante. Bajo mi responsabilidad. Ahora hablo con la comisaria.

—Vale, tú mandas.

No había una cámara que enfocaba bien al tipo, pero estaba acompañado por una mujer de piel oscura, con un vestido bastante vistoso. No era mucha información, pero al menos se convertía en un pequeño hilo de dónde tirar.

—Nos vamos al curso y a comer primero —dijo Cristina guiñando el ojo a su compañero. Este se levantó, nervioso—. ¿En serio? ¿Un tipo tan grandote como tú, que se ha enfrentado a muchos delincuentes, está temblando?

—Te pido por favor que te comportes. Ella es…

—Tranquilo, que no soy tan mala. Veo que te importa de verdad, aunque la conozcas desde hace pocos días.

—Lo sé, y yo tampoco me lo explico —contestó pasándose la mano por el pelo—. Anda, vamos.

—¡Jefe! ¿Puedo ir a comer con vosotros? Hoy la charla del curso de IA la doy yo, para que veáis mi gran nivel.

—Sí, claro —dijo Fran, aunque se temía que las dos se compincharan para hacerle la comida imposible.

Seven cogió su mochila y salió detrás de ellos. Era una mujer menuda, pero sus dedos hacían magia como ella misma presumía.

Caminaron en silencio hacia el bar, aunque mientras Cristina iba casi riéndose con Seven, Fran estaba serio. No es que no quisiera presentarles a sus compañeras, es que era raro de narices. «Tienes miedo, de querer, de volver a enamorarte y que te hagan daño», dijo una vocecita interior. Y sí, así era. Estaba acojonado.

En cuanto Manu los vio, los acomodó en una mesa para cuatro, cerca de la cristalera, le dio los menús y tomó nota de las bebidas, dos aguas y una cola light para Seven. Fran miró disimuladamente a la barra.

—Si buscas a mi hermana, me ha dicho que se retrasaría un poco.

Tenía algo que hacer.

—Gracias, Manu.

—¿Qué es eso de su hermana, jefe? —preguntó Seven masticando un colín.

—Tu jefe se ha echado novia —dijo Cris. Fran alzó los ojos bufando. Le había faltado un segundo para contarlo.

—Me alegro mucho, jefe, te hacía falta.

La mirada que le echó el inspector hizo que Seven hundiera la vista en su móvil y que Cris aguantase una carcajada. Maya entró corriendo en el bar y se metió en la barra directamente.

—Perdona, Manu, me pongo enseguida.

—Tienes visita —dijo moviendo la cabeza hacia la mesa de los policías.

Maya levantó la vista y vio al inspector que la miraba. No pudo evitar que una gran sonrisa llenase su cara y Fran vio el sol salir en el mismo local. Se levantó y fue hacia ella y como un imán, Maya salió de la barra y se lanzó en sus brazos. Hubo silbidos de los habituales clientes cuando el beso se prolongó un rato.

—Tenía ganas de verte —dijo él apartándose medio centímetro.

—Y yo, muchas. Pero ahora tengo que trabajar.

—Te veré esta noche.

—Sí. Si quieres, aunque tal vez podríamos tomárnoslo con calma.

—De acuerdo. ¿Ocho y media?

—Hoy tiene que ser nueve y media, he venido más tarde. Igual es demasiado si tienes que madrugar.

—Aunque sea te acompañaré a casa.

Le dio un suave beso y se fue hacia la mesa. Cris y Seven aplaudieron, lo que hizo que él moviera la cabeza, pero sonrió. Se giró y ella estaba totalmente sonrojada, sirviendo una caña.

—Os estáis comportando como dos adolescentes —riño él.

—Pero jefe, si es tan bonito… o sea, solo os faltaba hacer el baile de *Dirty dancing*.

—No sé qué baile dices —protestó él.

—En serio, Fran. ¿No has visto *Dirty dancing*? —dijo escandalizada Cristina—, pues cualquier día se lo dices a tu dulce Maya y la veis juntos. Ese día seguro que acabáis en la cama.

—¿Has dicho Maya? ¿De qué me suena ese nombre? —dijo Seven.

—Será de la abeja Maya —contestó Cristina.

Ya no hubo tiempo que pensar, comenzaron a comer un plato de verdura y pescado que estaba delicioso.

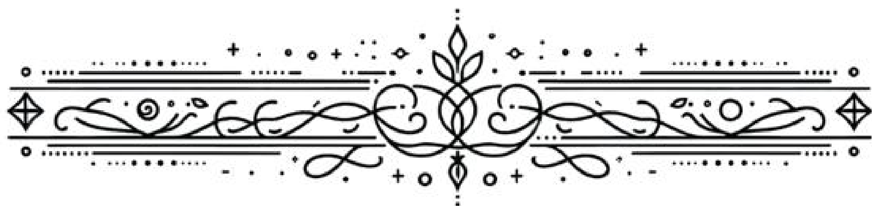
—A los cafés invito yo —dijo Maya cuando los llevaba a la mesa.

—Maya, esta es Seven, la informática del departamento.

Sonrió un poco y vio un niño de unos diez años que estaba junto a la chica, sonriendo y haciéndole señas. Ella negó imperceptiblemente

con la cabeza y tras despedirse con un suave beso de Fran, se metió en la cocina.

Capítulo 12. Chantaje



—Joder, joder, la puñetera informática y encima, ¿quién era ese niño? —Maya iba murmurando mientras limpiaba la barra y recogía el lavavajillas. Manu ya se había ido a descansar y la tarde se le esperaba más o menos aburrida. Casi lo prefería.

Y cuando te preparas para algo, va el destino y te sorprende. En forma de visita. La tal Agatha estaba entrando por el bar. Mataría a Johanna por haberle enseñado su lugar de trabajo.

—Buenas tardes, Maya. ¿Podría tomar un té?

—Claro, esto es un bar —dijo algo cortante. No, algo no iba bien.

Se volvió para calentar el agua y servirlo en una taza que puso delante de ella. La mujer, que pegaba en el bar lo mismo que un payaso en un funeral, se había sentado en una de las banquetas y la miraba fijamente.

—¿A qué has venido? Puedes decírmelo directamente.

—Eres un poco ruda, Maya. ¿O debo decir Alma?

—No sé de qué me hablas. Y tengo trabajo.

—Sí que lo sabes y necesito tu ayuda. Quiero averiguar quién ha asesinado a mis amigos, tengo algún efecto personal de ellos y esta noche los vas a invocar.

—En su grupo hay médiums, ¿no es así? Que lo hagan ellos.

—Supongo que no te encantaría que la policía supiera quién eres. Vi tu mensaje en el foro e imagino que se han interesado por ti. Sé qué inspectores llevan el caso. Me costaría poco llamarlos por teléfono.

—¿Por qué?

—Es sencillo, eres la mejor y como verás, no te voy a obligar a venir a mi congreso, ni voy a hacer nada que te perjudique. Solo quiero saber quién o qué ha asesinado a mis amigos. Todos eran parte de la asociación, y no deseo que nadie más muera. Te recogeré esta noche. ¿A qué hora sales?

—A las nueve y media.

—Aquí estaré.

La mujer se levantó, dejó un billete de diez euros en la barra y se marchó sin probar el té.

—Menuda cabrona.

Maya tomó el teléfono y llamó a Johanna. Tenía que haber sido ella.

—¿Maya?

—¿Qué has hecho?

—Lo siento, lo siento —respondió ella casi llorando—, es que me preguntó y se me escapó. Solo queremos encontrar al asesino. Por favor, no te enfades.

—¿Cómo qué no? No volveré a confiar en ti.

Maya colgó muy enfadada y miró al móvil. Tenía que avisar a Francesco que no podía quedar esta noche.

Hola, Fran, discúlpame, pero esta noche no puedo quedar. Mañana hablamos en la comida.

¿Qué le enviaba? ¿Besos? ¿Abrazos? No sabía muy bien qué emoticono poner, así que lo mandó tal cual.

Johanna la llamó un par de veces durante la tarde, pero no le cogió el teléfono ni leyó sus mensajes. Toda su tapadera se podía ir a la mierda y entonces ¿qué haría? ¿La detendría? Y él, ¿qué pensaría de ella?

Miró el reloj tantas veces que pensó que se había parado. Pronto se hicieron las nueve y media, así que hizo la caja, cerró el bar y salió a la calle. Agatha estaba apoyada en el coche, un nada discreto deportivo blanco. La mujer se montó atrás y le invitó a que la acompañara. No, si hasta chófer llevaba.

—Gracias por venir, Maya —dijo ella acomodándose.

—No hay que dar las gracias cuando es una pura extorsión.

—No seas tan drástica. Te deberé un favor si consigues encontrar al asesino.

—Y si lo encuentro ¿qué va a hacer? ¿Tomarse la justicia por su mano?

—Oh, querida, ni que fuera Clint Eastwood. ¿No sabes quién es? Bueno, da igual. Se lo comunicaré a la policía y que ellos encuentren las pruebas. Soy una persona civilizada.

—Sí, claro.

Maya se giró hacia la ventana, bastante enfadada. ¿Cómo podría haberla traicionado así Johanna? No podía confiar más en ella. Por otra parte… si pertenecía a esa asociación de la que ella no tenía idea, puede que tuviese miedo a ser la siguiente. Suspiró y miró el móvil. Francesco no le había contestado y esperaba que no se hubiera molestado.

Pronto llegaron a una enorme mansión a las afueras de la ciudad, protegida por una valla que el chófer abrió con mando a distancia. El camino de gravilla los llevó, un poco más adentro y entre una gran cantidad de hermosos árboles, hasta la puerta del edificio. Era de diseño. Maya no entendía de arquitectura, respiraba lujo y dinero por

todas partes. Desde el cuidado jardín que lo rodeaba hasta las escaleras de mármol por las que accedieron a un vestíbulo blanco y de doble altura. La luz natural debía de entrar por varias claraboyas por las que ahora solo se veían nubarrones de tormenta. Johanna salió de una puerta lateral y la miró culpable.

No se acercó y Maya lo agradeció. No quería rechazarla, pero tampoco abrazarla. ¡Mierda! ¡Estaba cabreada y no era lo mejor para contactar con espíritus!

—Pasa, querida —dijo Agatha conduciéndola hasta donde estaba Johanna. Esta se apartó y las dejó entrar a la biblioteca más alucinante que jamás hubiera visto. Ella tampoco era una lectora empedernida, pero sí lo hacía de vez en cuando. Las paredes estaban recubiertas de elegantes muebles estanterías de madera oscura que llegaban casi hasta el techo. Dos enormes ventanales dejaban ver una parte del jardín, solo la que estaba iluminada por las tenues luces de la sala. En un lado, había varios sillones de piel oscura alrededor de una mesita pequeña y cerca de la chimenea que, en ese momento, estaba apagada.

Lo más interesante era una enorme mesa redonda con símbolos arcanos grabados en la superficie, parecían pequeñas maderitas. Creía que eso se llamaba…

«Taracea», dijo una suave voz cerca de ella. Una mujer anciana, vestida con un antiguo uniforme de servicio, flotó hasta ella, sonriéndole. «Bienvenida, es difícil encontrar a alguien como tú. Muchos de nosotros querríamos transmitir algún mensaje».

—Más tarde —dijo Maya y Agatha se volvió hacia ella y luego se encogió de hombros.

—Siéntate, los demás están a punto de llegar. ¿Has traído lo que te pedí, Johanna?

—Sí señora, lo tengo guardado.

Maya se puso rígida. No le había gustado el tono con el que había hablado a su amiga. ¿Se daría cuenta?

Un hombre de unos cuarenta y vestido de traje entró en la habitación y se quedó mirando a Maya con sorpresa. Después, dos mujeres, una muy joven, de veintipocos y otra de treinta y tantos, vestidas formalmente, pasaron detrás. Se notaba que la ropa no era la habitual.

—Bien, ya estamos suficientes. Empecemos —dijo Agatha—. Os presento a Maya, una experta médium con la que vamos a tratar de contactar con las almas de Pilar, de José Fernando y de Uzdú, cualquiera de los tres sería suficiente. Mejor si son todos. Hemos traído un objeto personal que Johanna va a colocar en el centro de nuestra mesa de invocaciones.

No tuvo que repetirlo, Johanna se dirigió y sacó un pañuelo, una

camiseta y un colgante con un colmillo. Todo se puso en el centro.

—¿Cómo lo haces, Maya? —dijo el hombre elegante—, por cierto, soy Héctor del Val, y ellas son Rosi y Bea. Todos tenemos ciertas habilidades. Yo soy clariaudiente, Rosi es clarisintiente y Bea está dando sus primeros pasos como médium.

—No hago nada especial, solo me contactan y ya.

—Oh, caramba —contestó Héctor—, debes estar muy dotada para ello. Tal vez después de esto quieras incorporarte a nuestra pequeña asociación.

—No lo creo. ¿Empezamos? Tengo prisa.

Johanna se encogió de hombros y se sentó en uno de los cómodos sillones. Tal vez en tiempos anteriores esa fue una mesa para jugar a las cartas. Todos se sentaron y le dejaron solo una silla libre, entre Agatha y su amiga.

Soplando, se sentó y alargó las manos hacia las prendas.

—Deberíamos protegernos antes —dijo Rosi, la treintañera.

Agatha recitó una oración de protección, la reconocía, pues Johanna la solía usar con ella. Eso le dio más rabia todavía. Sin esperar más, cogió las prendas y las sostuvo en la mano, cerró los ojos y… ¡ahí estaban los tres!

Casi transparentes, con el rostro afligido, y juntos.

—Os hemos invocado para preguntar sobre la persona que acabó con vuestra vida —dijo Maya, sobresaltando a los demás que se miraron incrédulos.

Todos y ninguno, dijo Pilar entristecida, mirando a Jorge Fernando.

—Dadme un nombre, por favor —dijo Maya tratándolos con cariño. Ellos no tenían la culpa de su situación.

Hemos sido todos. Y seguiremos. Deshaz la invocación maldita, dijo Jorge Fernando. Y desaparecieron.

—¿Qué mierda es esto? —dijo Maya levantándose—. Habéis sido todos, y ¿qué invocación maldita es esa?

—¿Nos han acusado? Es imposible —dijo Héctor dando un golpe en la mesa.

—Dinos lo que han dicho exactamente, por favor —rogó Johanna. Maya se lo contó.

Ellos se miraron culpables. Bea se echó a llorar.

—Oh, Dios mío, ¿será un demonio? Pero si salió mal —sollozó.

—¿Qué habéis hecho? Supongo que no habréis intentado invocar a un demonio porque eso *siempre sale mal* —dijo Maya duramente. Sus rostros culpables indicaron que estaba en lo cierto—. ¡Seréis idiotas! Contadme exactamente qué pasó.

Yo te lo contaré, pequeña, dijo la señora que antes se había aparecido, *estos inútiles, incluida la señora, invocaron a uno de los*

demonios del bajo astral para encadenarlo y poder solicitarle cualquier cosa. Pero no apareció, o eso pensaban. Yo creo que sí lo hizo y ahora los está matando uno a uno. Por eso están muertos de miedo.

—¿Cómo te llamas?

Cloti, serví a la madre de la señora hace muchos años y me quedé para proteger a su hija, pero no tiene remedio.

—Gracias, Cloti. Quedo enterada.

—¿Has hablado con… ella? —dijo Agatha con lágrimas en los ojos.

—Me ha explicado vuestro fallido intento de conjurar a un demonio. Es posible que se haya escapado y esté rondando la ciudad. Debéis exorcizarlo. ¿Sabéis, por lo menos, su nombre?

—Sí, es… —empezó Rosi.

—¡Calla! ¡No lo nombres! —dijo Maya alterada—. De verdad que sois unos inútiles. Yo de demonios sé poco, pero lo que sí sé es que no hay que jugar con ellos. Necesitáis un exorcista y un milagro, ya de paso.

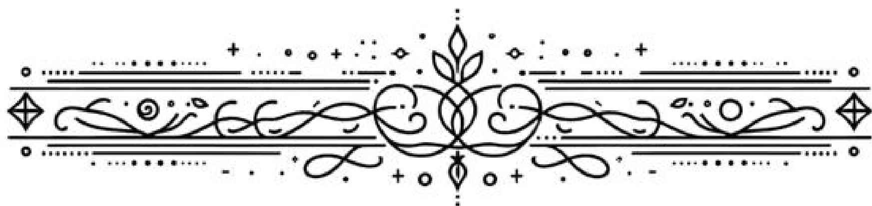
—¿Y tú no puedes…? —empezó Héctor.

—No, no puedo. ¿Quién me lleva a casa?

—Yo te llevaré —dijo Johanna—, así hablamos.

—No tengo nada de qué hablar contigo —dijo saliendo de la sala hacia la puerta. Miró hacia atrás, y vio una sombra oscura, posiblemente la misma que había visto en su cocina. Él estaba allí y sabía quién era.

Capítulo 13. Decepción



Si se apuraba, podía verla un rato y quizá robarle un beso. Aunque no pudieran quedar, necesitaba un minuto. Cristina se echó a reír cuando lo vio salir tan rápido, que no miró ni el móvil. La clase había sido muy interesante y Seven estuvo genial, pero se había alargado mucho y en la última media hora, ya estaba impaciente por marcharse.

Caminó deprisa por la calle, llegó casi sudando. El calor de ese día había sido infernal y estaba pensando en darse una ducha fría. Sobre todo, sabiendo que no podría estar con ella y que la deseaba con una intensidad impropia de él.

Llegó al bar y esperó en la esquina. Estaba cerrando, así que la dejaría tranquila hasta que acabase sus tareas y luego le daría esa pequeña sorpresa. Claro que no esperaba sorprenderse él. Maya salió y se dirigió directamente a un deportivo blanco, donde la esperaba… ¿Agatha Van Klow?

—¿Qué cojones…?

Las vio marcharse sin reaccionar lo suficiente para pararlas, pero sí para anotar la matrícula. Marcó un teléfono.

—¿Seven?... Sí, ya sé que estás en el autobús. Escucha. Mírame la dirección de esta matricula y también quiero que me busques el nombre y apellidos del dueño del bar donde hemos comido… No, no te voy a decir por qué. Mándamelos al móvil. Ah, y encuentra la dirección de Maya… no, no soy un acosador. ¡Joder, tú hazlo!

Colgó enfadado. Quizá sería más fácil preguntarle a ella al día siguiente, puede que no soportase una mentira. Como la de Nora. Sí, habían dejado de tener una vida de matrimonio, y ella necesitó buscar lo que no tenía en casa. Él era tan culpable como ella, lo reconocía, pero las mentiras se acumularon hasta que explotó todo. No, si quería algo con Maya, debía saberlo todo.

Una brisa fresca le removió el cabello y le alivió el calor. Esperaría a que Seven le diera los datos y luego decidiría.

A los cinco minutos, su eficiente informática le envió la dirección de Agatha, una casa en una urbanización en las afueras, donde debería tener una orden para entrar, pero el piso de Maya no caía lejos y esperaba que volviera a lo largo de la noche.

Caminó deprisa hasta llegar enfrente del portal. Su casa era el tercer piso y aparecía iluminada, pero la silueta no era la de Maya. Él la había memorizado. Sería su compañera de piso. O tal vez eso también era mentira.

Se encendió un cigarro tras otro, cada vez más nervioso. Y, a la vez, se decía que ella tenía derecho a conocer a la tal Agatha, sin hacer nada malo. Necesitaba saber la verdad.

Se le ocurrió meterse en la web de la tal Alma. Ese día también había varios mensajes para diferentes personas y la mayoría estaban muy agradecidos por su ayuda. Esperaba que Seven y el hacker pudieran acceder a ella. Tenía ganas de llevarla a la comisaría y preguntarle hasta que confesara. O dijera lo que fuera. Ya no sabía qué creer.

Un coche destartalado aparcó a lo lejos y Maya se bajó de él. No sabía quién la había llevado, pero no era Agatha. La chica caminó con la cabeza baja y el paso rápido. Parecía enfadada. De alguna forma, eso le alivió. Se acercó a ella, hasta que levantó la cabeza y lo vio. Sorprendida y tal vez decepcionada, sacó las llaves del portal.

—Hola, Maya.

—¿Qué pasa, eres un acosador o qué? —dijo ella bastante seria.

—¿Podemos hablar un minuto?

—¿Como policía o como… amigo?

—Dame un minuto, Maya, por favor.

Ella se cruzó de brazos y lo miró.

—Escucha, esta tarde, cuando iba al restaurante, no había visto tu mensaje y… te vi subir al coche de Agatha Van Klow.

—¿En serio se llama Van Klow? ¡Qué ridículo! —dijo ella casi con una risa. Luego volvió a ponerse seria—. La historia es que no te importa con quien vaya o deje de ir.

—Ella tiene que ver con un caso policial. Me preocupas. ¿Lo sabías?

—No, la verdad.

—¿Puedes decirme por qué has ido con ella?

Ella miró hacia un lado de la calle y bajó la cabeza.

—Lo siento, Francesco, no puedo.

Sacó las llaves y entró en el portal. Dudó antes de cerrar, pero lo hizo. Él se quedó mirando con gran tristeza como desaparecía en las escaleras.

—¿Qué mierda está pasando aquí?

Caminó enfadado hasta el coche que estaba en comisaría y, como sabía que esa noche quizá no dormiría, se quedó investigando los datos que le había dado Seven sobre Agatha y los hermanos.

Manu Almansa, veinticinco, aunque parecía muy maduro, casado con Ander Velázquez, un hijo, al parecer de Manu. Sin antecedentes.

Maya Almansa, treinta y dos, sin antecedentes. Pasó la ficha enfadado. Agatha Van Klow. Sonrió un poquito. Sí que era un nombre algo ridículo. Una condesa alemana, sus padres vinieron a España en los años sesenta. Muy rica, viuda, sin hijos. ¿Dónde iría toda su fortuna? Investigó más en las redes sociales y vio que tenía dos sobrinos varones, hijos de su hermano. También de los que se pegaban buena vida, por las fotos en diferentes paraísos.

Estuvo casi tres horas buscando toda la información sobre Agatha que pudo y, sinceramente, sobre Maya, que no se prodigaba mucho en redes. Pero Manu tenía varias del bar y ella salía en algunas fotos, incluso había una con su madre de pequeños. Se notaba que estaba mal revelada porque en ella se veían varios puntos de luz alrededor de Maya. Era una niña preciosa, con una sonrisa tan bella como sus ojos impactantes.

—Joder, no puede ser, me gusta demasiado —dijo levantándose.

El teléfono le sonó, una de las patrullas del turno de noche le llamaba.

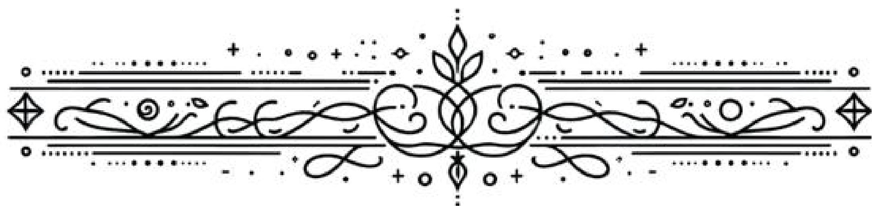
—Inspector, soy Segura, acabamos de encontrar un cadáver, a diez metros de donde se encontró el del chamán.

—Me cagüen la puta. Ahora voy.

Colgó y salió deprisa. Mientras, llamó a Cris, aunque sabía que estaba con su pequeño. Ella dijo que le costaría veinte minutos llegar.

Puso las luces y llegó enseguida al lugar de los hechos. Bajó a la orilla del río, cerca de donde encontraron al chamán. A lo lejos, solo vio un revuelo de telas de colores llenas de fango y barro.

Capítulo 14. Lo peor de la vida



Cuando entró Maya en el piso, Paloma estaba sentada en el sofá, tapada con una manta y con una humeante infusión en las manos. Se notaba que había llorado y por eso, Thierry la tenía abrazada, apoyada en él. Maya cerró la puerta con rapidez y se acercó a ellos.

—¿Qué te ha pasado?

—Ha sido horrible. Casi… comprendo lo que sientes.

—Cuéntame.

Maya se sentó en la mesita de centro, enfrente de Paloma y Thierry se levantó para preparar una infusión para su amiga. Salem saltó a su regazo, como si supiera que lo que venía era importante.

—Verás, no sé cómo explicar… es que, sabes que tenía que volver a la fábrica para peritar los daños. Entré con el inspector de los bomberos y…

Paloma bajó la vista y gruesos lagrimones cayeron por su rostro. Maya puso la mano sobre la pierna de su amiga.

—¿Qué viste, cariño?

—Eran cinco… cinco personas medio calcinadas, bajo unas vigas. No esperábamos ver eso y nos quedamos horrorizados. Estaban echados formando un círculo.

—¿Cómo un círculo?

—Sí, era muy extraño y desde luego, no fue natural. Sus cuerpos formaban un círculo y en el centro había uno de esos símbolos que te he visto alguna vez.

—¿Un pentáculo? ¿Una estrella de cinco puntas?

—Sí, eso.

—¡Joder! ¿Y viste si había algo en el centro?

—Creo que sí, algo, pero no llegué a saber qué era, porque me tapé los ojos y el bombero me sacó de allí. Pero todavía tengo el recuerdo de esos cuerpos, incluso el olor. Es horrible.

El lomo de Salem se erizó y miró fijamente una de las esquinas. Maya miró hacia allí y los vio. Un grupo de almas y mucha oscuridad en ellos. La miraban con profundo odio y se estremeció. Se levantó y encendió un sahumerio y espantó a las almas. Si venían enfadadas, no quería saber nada. Hasta que no se calmasen, no hablaría con ellas.

—Escucha, Paloma. Las cosas se están complicando. Necesito que salgas del piso unos días.

Thierry trajo la infusión para Maya y se sentó junto a su adorada vecina.

—¿Qué pasa, Maya? —dijo su vecino preocupado—. ¿Es sobre los asesinatos?

—Sí. Algo pasa y todavía no sé qué. Pero es peligroso quedarte aquí, por si acaso. ¿Puedes ir a casa de alguien?

—Por supuesto que a la mía —exclamó Thierry convencido—. Solo dame una hora para adecentarla y tienes una habitación solo para ti.

—¿Estás segura? —preguntó Paloma preocupada—, no querría dejarte sola si… estás en peligro.

—Prefiero que tú estés bien, y os tendré al lado. Por favor, si puedes pasarte esta noche, mejor. Ahora mismo acaban de venir algunos… entes. Y no eran amistosos. Creo que eran los de la fábrica y estaban muy enfadados. Es necesario, de verdad.

—Está bien, cogeré mis cosas.

—Me paso a mi casa y te arreglo una habitación. Ven cuando quieras.

Después de menos de una hora, Paloma le dio un abrazo a Maya y se fue al piso de Thierry que intentaba no mostrar su alegría, a la vez que su intensa preocupación por Maya.

—Llámanos para cualquier cosa. Tienes mi marcación rápida en el móvil, ¿verdad? Y si quieres puedo poner una cámara de vigilancia.

—Tranquilo, me arreglaré. Descansad.

Maya cerró la puerta y tomó la infusión que ya estaba fría. ¿Sabría Francesco que los asesinatos de la fábrica eran rituales? Tenía que comentárselo, a pesar de todo. Incluso puede que hablase con Agatha, tal vez ella supiera algo.

Inspector, soy Alma

…

Alma, ¿se ha decidido a hablar con nosotros?

No, pero quiero preguntarle algo.

Dígame.

¿Sabe algo de los asesinatos de la fábrica de las afueras?

¿Por qué lo dice?

Mírelo, me da que tiene relación. Necesitaría ver una fotografía del círculo.

¿Cómo sabe que estaban en círculo?

Ya sabe…

Por eso sigo diciendo que debería venir a vernos.

Lo siento, pero no. Si quiere que le ayude, envíeme una fotografía con lo que había dentro del círculo. Los espíritus están muy enfadados todavía

y no son capaces de decirme nada.

Ya…

Créalo o no lo crea. Usted verá.

Veré qué puedo hacer.

Maya cortó la comunicación con el chat molesta. Entendía que estuviera enfadado, pero todo se estaba liando a niveles increíbles. Se había metido demasiado en el tema y él la había pillado con Agatha. Sentía mucho tener que engañarlo.

Se levantó y se metió en la ducha, para ver si se despejaba un poco antes de comenzar con sus consultas. Abrió la nevera para hacerse un sándwich de queso y lo metió en el microondas para fundirlo. Se sentó delante del ordenador para empezar a contestar las consultas. Ya notaba que el ambiente del apartamento había cambiado. Las almas sabían que era su hora y que ella los ayudaría.

Un hombre de unos cincuenta fue el primero. Tenía el rostro preocupado. Ella empezó a transmitir su mensaje. Abrió el micrófono para grabarlo. Thierry había conseguido que pudiera grabar en directo con una pequeña distorsión de voz que la hacía más grave e irreconocible. Si es que estaba en todo. Suspiró y empezó.

—Este es un mensaje para Cris, tu padre dice que te estás esforzando demasiado y que podrías caer enferma. Dice que tu marido pronto volverá y que tendréis una bella hija. Comenta algo sobre tu profesión, que es peligrosa, pero que él te protege cada día.

El hombre se fue satisfecho y pasó a una joven morena. Fue dando mensajes durante dos horas y luego abrió el chat para las personas que guardaban turno en línea.

—Alma ¿puedes ayudarme? Mi hijo ha desaparecido. Él está interesado por temas de ocultismo y desde hace una semana no lo he visto. ¿Puedes saber si está bien? ¿Si está…?

—¿Cómo se llama?

—Enrique, tiene veintiocho años. ¿Podrías probar…? Tengo una mala sensación.

La voz de la mujer la estremeció y una sombra oscura se interpuso entre las otras claras que esperaban para hablar. Uno de los espíritus del fuego había llegado. Por un momento, vio el rostro de un chico joven normal, pero luego se transformó en algo oscuro y terrible. Maya saltó de la silla, asustada. Hacía mucho tiempo que no pasaba miedo real.

—¡Márchate! —dijo tirando el micrófono al suelo. Cogió el aerosol del preparado de Johanna y lo roció sobre él, haciendo que se fuera. Las demás almas también se habían ido ante la presencia de la oscura.

—¿Qué ocurre, Alma? —dijo la señora desde el otro lado.

—Me temo que Enrique ha fallecido en un ritual y todavía no ha

descansado. Siento darle estas noticias.

—¿Puede…? ¿Puede ayudarle? —preguntó sollozando la mujer.

—Lo intentaré. Y hasta aquí el programa. Gracias a todos.

Maya cerró la transmisión con rapidez y las manos temblorosas. Recogió todo lo que había tirado, asustada y buscó a Salem. Estaba en un rincón, mirando hacia arriba. Una mancha oscura se estaba formando y eso no le gustaba nada. Tomó unas fotos por si acaso.

Aunque todavía estaba enfadada con ella, llamó a Johanna, pero no le contestó. Echó líquido por la pared y la mancha se retrajo, pero le quedaba poco. Necesitaba más. Al final no le quedaría otra que llamar a Agatha y eso le fastidiaba todavía más. Tomó una foto de la pared, menos oscura ahora y puso un círculo de sal en la esquina. Esperaba que eso contuviera lo que fuera. Un sonido del teléfono indetectable le hizo dar un bote. Una foto se estaba descargando.

Ya ve que confío en usted, aunque usted no en mí.

Lo siento. Alguna de las almas ha contactado conmigo. Están furiosas. Creo que una mujer ha perdido a su hijo, era uno de ellos. Se llamaba Enrique.

¿Está en peligro?

Creo que sí.

Déjeme protegerla.

No, porque entonces usted estaría en peligro. Ya se ha descargado la foto.

Maya miró las dos fotos que le había enviado Francesco. En una, los cuerpos echados en círculo. En otra, el interior, donde había un pentáculo como había comentado Paloma y varios cuencos con un líquido oscuro en su interior, además de algunos objetos paganos y una cruz clavada sobre el cuerpo de algo que esperaba que fuera un animal, volteada del revés.

Inspector, es un ritual para invocar a un demonio. Creo que esto fue anterior a todos los asesinatos.

Sí, así es. Según la inspección preliminar, llevan diez días muertos, aunque alguien provocó el incendio más tarde.

Creo que han invocado a algún tipo de demonio y es el culpable de todo.

¿Un demonio? Si fuera cierto, que no digo que lo crea, ¿cómo podría asesinar a alguien?

Posesión, supongo. Quizá a las personas que hicieron el ritual. Puede que esos fallecidos fueran el pago para el demonio. Normalmente exigen sacrificio de sangre, pero no estoy segura, los exorcismos no son mi fuerte.

¿Quién podría ayudarnos?

No lo sé, lo siento. Yo soy una simple médium. Pero si alguna de esas almas contacta conmigo, se lo haré saber.

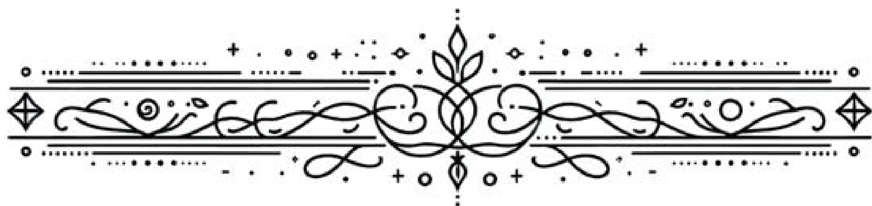
Muchas gracias, Alma. De verdad que, si habla conmigo, no la voy a

detener, si es que piensa eso.

Tal vez se sintiera decepcionado. Adiós.

Cerró sin esperar la respuesta. Sí, todo se estaba complicando demasiado. Cogió la sal de hierbas y rodeó su cama, se metió dentro con Salem y esperó no tener demasiadas pesadillas.

Capítulo 15. Otro asesinato



—¿La crees de verdad? —dijo Cristina mientras observaba el levantamiento del cadáver de la mujer con ropaje vistoso. Iba sin documentación, así que no estaban seguros de que estuviera relacionado, pero sus collares con símbolos paganos indicaban eso precisamente.

—No lo sé, Cris. ¿Cómo sabía lo de la fábrica?

—Quizá esté implicada y sea una psicópata que esté jugando contigo.

—Lo he contemplado —contestó Francesco mientras buscaba un cigarrillo en su bolsillo—, pero será instinto o algo similar, y creo lo que dice. No sé si en todas esas cosas de demonios y espíritus, pero ella sí lo piensa.

—Parece que la conozcas.

—No lo sé, quizá sí. Estoy confuso por todo lo que está pasando.

—Vamos a tomar un café hasta que Julia termine lo suyo.

Se alejaron hacia un bar en la calle que abría las 24 horas, algo que agradecieron. El camarero, con ojeras y el rostro macilento, les sirvió unos cafés.

—¿Ha visto algo extraño esta noche, caballero? —preguntó Francesco tras identificarse.

—Extraño no. Mucha gente baja a la orilla para follar, si me permite la palabra. Profesionales, ya sabe. Es un lugar discreto y aunque hay barro y hierbajos, más allá, debajo del puente, está limpio. Hoy solo vi a un par de mujeres que caminaban por la calle. No parecían putas, ya sabe.

—¿Alguna llevaba un traje colorido?

—Ahora que lo dice, sí. Era grande y negra, y llevaba uno de esos trajes chillones que suelen llevar.

Cristina torció el gesto por su comentario, pero no dijo nada.

—¿Y la otra persona?

—No la vi bien, pero era más baja que ella, iba al otro lado. Tampoco es que me fijara tanto.

—Si recuerda algo, por favor, llámeme —dijo Francesco dejándole una tarjeta. El tipo se la guardó y se sentaron en una de las mesas de

la cristalera para tomarse el café. Cristina estaba mirando el móvil y de repente, se puso pálida.

—Joder, Fran, mira esto de la tal Alma.

Francesco escuchó el mensaje y sí, coincidía en parte, pero…

—Que no te lo había dicho todavía, pero es que estoy embarazada. Fue un pequeño accidente en el último permiso que tuvo mi marido y nadie lo sabía excepto él. Creo que el mensaje es para mí, de mi padre.

Cris se echó a llorar y Fran se levantó para sentarse a su lado y abrazarla. Volvió a escuchar el mensaje y luego el chat de la mujer que preguntaba por su hijo. La voz quería resultarle familiar, ¿podría ser que fuera alguien conocida?

—Tranquila. Podrías tomar una excedencia más adelante o quizá estar más tranquila un tiempo. Llevas demasiado encima.

Cris se volvió hacia él con el rostro triste y alegre a la vez.

—Joder, Fran, te mereces una mujer que te adore. Eres un tío maravilloso.

—Eso me dicen —sonrió el con tristeza.

—¿Y Maya? ¿Qué tal? —dijo ella limpiándose la cara con un pañuelo de papel.

—Pues no sé, Cris. Me oculta algo. La he visto con Agatha y no quiere decirme por qué.

—Tal vez sean familia.

—No, sé que no.

—¿La has investigado?

Fran se encogió de hombros.

—Agatha es una persona relacionada con los asesinatos.

—No sé, si ella te gusta de verdad, puede que tuvieras que darle el beneficio de la duda. No sabes qué pasa por su vida. Lo mismo ha perdido a alguien y si esa gente se dedica a contactar con los fallecidos, ella de alguna forma quiera hacerlo.

—No se me había ocurrido eso. Creo que su padre está fallecido.

—¿Ves?

—Eres demasiado lista, Cris y, por cierto, no te he dicho lo feliz que estoy porque tengas otro bebé tan adorable como el primero.

—Gracias, Fran. No viene en el mejor de los momentos, pero haré que lo sea. Todas las vibraciones pasan al bebé y aunque ha sido una pequeña sorpresa, ella será amada.

—Das por hecho que es una niña.

—Sí. Y que ese mensaje era para mí. Te he dicho que alguna vez he sentido a mi padre y saber que vela por mí me hace muy feliz. Yo lo quería mucho, estábamos muy unidos.

Una brisa fresca movió el cabello de Cris y su piel se erizó. Fran se quedó parado. Sí, había notado un aroma a colonia de hombre.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —dijo Cristina llorando y riendo a la vez.

—Joder, no sé qué decir.

—Puede que gracias a todo esto estemos abriendo más la mente, Fran. Y podamos ser capaces de percibir otras cosas. Voy a agradecérselo, y mañana se lo contaré a mi madre y a mi marido. Quiero que sepan que papá está con nosotros.

—Me alegro. Mira, viene Julia por ahí.

La compañera se acercó hacia el bar y entró. Tenía ojeras marcadas y pidió un café doble que el camarero llevó a la mesa.

—Me iba para la oficina, pero necesito un café o me caeré redonda.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cris abrazándola.

—Pues que esto es una mierda. La mujer de allá abajo ha sido asesinada con algún instrumento afilado en el cuello, algo parecido a un punzón. Están buscándolo. Se ha desangrado y tenía las uñas limpias, largas y pintadas. Ningún signo de lucha. Pero es que llevo toda la noche con los cadáveres calcinados. Son muy difíciles de identificar.

—Prueba en desaparecidos, un tal Enrique.

Julia se lo quedó mirando asombrada.

—¿Cómo coño sabes tú eso?

—En la web de Habla con Alma.

—¿De esa médium? Me estáis poniendo los pelos de punta —dijo Julia.

—No lo sabemos, solo prueba, Julia. Vamos a investigar en personas desaparecidas y conseguiremos el ADN para ver si puedes obtener alguna muestra.

—Están muy calcinados, pero es extraño, es como si hubieran empezado a arder por dentro. O sea, hay partes de la piel que están bien y, sin embargo, el interior está carbonizado. Os juro que no he visto nada así.

—¿Y el cuerpo que había en el centro? ¿Qué era todo eso? —preguntó Cristina.

—Que no salga de aquí. El cuerpo es de un cerdo pequeño, y en los cuencos había sangre humana. Puede que fuera de los participantes. Estamos intentando recoger todas las muestras biológicas posibles. Esto es gordo, chicos y creo que tiene que ver con vuestros casos.

—Sí, la tal Alma está convencida de ello. Si pudiera convencerla de venir a la comisaría.

—Ella parece colaborar —dijo Cristina—, te ha contactado varias veces. Imagino que no sabrá nada más. Tal vez le tienes que dar tiempo.

—Quiero mirarla a la cara y saber si ella ha tenido algo que ver

—dijo Francesco levantándose y pagando los cafés en la barra.

Los tres se dirigieron hacia los coches y se marcharon hacia la comisaría, mientras que Julia se iba al anatómico forense.

Una vez allí, Fran se sentó pensativo delante de su ordenador mientras Cristina se iba a hablar por teléfono, tal vez con su familia. Se alegraba que su padre la guiase. Alma le había dicho que su madre lo protegía. Le gustaría saber que era así. Miró el paquete de tabaco que tenía encima de la mesa y lo tiró a la papelera. Quizá era el momento.

Miró el reloj, las siete y media pasadas. Quizá Maya no estaba despierta, pero necesitaba hablar con ella.

Hola, Maya, escribió en el móvil, *siento mucho lo de ayer. Me gustaría que hablásemos.*

El mensaje apareció con la marca de leído y Fran empezó a ponerse nervioso porque ella no contestaba.

Lo siento, Fran. Todo esto ha sido un error. Mejor es que no nos veamos más.

Pero… ¿por qué? Yo quiero conocerte más.

Ese es el tema, yo no. Perdona si te hiciste ilusiones.

No me lo creo. Sé que te gusto.

Claro que sí me gustas, no me habría acostado contigo si no fuera así. Pero eso no significa nada más. No quiero ningún tipo de relación. Perdona si has entendido otra cosa. Me tengo que ir.

Francesco tiró el teléfono en la mesa y se echó para atrás. Cristina llegaba en ese momento, con rastro de lágrimas, pero sonriendo. Su gesto cambió cuando vio a Fran.

—¿Qué te pasa?

Fran le enseñó la conversación.

—Quizá está dolida por tu interrogatorio. A veces no eres muy sutil.

—Pensé que ella era especial, supongo que me equivoqué.

—Sabes dónde está, habla con ella.

—No soy un acosador y el curso ha acabado. No iré.

—Me parece que tienes demasiado orgullo, Fran. Si te gusta de verdad, insiste. Puede que esté pasando por un mal momento. No lo sabes.

—No sé qué hacer, la verdad.

—Cuando te ibas a separar de Nora lo pasaste muy mal y cuando ella murió, vi ese rostro de culpabilidad que no te pertenecía. Y estos días, solo por estos pocos días, tu expresión y tu ánimo había cambiado tanto que pensé que volvías a ser el Francesco de siempre. Era como…. Si tuvieras una luz especial.

—No empieces tú también con cosas raras.

—Te lo digo en serio. Si esa chica es capaz de hacerte feliz, no lo

dudaría. Ella te miraba con adoración. Algo le habrá pasado para decirte eso. Eres poli, averígualo.

—¿Y si lo que descubro no me gusta?

—Entonces sabrás a qué atenerte. Nunca pensé que fueras cobarde, al contrario. Te has enfrentado a muchas situaciones desagradables, en el trabajo y en lo personal.

—Deja de ser tan lista, Cris —dijo él levantándose y poniéndose su cazadora—. Creo que iré a tomarme un café… llámame si hay novedades.

—Suerte, Fran y no pienses que no mereces ser feliz.

—Es lo que te digo, demasiado lista.

Cristina soltó una suave risa y se sentó en su mesa mientras Francesco desaparecía por la puerta y caminaba con paso firme hasta el bar. Intentaba imaginar en su cabeza qué podría decirle, cómo expresar lo que sentía. «Sé tú mismo», dijo la voz que siempre escuchaba. Sintió un escalofrío.

El bar ya estaba abierto y Manu estaba haciendo cafés a los numerosos parroquianos que estaban sentados en las mesas. Lo miró con mala cara.

—Hola, Manu, ¿está Maya?

—Sí, dentro, ¿qué le has hecho?

—Nada, de verdad. Es ella la que no quiere verme.

—Y, aun así, aquí estás —contestó serio.

—Tu hermana me gusta de verdad. Quiero estar con ella, si ella me acepta.

—Pasa, está en la oficina, con la contabilidad. No sé qué te dirá.

—Gracias.

Entró por la puerta de la barra, pasó por la cocina y luego fue hacia una puerta abierta, donde sonaba una suave música de fondo. Maya estaba sentada delante de una mesa, organizando las facturas.

—Ahora salgo, Manu, solo me queda medio mes.

—Hola, Maya.

Ella levantó la vista, sobresaltada.

—¿Qué haces aquí, Fran?

—Quiero hablar contigo.

—Ya te he dicho todo lo que tenía que decir.

—Entonces dime a la cara que no te gusto y que no quieres volver a verme.

Maya se levantó y recogió las facturas en un archivador, dándole la espalda. Él se acercó y se puso a su lado.

—Mírame a los ojos, dime que no quieres estar conmigo y no te molestaré más.

Maya se volvió hacia él con los ojos arrasados en lágrimas.

—No puedo, Fran, todo es difícil. Es mejor para ti.

—¿Cómo sabes qué es lo mejor para mí? —contestó él limpiando una lágrima de su rostro.

—Porque lo sé. No soy tu mejor opción.

—Hasta ahora solo me has dicho que estás preocupada por mí. Que es difícil, pero no me has dicho que no quieres volver a verme.

Ella bajó la cabeza y él no pudo evitar abrazarla. Maya se echó a llorar con desconsuelo y él besó su cabeza, susurrando palabras dulces.

Después de unos minutos, ella se apartó.

—No, Fran. Esto no va a poder ser.

—Explícame por qué, Maya. Necesito entenderlo porque me gustas demasiado. Dame una razón.

—Porque te he mentido, Fran, mucho, y sé que no aceptas que te mientan.

Francesco se puso un poco rígido.

—¿En qué me has mentido? Casi no nos conocemos, entiendo que no confíes del todo en mí y que no me hayas contado tu vida personal. Yo tampoco te he contado todo sobre mí.

—No, Fran. Lo mío es demasiado —dijo apartándolo—. Dejarás de hablarme cuando lo sepas y con motivos. Pero es cierto, me gustas mucho.

—¿Has hecho algo ilegal? Si es así, puedo ayudarte, conozco a muchos abogados.

—No, Fran. Está bien. Tú lo has querido. Seré sincera —suspiró y se alejó dos pasos de él, hasta ponerse detrás de la mesa—. Yo soy Alma.

Francesco se quedó pálido y sin palabras. Luego echó las manos a su cinturón y sacó los grilletes. Tomó a Maya del brazo y sin mediar palabra se los puso.

—Tiene derecho a guardar silencio no declarando si no quiere, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o a manifestar que sólo declarará ante el juez. Tiene derecho a no declarar contra sí misma y a no confesarse culpable. Tiene derecho a designar abogado y a ser asistida…

—Pero Fran… ¿por qué?

—Te detengo por encubrimiento.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Manu entrando al despacho.

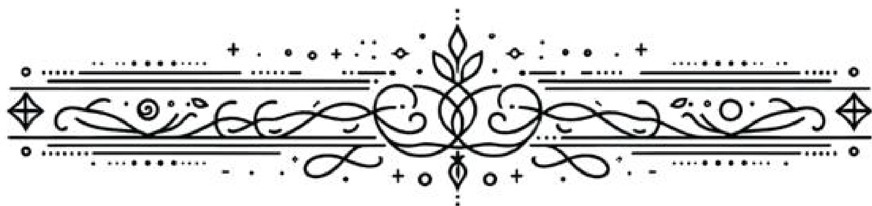
—Me llevo a tu hermana.

—No puedes hacer eso —dijo él mirando a Maya confuso.

—Déjalo, Manu, llama a tu marido.

Fran sacó a Maya por el bar, provocando el asombro de quienes estaban allí. Ella tenía la cabeza baja. Peor no podría ir.

Capítulo 16. Interrogatorio



Caminaron hacia la comisaría sin decir palabra. Lo había hecho mal, sacándola del bar, delante de su hermano, de sus clientes, de todos…. Esposada. Lo había hecho mal por enfadarse tanto porque ella había sido sincera. Lo había hecho mal por enamorarse de una mujer que apenas conocía. Y lo había hecho rematadamente mal por ir caminando hasta la comisaría con ella detenida. ¿Qué había hecho bien? Nada.

Ella no había dicho una sola palabra y no veía su rostro, pues la llevaba por delante. Tampoco había protestado o resistido. Cuando entraron por la puerta, y tomaron los datos, encargó a un compañero que la llevase a una sala de retención. Tenía ganas de gritar, llorar o dar un puñetazo a la puerta. Cristina vio a Maya y se acercó corriendo hasta Fran.

—¿Qué estás haciendo? Es Maya.

—Es Alma. Me ha engañado todo el tiempo, Cris. Puede que por eso supiera cosas.

—¿Pero es que tú le has contado algo?

—No, claro que no —dijo él ofendido—. Ni idea. Lo mismo me ha drogado.

—Que yo sepa todo empezó antes de conocerla, no seas estúpido y piensa un poco. Estás siendo irracional, y eso es porque estás colado por ella.

—Joder, Cris, no me des la charla.

—Es que te has equivocado, Fran. En caso de que sea Alma, ella te ha ayudado más que otra cosa. Voy a hablar con ella. Es mejor que tú no entres.

—Quiero que me aclare las cosas.

—Tómate un café y déjame con ella.

—Está bien —aceptó a regañadientes.

Cristina se dirigió a la sala de interrogatorios con un botellín de agua. Entró y Maya estaba todavía esposada, sentada con las manos apoyadas en la mesa y la cabeza sobre ellas. La levantó cuando escuchó entrar a Cris y pareció algo aliviada.

****

No esperaba que Fran se lo tomase así. Contaba con que se enfadase, pero ¿detenerla? Solo quería llorar. Sintió la repulsión que le provocaba y con qué ¿odio? La había dejado con un compañero y este la metió en una sala. Al rato, entró su compañera y le quitó los molestos grilletes.

—Hola, Maya. O Alma. Bueno, ha sido toda una sorpresa.

Maya se encogió de hombros. No sabía si era mejor hablar o no. El padre de Cris le sonrió con cariño. Ella lo miró y Cristina se volvió hacia atrás.

—¿Qué ves? ¿Es mi padre?

—Sí. Siempre está contigo.

—Te agradezco tu mensaje. Lo escuché. Era para mí, ¿lo sabías?

—Lo suponía. A veces no muestran su rostro, pero tu padre debía de ser una gran persona, muy noble.

Cristina se limpió las lágrimas.

—¿Puedo hablar con él?

—Siempre que quieras. Solo dile lo que quieras. Él dice que siempre te escucha.

—Joder, Maya, así no puedo interrogarte.

—Lo siento. No sabía cómo decírselo. Todo se lio. Supongo que está decepcionado.

—Tiene una historia difícil.

—Sí, bueno, todos tenemos nuestras cosas.

—¿Sabes algo más sobre los asesinatos? Nos ayudaría mucho.

—Todo lo que sé se lo he dicho a Fran… al inspector. Las cosas que han pasado están conectadas y no sé si será una posesión o algo similar, pero alguien ha hecho algo feo. Vi las fotos y no me extrañaría que los cuencos del círculo tuvieran sangre humana, pero de verdad que yo de pactos con demonios no sé nada. Tal vez en el círculo de Agatha sepan algo. Supe que invocaron un demonio y no sé si es el mismo…

—No digas nada —dijo Ander abriendo la puerta—, soy su abogado y me la llevo ahora mismo. No tienen ningún tipo de prueba contra ella.

—Está bien, abogado, se puede ir —dijo Cris levantándose—. Siento todo esto, Maya. Fran necesita aclararse. Y gracias por todo.

Ander tomó del brazo a su cuñada y salieron por la comisaría. Maya miró hacia donde estaba Fran, que tenía los brazos cruzados sobre su pecho y la miraba con el rostro serio, tenso. Cristina se acercó a él y puso la mano en su hombro. Maya se volvió hacia la salida, aguantando las amargas lágrimas que luchaban por salir. Fuera, Manu le dio un enorme abrazo y los tres se dirigieron a casa de Maya.

—¿Y el bar?

—No te preocupes, lo he cerrado y listo. La familia es más importante. Por favor te pido que nos expliques qué está pasando.

Maya suspiró. Era el momento de sincerarse del todo, a pesar de las consecuencias. Entraron en la casa y Salem saludó a Manu ronroneando hasta que él lo tomó en brazos.

—Sentaos, voy a preparar un café —dijo Ander y se dirigió a la cocina. Maya se colocó en el sofá y Manu a su lado, dándole un abrazo.

—¿Cómo estás? ¿Te han hecho algo?

—No, solo que… Fran está enfadado.

—Ese bruto, por poco no le doy una buena hostia.

—Cariño, agredir a un policía no es una gran idea —dijo Ander con una bandeja que dejó en la mesita—. A ver, Maya, cuéntanos por qué te han detenido.

—La historia es larga, demasiado —suspiró ella.

—Empieza por el principio, cielo —dijo su hermano dándole un abrazo. Ella asintió. Puede que también se enfadaran con ella y no volvieran a hablarle así que le dio un beso en la cara y se dispuso a contar todo.

Les habló de sus dones de pequeña, de que los había ocultado y que habían vuelto de mayor.

—¿Recuerdas el accidente que tuve y que casi me cuesta la vida? Eso sirvió para que todo volviera y Johanna me ayudó a controlar todo eso.

—¿Y mamá lo sabe?

—Sí, ella duda a veces, le parece algo irreal… pero me ha apoyado siempre.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Crees que yo no te hubiera apoyado? —dijo Manu molesto.

—Tenía tanto miedo… mira lo que ha pasado con Fran.

—Yo no soy ese tipo, soy tu hermano y te quiero, aunque seas rara —dijo él. Ella se echó a reír con lágrimas en los ojos y se dejó abrazar.

—Así que eres Alma —dijo Ander emocionado—. Hace tiempo que quiero escribir a esa muchacha, porque… nuestro pequeño, y ahora sé por qué, suele mirar hacia la esquina de la habitación, saluda y sonríe. Creo que debe haber alguien allí, si se parece a su tía.

—Oh, vaya.

—Lo bueno es que le podrás ayudar —dijo Manu—, y no estoy enfadado. Yo tampoco he creído mucho en estas cosas. Entonces, ¿ves espíritus? ¿Has visto a papá?

—Lo vi hace tiempo, pero hace mucho que no me viene a ver. Tal vez acabó por subir donde sea que vayan.

—Te confieso que suelo leer y escuchar lo que pones en la web, aunque no sabía que eras tú —dijo Ander provocando el asombro de su marido—, tu hermano no creerá, pero yo sí. Una vez le diste un mensaje a una de mis hermanas. Nos emocionamos mucho. ¿Me permitirás algún día presentártelas? Ellas amarían conocerte. Para nosotros eres una celebridad.

—Oh, por favor, Ander, no me digas eso. Y, claro, tal vez pueda pasarme por vuestra casa y ver quién está allí.

—Te lo agradecería —dijo Manu—, de verdad, Maya, creo en ti y te voy a apoyar siempre. En cuanto al inspector…

—Es que me pidió muchas veces que fuera a hablar con él, sin saber que ya estábamos hablando. Le mentí.

—¿En qué?

Maya les explicó los mensajes de los asesinados, el círculo y lo demás. Ander se levantó y paseaba pensativo.

—Es todo tan relativo que no te pueden detener. No hay pruebas físicas, a menos de que tengan una orden para registrar tu casa y tu web y tengas algo comprometedor —Ella negó con la cabeza—. Pero lo que le hayas dicho no es suficiente. Incluso podríamos denunciarlo por detención ilegal.

—No, no quiero denunciarlo.

—¿Estás colada por él, hermanita? Cuando vino a verte, él parecía muy afligido. Sé que le gustas, aunque no sea clarividente como tú.

—Me gusta mucho y creo que yo a él, pero se ha abierto un enorme… abismo… entre nosotros. No creo que quiera volver a verme.

El timbre del portero automático los sobresaltó y Ander fue a contestar. Volvió serio.

—Pues está aquí. Me espero por si viene en plan policía.

Maya asintió y se levantó para abrir la puerta. Él venía solo.

—¿Puedo hablar contigo?

Ander se puso a su lado.

—¿Viene a interrogarla?

—No, joder, es personal —contestó él.

—Pasa —dijo Maya.

—Iremos a la habitación de al lado, por si nos necesitas —dijo Manu mirando con mala cara al inspector.

Ella se sentó en el sofá y él miró el entorno. Se acabó sentando en un sillón y Salem se acercó curioso. Luego se frotó por sus pantalones y acabó en el regazo de Maya.

—Quiero disculparme. No he hecho bien al detenerte y si así lo quieres, puedes presentar una denuncia contra mí.

—Lo sé. No lo voy a hacer.

Maya puso las piernas recogidas en el sofá y continuó acariciando a Salem, que ronroneaba tranquilo. Sintió la incomodidad de Fran y su rostro que tenía varias expresiones diferentes, una tras otra.

—No me gusta que me mientan.

—Técnicamente, no te he mentido, solo te oculté la verdad.

—Pues no me gusta que me oculten la verdad —dijo él apoyándose en las rodillas, sus dedos las agarraban como si fueran su soporte.

—No podía decírtelo.

—¿Por qué?

Ella sonrió un poco.

—¿Después de cómo has reaccionado?

—Lo sé, lo sé.

Francesco se pasó la mano por el cabello.

—Todo lo que Alma te ha dicho es la verdad. A tu compañera le dije que era posible que alguien haya invocado un demonio, pero es que no estoy segura.

—No he venido por el caso, he venido por ti —contestó Fran levantándose y tomando asiento cerca de ella—, a la mierda el caso.

—No deberías hablar así. Está pasando algo gordo y no sé cómo se podría solucionar. Deberías centrarte en ello y, cuando todo acabe, tal vez podríamos hablar.

Fran alargó la mano hasta su rostro y acarició su piel.

—¿Y si no quiero esperar hasta que esto acabe? ¿Y si quiero quedarme contigo esta noche?

Ella se sobresaltó, pensando en la oscuridad que la acechaba.

—No puedes, Fran. Es mejor así. Te prometo que colaboraré…. Si no vuelves a detenerme, claro.

—No lo entiendo —dijo él acercándose un poco más. Maya se levantó y se alejó de él.

—Por favor, márchate. Es lo mejor para los dos.

Fran se levantó y se acercó a ella. Tomó su rostro con una de las manos y acarició su mandíbula.

—Dime que no sientes algo por mí y me iré. Sea lo que sea, podemos afrontarlo juntos.

—Ya sabes que siento algo por ti, Fran. Márchate, por favor.

Él se acercó a ella y la besó con fiereza. Maya le correspondió, pero acabó apartándolo. Francesco la miró con dolor en sus ojos.

—Adiós, inspector. Te informaré si viene algo a mí.

Él se giró en silencio y salió de la casa, cerrando la puerta. Manu y Ander salieron de la habitación y su hermano la abrazó.

—Está loco por ti ¿lo sabes?

—Es posible. Pero hay fuerzas oscuras rondándome. De hecho, vosotros deberíais iros y no venir por casa. Algo pasa y no sé cómo

hacer.

—¿Has hablado con Johanna? Ella podría orientarte.

—No me coge el teléfono. Estoy preocupada, la verdad. Marchaos, me encuentro bien.

—Me puedo quedar a dormir aquí —dijo Manu.

—No, no. Os llamaré si os necesito. Id con vuestro pequeño. Y otro día me paso por vuestra casa y veo qué hay.

—Está bien.

Después de abrazarla, ambos se marcharon del piso y Maya recogió la bandeja con los cafés. Miró la hora. Johanna solía pasar las tardes en la tienda de su hermana, así que se vistió y se preparó para visitarla. Aunque todavía estaba molesta, necesitaba hablar con ella.

La tarde se había puesto tormentosa. A pesar de la ola de calor que hubo la semana pasada, la temperatura había bajado hasta el punto de tener que usar cazadora. Cogió el autobús para ir a la tienda y luego caminó hacia el local. Era una pequeña tienda de ropa muy colorida, con kaftán y dashiki de preciosos colores donde la comunidad de mujeres africanas se ponía bella. Además, había bisutería y collares traídos de la zona y en un cuartito trasero, Johanna realizaba sus rituales.

La tienda tenía la persiana a medio echar y Maya pasó por debajo. Dentro, varias personas hablaban conmocionadas. Se giraron al entrar ella. Había incluso algunos espíritus.

Johanna se acercó a ella y le dio un abrazo.

—Justo estaba pensando en ti. Estamos muy preocupados. Mi hermana Naina no ha aparecido esta noche en casa. Su esposo está aquí, la hemos buscado y… me preguntaba si tú… no la habrás visto.

Un espíritu movió su mano y Maya tragó saliva. Miró a Johanna con tristeza y esta se echó a llorar.

—¿Qué ocurre? —dijo su marido sacudiendo a Maya. Johanna se interpuso y los hizo sentarse.

—Mi amiga es médium, por favor, dejadla hablar.

—Creo que… Naina está aquí —empezó mientras la muchacha se ponía junto a su esposo—. Me dice que dé un recado a su esposo Hakim, que le diga que está bien, que cuide de Thabo con el mismo amor con el que la ha cuidado a ella siempre y que no tiene la culpa.

El hombre se echó a llorar y los demás familiares lo abrazaron. Johanna se quedó parada, sin moverse.

—¿Qué le han hecho? ¿Quién ha sido?

Maya se giró hacia Naina, que negó con la cabeza.

—Ahora mismo no lo recuerda. Solo sabe que había unos ojos brillantes. Tal vez más adelante.

—Se la ha llevado un demonio —dijo una de las ancianas—, un demonio la atacó.

—Pero ella está bien —contestó Maya—, creo que se quedará aquí hasta que recuerde lo que le pasó, pero luego se marchará.

El esposo se levantó y se acercó a Maya. La miró con el rostro arrasado y le dio un abrazo.

—Gracias por contarlo. Al menos sé que ella está bien.

—Lo siento mucho, de verdad —dijo Maya. Johanna la tomó del brazo, subieron la persiana para salir a la calle, donde se encontraron con Fran y Cristina, que bajaban de un coche. Él frunció el ceño y Cristina se dirigió a Johanna, para entrar en la tienda y dejarlos solos.

—¿Qué haces aquí?

—Johanna es mi amiga. Su hermana Naina… está muerta.

—Lo sabemos. Ella es otra más.

—¿Tiene que ver con los demás?

—Eso es lo que hemos venido a averiguar. Quédate aquí porque luego quiero que me cuentes todo. Vamos a hablar con la familia.

—Están muy mal.

—Imagino.

Fran entró a la tienda, dejando a Maya fuera. Se acercó a un banco lleno de pintadas y se sentó con las piernas encogidas y apoyando la cabeza en ellas. ¿Por qué habían atacado a Naina? Ella apenas la conocía, pero no recordaba que Johanna le hablase sobre si tenía dones.

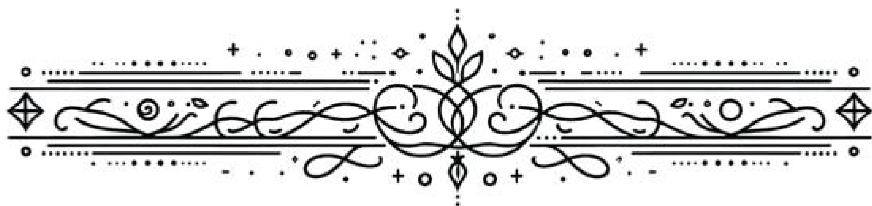
Creo que buscaban a mi hermana, pero no se lo digas o puede que no se lo perdone nunca. Puede que no debiera haber ido.

—¿Ido dónde?

No lo recuerdo… está todo muy confuso. Si lo recuerdo, te lo haré saber. Voy con mi familia.

Maya asintió, mirando a Naina volver con ellos. Si buscaban a Johanna, estaba en peligro.

Capítulo 17. Peligro



Maya estuvo sentada en el banco durante un buen rato hasta que Francesco salió, bastante serio. Cristina se quedó atrás, apoyada en el coche. Él se sentó junto a ella.

—¿Por qué estás aquí?

—Ya te lo he dicho, he venido a buscar a Johanna, ella es mi amiga.

—Johanna pertenece a ese círculo de Agatha. ¿Tú no?

—Agatha quería que entrase, ya sabes, por Alma. Pero no quiero. Hay diferentes tipos de mediumnidad y me da que ellos pretenden entrar en trance, algo que yo nunca haría. Eso de que me posean espíritus no va conmigo. Es muy peligroso. Yo protejo mi casa muy bien y tengo un ritual muy fuerte para que no entren espíritus burlones, aunque… bueno, algo entró el otro día.

—¿Estás en peligro? —preguntó acercándose un poco más a ella.

—Solo entró una leve presencia, gracias a las protecciones. Venía a pedirle a Johanna que me ayudase a reforzarlas a pesar de…

Francesco miró a Maya que había apartado la vista y parecía disgustada.

—¿Qué ha pasado?

—Johanna le dijo a Agatha quién era. Siempre lo he mantenido en secreto porque no quiero nada más que lo que hago ahora. No es por dinero, lo sabes.

—Eso te honra. Esa Agatha me da mala espina, ¿tiene esos… dones?

—No, para nada. Solo es la que dirige el grupo. Es que para el mundo espiritual un círculo es un lugar donde se potencian las habilidades del total. Suele estar dirigido por un médium experto y enseña a los demás. Creo que es lo que quiere de mí. No es que me considere la mejor, pero es porque me sale de natural. Los que están allí son más… digamos, normales. Puede que los tres asesinados fueran los que más dones tenían.

Maya se quedó mirando a Fran como si hubiera descubierto algo.

—Su hermana me ha dicho que cree que iban por su hermana, porque ella realmente es una persona con grandes dones —Maya se

levantó rápido—. ¡Está en peligro!

—Espera —dijo Fran tomándola del brazo—, si le dices que está en peligro…

—Puede que la salve. Que no se vaya con desconocidos, yo qué sé —Maya se soltó con fuerza del inspector—. Tengo que decírselo.

—Por favor, espera. No había signos de lucha. La víctima conocía al asesino. Puede ser alguien de su entorno.

—¿Alguien del círculo?

—Podría ser.

—Entonces iré a averiguar quién es —decidió Maya—. ¿No quería Agatha que me uniera? Pues lo haré.

—No puedes ponerte en peligro. Si quien ha matado a esas personas lo hizo porque eran competentes, por decirlo así, tú eres la mejor, o eso dicen.

—Sí, eso dicen.

✲✲✲

Maya se dio media vuelta y sin esperar a Fran se metió de nuevo en la tienda. Pronto, cerraron la persiana metálica y los dejaron fuera. El inspector se dirigió a Cristina malhumorado.

—¿Qué pasa?

—Creemos que van a por Johanna, la hermana de la asesinada. Tal vez las confundieron. Maya se va a infiltrar en el círculo de Agatha. Me da mala espina.

—Dile que le ponemos un micro y que estaremos fuera. Así te quedarás tranquilo.

—No sé si querrá.

—Puedo hablar yo con ella —contestó Cris metiéndose en el coche. Fran se sentó en el asiento del copiloto en silencio. Ella arrancó. Cuando su compañero le daba por callarse, nadie le sacaba una palabra.

Llegaron a la comisaría y Fran se fue directamente a hablar con su jefa para informar, sin saber cómo, de lo acontecido.

—Francesco, siéntate, estás alterado —dijo ella.

—Lo siento, comisaria. Esto me está afectando demasiado.

—Lo sé y me gustaría apartarte del caso —Él dio un respingo—, pero sé que no lo harías, así que prefiero tenerte controlado. Dime, ¿qué hay?

—La víctima al parecer es la hermana de una de las componentes de ese círculo de espiritualidad y por lo visto, van tras ella.

—¿Cómo lo sabes?

—No pregunte. Hemos conseguido averiguar quién es la tal Alma y se va a introducir en el círculo. Creemos que el asesino o asesinos podrían estar dentro, por lo que me gustaría ponerle algún dispositivo

oculto y seguimiento.

—Supongo que no me vas a decir en qué te basas y confío mucho en tu intuición, pero no la cagues demasiado, Fran. Estos asesinatos han hecho que la comisaria judicial y el director de la policía estén de los nervios, la alcaldesa me llama cada día y así vamos. No es bueno para la ciudad. Hemos conseguido mantener el secreto de sumario. Si la prensa los relaciona, será todavía peor. Así que ten cuidado. Y para colmo está ese evento esotérico del fin de semana. Imagínate si vienen todo tipo de personas con esos lo que sea que tengan y se enteran de que se han ido cargando a gente de los suyos. Un puto desastre. Dime que lo entiendes y que todo saldrá bien.

—Ojalá pudiera, comisaria. El asesino o asesinos se nos escapan de las manos.

—Venga, a trabajar entonces. Ve. Ponle a esa chica micrófonos o lo que sea. Haz todo lo que puedas, aunque sea absurdo y raro, pero solucionadlo, Cris y tú. Confío en vosotros.

—Gracias, jefa.

Fran salió más preocupado que cuando había entrado. Además de los asesinatos extraños, sin motivo y sin resistencia, estaba la presión de los altos cargos y ¡cierto!, el evento era ese sábado.

—Joder —exclamó yendo hacia la máquina de café. Cristina estaba hablando por teléfono.

—He quedado mañana con Maya en su bar, para hablar un rato. Ha accedido.

—¿Podré ir yo también? —dijo él. Cris medio sonrió.

—Claro, no me ha dicho que no vayas.

—La jefa me ha dado permiso para que lleve micro. En cuanto vaya a la casa, sabremos todo lo que habla.

—No sé, Fran. Igual no quiero saber todo lo que se dice.

—¿En serio?

—A ver, me explico. Después de lo que me dijo personalmente, si tenía algún tipo de duda, ha desaparecido. Que tú no creas en espíritus y demonios no significa que yo no lo haga. Si Maya ha dicho que tiene que ver con eso… joder, Fran, estoy embarazada y he leído que algunos entes se pegan a los no nacidos. No tengo miedo por mí.

—No vamos a entrar y si quieres, no hace falta que vengas, me llevo a Seven para el tema de comunicaciones y listo. Realmente no vamos a hacer nada, solo escuchar.

—Pues escucharé desde aquí. Nunca he tenido miedo de nada, ni de psicópatas o de otros delincuentes, lo sabes, pero esto… es distinto.

—Lo entiendo, Cris. Yo no tengo hijos, pero si los tuviera, haría lo que fuera por ellos.

—Tal vez algún día los tengas —dijo Cris—, y tengan poderes extrasensoriales.

—Lo dudo mucho. Ella no quiere saber nada de mí y yo… no lo sé. Es complicado.

—Maya es una chica normal, con una particularidad —Fran alzó las cejas—, sí, ya lo sé, es una gran particularidad, pero a ella le gustas más de lo que quiere admitir. Como a ti.

—Cuando acabe esto, veremos. Ya fui a su piso, quise seguir y me echó.

—¿Te echó de su casa?

—Sí, y luego vi salir a su hermano y al marido. Nos echó a todos.

—¿Y no crees que habrá sido por algo? Lo normal es que su hermano se quedara con ella, y no quiso. ¿Quizá porque había… algo raro?

—No lo sé, pero podría haberlo dicho.

—Ha perdido la confianza en ti, deberás ganártela de nuevo, supongo. Ella es desconfiada, solo se fía de su hermano y de su cuñado, no sé si de alguien más. ¿No tenía una compañera de piso?

—No la vi. Estaba sola.

—Entonces, ¿a qué esperas? Ve a verla, dile lo del micro y de paso, quédate con ella.

—Interferiré en la investigación….

—Fran, ¿de verdad? Se trata de tu vida. Yo me voy a casa que estoy agotada y tú ve a ver qué pasa, hazme caso. No esperes a mañana. Ella se alegrará.

—¡Jefe! Vengo con buenas noticias —dijo Seven acercándose—, mi hacker resultó más hábil de lo pensado y tengo el nombre de la chica…

—Maya Almansa… perdona, Seven, tenía que habértelo dicho.

—¿En serio? Las horas que me he pegado… —contestó enfurruñada, pero luego sonrió—, bueno me ha servido para aprender sobre barreras y conocer… a alguien.

—¿El hacker?

—La hacker —dijo ella guiñándole el ojo.

—Seven, mañana pondremos un dispositivo de vigilancia por la tarde y te necesitaré —comentó Fran—, ¿algún problema?

—Claro que no, jefe. Me parece genial. Muy emocionante.

—Prepara un micro para la señorita Almansa y te daré las instrucciones.

—Supones que aceptará. Lo das por hecho —contestó Cristina cuando Seven se fue a por ello.

—Si es necesario la obligaré.

—No vayas así, Fran, me parece una mujer encantadora y no se merece que la trates mal.

—Nunca la trataría mal, ya me conoces. Pero debemos parar esto.

—Llámame con lo que sea.

—Descansa, hasta mañana.

Fran salió de la comisaría caminando firme. Hablaría con ella. No le apetecía ni coger el coche. Echó la mano por costumbre a su bolsillo y lo encontró vacío. Ya no se acordaba que había dejado de fumar y en ese momento, le iría bien tranquilizarse, porque no sabía cómo lo iba a recibir. Un viento frío le revolvió el cabello y le puso nervioso. Aunque no creyese en esas cosas, se estaban dando demasiadas casualidades. Entró en el portal de Maya, que estaba abierto y subió hasta su piso. Conforme se acercaba, la temperatura comenzó a bajar hasta que sacó vaho de su boca. Eso sí era inexplicable.

—Maya…

Corrió escaleras arriba hasta que encontró su puerta. La tocó y notó que estaba helada.

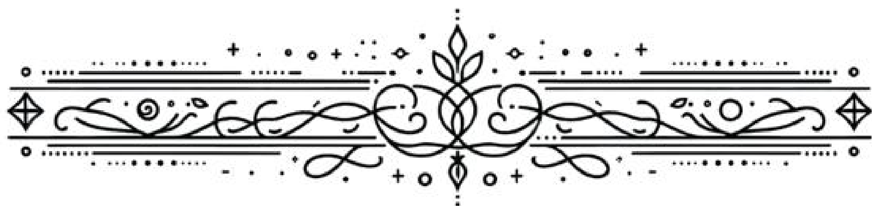
—¡Maya! ¡Ábreme! ¡Vamos, abre o echaré la puerta abajo!

Le pareció escuchar un gemido en el interior, y se dijo que con eso ya tenía una causa probable. Le dio una patada a la puerta con todas sus fuerzas y se alegró de que no fuera blindada. Salió disparada hacia un lado y Fran entró corriendo en la casa. Maya estaba echada en el suelo, abrazada a su gato, tiritando de frío. Miró alrededor y vio algo en una esquina, algo oscuro y que le puso el vello de punta.

—Maya, despierta —dijo ignorando lo que fuera y volviéndose hacia la muchacha. Ella temblaba de forma convulsiva. La tomó en brazos y la llevó al dormitorio, gato incluido, pues estaba tan helado como ella. Abrió la cama y se metió con ella para darle calor, frotándole la espalda.

El gato fue el primero que reaccionó y saltó de la cama para esconderse en un rincón, mirando con ojos desorbitados hacia la puerta. Él se volvió y sintió el frío que venía del salón, así que se apretó a la muchacha y empezó a hablarle sin parar, a besar su rostro, por una vez en su vida, muerto de miedo, pero no a lo que fuera que había en el salón, sino a perderla.

Capítulo 18. Oscuridad



Maya sintió un aroma conocido, aunque no sabía dónde estaba o por qué. ¿Qué era lo último que recordaba? Solo oscuridad. Empezó a sentir su cuerpo y un fuerte brazo que le rodeaba la cintura. Ella estaba recostada en su pecho y Francesco dormía medio incorporado, apoyado en el cabecero de la cama. Cuando se movió, él se despertó de inmediato y la miró confundido pero alerta.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí, pero ¿qué haces en mi cama?

—Ayer vine, ¿no recuerdas qué te pasó?

—Desde que cené y me puse en el sofá a leer, no. Solo… oscuridad.

—Esto es increíble, si no lo hubiera visto… cuando llegué estabas helada en el suelo y te traje aquí para darte calor. No sabía qué hacer. El piso estaba muy frío.

—Ah, sí. Supongo que el ente oscuro me atacó. Me quité el collar cuando me enfadé con Johanna y no me lo había vuelto a poner, así aprovechó el momento. Fui estúpida y descuidada. Gracias por… ayudarme.

Fran acarició el rostro y le dio un beso en la frente. Ella subió hasta colocarse a su altura y lo miró a los ojos. Se mantuvieron un rato así hasta que Maya se acercó para besarle, cuando Paloma entró corriendo en la casa.

—¡La puerta está reventada! —dijo ella y se paró en seco al verlos —. Ah, perdona, yo... me he asustado.

—Fran, es mi compañera de piso, Paloma.

Maya se separó de Fran y se puso sentada en la cama, algo mareada, mientras que él se levantaba y se ponía las botas.

—¿Estás bien? —dijo Paloma preocupada—. Me iba a trabajar y he visto…

—Estoy bien, tranquila. Ayer sufrí un… ataque y él debió abrir la puerta como pudo.

—Joder, como pudo, está destrozada.

—La pagaré, tranquilas —dijo Fran—. Tengo que hablar contigo, Maya.

—Si estás bien, me voy, pero puedo quedarme —dijo Paloma mirándolo desconfiada.

—Ve a trabajar, luego te llamo —contestó Maya, levantándose. Le dolía todo el cuerpo. Cogió de la mesilla el colgante de Johanna y se lo puso. En qué momento se le había ocurrido quitárselo.

—Hasta luego. Espero que me llames —replicó Paloma mirando con mala cara al inspector.

Ambos vieron como la amiga se iba y Maya se volvió hacia Fran.

—Necesito darme una ducha. Quédate si quieres y hablamos.

Se metió en el baño y se frotó con sal de hierbas, especial para limpieza. Otra cosa de la que le quedaba poco. Debía volver a conseguir más. Salió envuelta en vapor y en su albornoz rosa y se hizo un moño con el cabello todavía húmedo. Como se le olvidó meterse la ropa, tuvo que ir a su dormitorio. Escuchó el sonido de los fogones y olió el café. Se podría enamorar de ese hombre, aunque, ¿no estaba ya enamorada?

Después de vestirse con unos vaqueros y una camiseta, salió a la cocina. Fran puso en la mesa dos platos con huevos revueltos y dos tazas de café. Pensó que no tendría hambre después de todo, pero su estómago rugió. Él sonrió. Miró hacia la puerta del piso, estaba más o menos colocada en su sitio, aunque el marco estaba medio reventado.

—Tuviste que dar un buen golpe para abrirla así. Te harías daño.

—Una patada fuerte solo. Tal vez debas ponerte una puerta mejor. Te la pagaré.

—Bueno, el seguro lo hará. Gracias por todo. Me salvaste seguramente. ¿Qué recuerdas?

—Estabas tirada en el suelo, helada y abrazada a tu gato. El ambiente era… como si fuera pleno invierno. Daba miedo.

—Sí, sufrí un ataque de ese ente. Por mi estupidez. Si no hubieras venido… quizá me habría poseído o matado, no sé qué quiere de mí.

—¿Cómo podemos pararlo?

—Tal vez en el círculo. Hoy llamaré a Agatha.

—De eso quería hablarte. Me gustaría que llevaras un micrófono oculto, no solo por saber qué ocurre sino por mantenerte a salvo, por si son una cuadrilla de psicópatas asesinos.

—Sigo creyendo que es una posesión, Fran. Y no sé, lo del micrófono no es muy… ¿peliculero?

—Lo es —medio sonrió Fran—, pero si no lo haces, no dejaré que entres, si es necesario te detendré.

—No me gusta que me amenacen —dijo ella dejando el tenedor en la mesa.

—Perdona. No quiero amenazarte, joder —contestó él poniéndose de pie y acercándose a la cafetera. Se volvió para mirarla serio—, es que no quiero perderte, Maya. No sé qué hay exactamente en mi

cabeza, solo sé que ayer no tenía miedo de la cosa esa oscura, solo me imaginaba un mundo sin ti y eso me aterrorizó.

Maya asintió. Dudaba entre besarlo o apartarlo para que estuviera seguro. Se levantó y se acercó a él.

—Fran, creo que estarías en peligro si te quedas cerca de mí. Ese ser es poderoso y al igual que tú, no querría que te ocurriera algo.

—A lo mejor es mi decisión arriesgarme a ello —dijo dando un paso hacia ella. Maya no se apartó.

—No me lo perdonaría jamás y tu madre tampoco me lo perdonaría —dijo ella acercándose a él.

—Un día hablaremos de mi madre, ahora solo quiero besarte.

Fran la tomó de la cintura y atrapó sus labios con fiereza, mientras Maya pasaba los brazos por su nuca, acariciando su cabello. Se acercó tanto a él que sus cuerpos eran parte de un todo. Él metió la mano debajo de la camiseta y ella gimió. Su excitación se podía palpar y el inspector la alzó y ambos, sin dejar de besarse, se recostaron en la cama. Pronto, la ropa estaba en el suelo y ellos, desnudos, se entregaron el uno al otro.

Fran besó el hombro de Maya que se encogía, desnuda, en sus brazos. El móvil del inspector sonó y él se movió para cogerlo de los pantalones que estaban en el suelo.

—¿Fran? ¿Estás bien? —se oyó a Cris.

—Sí, todo bien. Te veo en un rato.

El inspector colgó y se volvió hacia Maya, acariciando su rostro. Ella sonrió y supo que él estaba excitado de nuevo.

—Tienes que irte a trabajar y yo también. Estoy bien.

—¿Vas a llamar a Agatha?

—Sí, tengo que saber qué han hecho y quizá pueda ayudar, no lo sé.

—Dijiste que no sabías mucho de exorcismos.

—Y así es. Pero quizá…

—No te pongas en peligro, por favor. ¿Podrás llevar el micrófono? Necesito saber que estás bien.

Maya lo miró y supo que decía la verdad. Lo que estaba naciendo en ella era demasiado bonito para estropearlo. Asintió.

—Si al final acudo hoy, iré antes a la comisaría.

—No, dime hora y vendremos.

—Está bien. Ahora deberías irte o llegarás tarde a trabajar —sonrió ella.

—La verdad es que me quedaría aquí todo el día. Tienes buen café.

Ella soltó una carcajada y le dio un beso.

—Así que es por el café. Ya me parecía. Venga, dúchate si quieres y te vas o tu compañera se preocupará. Es un encanto.

—Si, a ella también le gustas. De acuerdo, gracias por la ducha.

Maya vio al hombre caminar desnudo hacia el baño. No podía dejar de admirar su hermoso trasero y las espaldas anchas con alguna que otra cicatriz. Él se volvió y le guiñó un ojo, notando que ella lo estaba mirando. Ella se estiró en la cama. ¿Podría ser feliz con todo lo que le rodeaba? ¿Cómo podría encajar él en su vida? Algo más seria, volvió a vestirse y se hizo otro café. Él no podía estar expuesto a las almas que la rondaban. ¿Y si tenía un bebé? Estaría en peligro. Miró hacia la esquina de la casa donde una sombra oscura persistía, aunque sin duda, no era grande. Pero ese podía ser el punto de entrada. Necesitaba hablar con Johanna.

Francesco salió ya vestido y con el cabello mojado y ella le dio otro café que tomó deprisa. Le dio un beso rápido que se convirtió en algo más intenso, hasta que Maya tuvo que separarlo.

—Llegas tardísimo, inspector.

—Está bien. Dime algo luego, y por favor, ten cuidado.

—Lo tendré. Ya llevo mi amuleto protector —contestó tocándolo con la mano. Él asintió y salió por la puerta que volvió a encajar en el marco.

Se arregló y salió para el bar de su hermano. Necesitaba trabajar. La puerta se había cerrado más o menos así que esperaba que nadie entrase. Poco se podrían llevar, de todas formas. No tenía joyas y el portátil era tan viejo que daba más bien pena.

Llegó enseguida y Manu le dio un abrazo. Ander estaba con el pequeño tomando un café y Maya se acercó a su sobrino y lo achuchó con cariño.

—¿Qué hacéis por aquí?

—Nos hemos tomado fiesta —contestó su cuñado—, vamos a ver a los abuelos que es el cumpleaños de mi padre.

—Ah, cierto, me lo dijiste. Manu, yo me quedo.

—¿Estás segura? Puedo saltarme la reunión familiar.

Ander hizo un pequeño gesto de disgusto, pero no dijo nada. Maya negó con la cabeza.

—Desde luego que no. Ve. Estoy bien. Esta noche… se quedó Fran conmigo. Estoy bien.

Maya omitió el ataque oscuro que había sufrido o si no ellos no se irían. Tampoco es que pudieran hacer algo.

—Ah, me alegro de que hayas aclarado las cosas con el inspector. En el fondo, me cae bien, pero solo porque está enamorado de ti. Si se porta mal….

—Que sí, hermanito. Marchaos. Yo me ocupo de todo.

Manu le dio un beso en la mejilla y se fue a cambiar. Los vio marcharse felices con su bebé. Tener una familia no había sido algo que a ella le preocupase o ni siquiera que le pasara por la cabeza. Con

sus características, lo que menos deseaba era implicar a nadie. Ahora, con Francesco, su mundo se había vuelto del revés.

Preparó la barra para los desayunos y los almuerzos y empezó a servir cafés y demás. Llevaba casi una hora sin parar cuando Johanna entró por la puerta. Estaba seria y sus habituales vestidos de colores habían pasado a ser un pantalón y una camisa oscura.

—¿Cómo estáis? —preguntó Maya dándole un abrazo. Ya no estaba enfadada.

—Llevándolo como podemos. Mi querida hermana tenía un bebé de dos años. Es terrible. He venido por ver si podrías venir en algún momento para hablar con ella.

—Claro que sí. Hoy tengo que trabajar hasta las cinco, que vuelve mi hermano, pero después contad conmigo. ¿Sabes? He pensado que quizá entre en el círculo de Agatha, es posible que pueda ayudar con algo.

—¿Estás segura? Yo pensaba dejarlo, la verdad. Es cierto que me negué a la invocación y que no participé, sabía que se equivocaban. Me pregunto si los tres compañeros asesinados se negaron también. Agatha parecía tan segura que cuando me dijo que no había funcionado, me alegré.

—Había cinco cuerpos en una vieja fábrica calcinados. Allí debieron hacer el ritual.

—Sí. Para invocar a un demonio se requiere un sacrificio humano. Últimamente habían venido algunos jóvenes interesados, ¿y si los sacrificaron? —contestó casi a punto de llorar—. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Está claro que han dejado a un demonio suelto, aunque no sé quién de ellos ha participado. He estado hablando con mi abuela sobre el tema, ella hizo un exorcismo en una ocasión. Me ha dado algunas pautas, pero no sé si seré tan fuerte.

—Eres muy fuerte, Johanna. Yo te ayudaré. Si quieres, puedes decirles que vamos esta noche, después de visitar a tu familia.

—Sí, lo haremos así. Gracias, Maya, después de que te mentí, agradezco que me hayas perdonado.

—Te quiero mucho, amiga. Y has hecho por mí más de lo que yo por ti. Eso sí, necesitaré más de esa agua especial y sal también.

—¿Has sufrido un ataque? —dijo ella preocupada.

—No, no. Solo por si acaso.

—Esta tarde te la daré. No te quites el collar.

Después de abrazarse, Johanna se fue. Maya se hizo un café. No había querido decirle lo del ataque de ayer, porque posiblemente le impediría unirse a ellos. Aunque no estaba segura del todo. Confiaba en ella, casi al cien por cien.

Tomó el teléfono para avisar a Francesco. Aceptaría llevar el micrófono, aunque eso no atraparía a un demonio.

Hola, Fran, ¿has llegado muy tarde?

Un poco. ¿Todo bien?

Sí, esta tarde he quedado con Johanna a las cinco y luego iremos al círculo. ¿Podéis ponerme el micro antes?

Claro, lo prepararemos todo. ¿Dónde acudimos?

Estaré trabajando hasta esa hora.

Bien, a las cuatro estamos allí. Gracias. ¿Tendrás cuidado, verdad?

Sí, dentro de… lo que hay. Te veo luego que estoy sola en la barra.

Ciao, amore

Maya sonrió tontamente mientras su madre sacaba unas tostadas.

—Me tienes que presentar a ese chico que te hace sonreír así —dijo ella.

—Ay, mamá. No sé si esto funcionará. Tú sabes mis… circunstancias.

—Eso es una tontería, hija. Cada persona es especial a su modo, como tú lo eres. Cuando hay amor, ninguna circunstancia es un obstáculo. Mira tu hermano, con lo pijos que son en la familia de Ander y tan felices.

—Lo sé, lo sé.

—Si no lo intentas, no lo sabrás. Si no sale bien, eso que habrás aprendido.

—Mamá, eres la mejor.

Maya le dio un abrazo a su madre y ambas sonrieron. El día pasó rápido y tras comer una ensalada ligera, se preparó un café. Johanna le había confirmado la visita a su familia y también que Agatha se había puesto muy contenta cuando le dijo que ambas irían al círculo. Los iba a reunir a todos esa noche. Se estremeció pensando que alguno de ellos podría ser un asesino poseído. O tal vez estaba equivocada. Necesitaba mirarlos a los ojos y averiguarlo.

A las cuatro menos cuarto, Fran apareció en el bar seguido de una chica joven con el cabello medio rapado y un enorme maletón en la mano.

—Maya, ¿recuerdas a Seven? Ella nos va a ayudar.

—Hola —contestó sonriendo.

—Por favor, quiero conocer a tu hacker, es el mejor —dijo ella.

—Se lo preguntaré, aunque creo que en esa web profunda todos os conocéis.

—Gracias —dijo ella entusiasmada.

—¿Dónde podemos…?

—Vamos al despacho. ¿Tardaréis mucho? No puedo dejar el bar sin atender.

—No, tranquila, en unos minutos te pongo todo —dijo Seven segura.

Maya se acercó a la cocina, su madre se había ido ya, pero estaba

la cocinera.

—¿Puedes quedarte atenta de la barra unos minutos? Tengo que hablar con estos señores.

—Claro, Maya. Ve.

La mujer se limpió las manos y salió a la barra y Maya entró al despacho, seguida por los dos policías.

Se había puesto una camisa oscura y vaqueros, no sabía si eso iría bien, así que trajo un jersey y un vestido por si acaso.

—Necesito que te quites la camisa —dijo Seven—, Fran, igual tienes que marcharte.

—Él me tiene muy vista —bromeó Maya—, no tiene que salir.

—Ah, qué interesante —sonrió la muchacha—, jefe, qué calladito te lo tenías.

—Seven… —advirtió él, pero sonreía.

Maya se quitó la camisa y la eficaz informática le puso una petaca en la parte trasera y un micrófono prendido en el sujetador. Ella miró a Fran que la contemplaba con profesionalidad, aunque en algún momento se le escapó un suspiro.

—Ponte la camisa o a mi jefe le dará un ataque —rio Seven—, vamos a probar.

La muchacha se puso unos auriculares y le instó a que hablase.

—Hola, ¿me oyes?

—Perfecto. La batería dura unas cuatro horas y puedes apagarla mientras estés trabajando. Solo tienes que meter la mano y la petaca tiene un pequeño botón que se desplaza a un lado. Tiene un alcance de unos 300 metros así que estaremos cerca. No sé si queréis quedar en alguna palabra especial si te sientes en peligro.

—Vale, Seven, sal un momento.

—Sí, jefe.

—Quiero que tengas mucho cuidado y que no te arriesgues, y solo tienes que gritar si te sientes en peligro, o como dice Seven, podemos quedar en una palabra especial. Te vamos a estar escuchando todo el tiempo así que creo que me enteraría.

—Está bien, de todas formas, digamos que, si nombro algo sobre Italia, entras a buscarme.

—Me parece bien —Fran se acercó a ella y la abrazó—, todavía no sé si quiero que hagas esto.

—Escucha, es algo que debo hacer. Estaré con Johanna.

—¿Confías en ella?

—Supongo que sí. Mataron a su hermana e iban a por ella, es una víctima posible.

—Tened cuidado, sabes que estoy cerca.

—Primero iré a ver a su familia. Luego acudiré al círculo.

—Si no te parece mal, nada más que salgas de aquí, conecta el

micro. No quiero perderte de vista.

—De acuerdo, aunque lo de la familia es muy íntimo —Él la miró preocupado—, está bien, lo haré, lo que escucharás es… bueno, es lo que hago. Espero que no te sientas mal por ello.

—No creía en esto, la verdad, pero después de todo lo que está pasando, ya no sé qué pensar.

—Abre tu mente, sin más.

—Ten cuidado.

Salieron al bar y ellos se fueron, aunque suponía que no estarían demasiado lejos. A las cinco menos cuarto apareció Manu y ella se preparó para irse.

—¿Todo bien con la familia?

—Sí, más o menos como siempre. A Ander le hace feliz y es lo que cuenta.

—Eres adorable, hermanito, ¿acaso no lo ven?

—Les caigo bien, pero les caería mejor si tuviera un restaurante de cinco tenedores y no un bar de barrio, pero es lo que hay. Somos lo que somos.

—¿Sabías lo mucho que te quiero? —sonrió ella.

—Y yo a ti. ¿Todo bien?

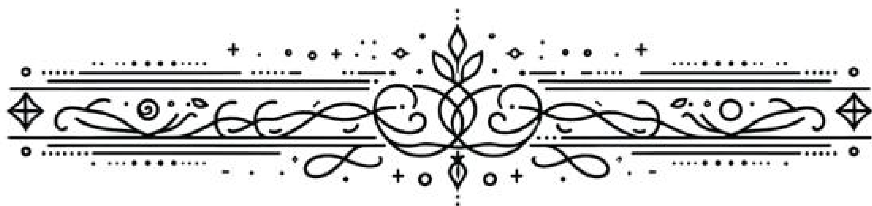
—Sí, nada del otro mundo. Voy a visitar a la familia de Johanna. Hasta mañana.

—Ten cuidado, Maya. Estas cosas no me gustan.

—Tranquilo.

Maya salió del bar sonriendo, pero su rostro cambió cuando vio las nubes tormentosas en el cielo. Una tormenta era una sensación única, escuchar la lluvia era uno de sus pasatiempos favoritos. Oler el petricor después, incluso caminar descalza por la tierra húmeda. Sin embargo, no era lo que ella sentía en ese momento. La anticipación de un evento y no precisamente bueno, le recorría la columna y erizaba su vello. No, definitivamente, esa noche no iba a ser la mejor de su vida.

Capítulo 19. El círculo



Había quedado en la esquina de la tienda de Johanna, ya que ellos vivían muy cerca así que conectó el micrófono y cogió el autobús. Su amiga la esperaba en el exterior con una bolsa que metió en su mochila.

—Gracias, Johanna, ¿qué te debo?

—No digas tonterías, Maya, esto no es nada. Te he puesto el agua reforzada con caléndula y anís que es especialmente indicada para la oscuridad, también llevas sal y palosanto, para que puedas limpiar tu casa.

—De acuerdo.

Caminaron juntas hacia el piso de Naina. La casa tenía más de treinta años y se veía desgastada, pero limpia. La comunidad que vivía allí la cuidaba, sin duda. Suspiró pensando en el disgusto de los familiares, pero siguió a Johanna por las escaleras hasta el segundo piso.

El esposo de la fallecida les abrió la puerta y les invitó a pasar. Allí había mucha gente y no todos vivos.

—Gracias por venir, Maya —dijo el esposo. Un bebé de dos años estaba en brazos de una chica joven. Ella supo que era su hijito porque Naima lo contemplaba con adoración y el bebé miraba a su madre sonriendo.

—Hemos preparado una infusión, o agua, lo que necesites —dijo una mujer de mediana edad.

—No se preocupe, estoy bien. ¿Podemos sentarnos?

Johanna se puso al lado de Maya, en un estrecho sofá y los demás se colocaron alrededor en varias sillas. El marido de Naina, una chica joven con el bebé, una pareja madura y la abuela tomaron asiento suspirando. La fallecida, junto a un hombre anciano se quedaron detrás de ellos.

—Bien, Naina, ¿quieres decirles algo a tu familia? —dijo Maya mirándola fijamente. Todos desviaron la vista, sin lograr visualizarla.

Naina asintió y empezó a dar sus últimos mensajes que ella fue transmitiendo. Con lloros y suspiros, su familia aceptó que ella estaba bien. Al menos, era un pequeño consuelo para su gran pérdida.

Luego, el hombre mayor, que se identificó como Dumu, aseguró que la cuidaría bien. Que ambos partirían hacia el paraíso.

La abuela se emocionó pues era su esposo.

—Ellos van a partir a un lugar tranquilo, hasta su descanso final —dijo Maya.

Naina se acercó a ella hasta sobresaltarla y le advirtió.

Todavía no recuerdo quién me atacó, aunque sé que era conocido. Yo no me hubiera ido con cualquiera. No te fíes de nadie esta noche. Sus ojos rojos me paralizaron y no pude evitar que acabase con mi vida a pesar de las protecciones, así que ten mucho cuidado.

Maya asintió y los vio marcharse. Una leve brisa con olor al perfume de Naina los inundó y comenzaron a llorar. Ella se levantó y sin despedirse, puesto que ellos estaban muy conmovidos, salió de la casa. Esperó en el rellano deseando poder marcharse. Johanna salió con el rostro sombrío y la miró.

—¿Te ha dicho algo más?

—Que tenga cuidado. No sabe quién la atacó, pero no le resultaba desconocido. ¿Ella estaba en el círculo?

—Sí, había empezado a venir. ¿Crees que es por eso?

—No lo sé. ¿Cuántas personas sois?

—Más de veinte, aunque las principales son Agatha, Héctor, Rosi y Bea. Los demás solo vienen a sesiones de vez en cuando.

—¿Y para ese ritual? ¿Participaron?

—Ya te dije que no quise saber nada. Lo que sí sé es que hace días que algunos ya no vienen. Puede que se hayan arrepentido de estar aquí…

—… o que hayan muerto. ¿Qué te ha dicho Agatha?

—Estaba contenta de que fueras y nerviosa porque mañana empieza el congreso. Se juega mucho dinero con ello.

—¿Y Pilar, Jorge Fernando y el chamán eran parte del círculo?

—Sí, lo eran. No estaban muy de acuerdo con el tema de la invocación y no sé si llegaron a participar. Pilar era amiga mía, a los demás solo los conocía del grupo. Creo que ella no quiso saber nada, pero no lo sé. Fue asesinada dos días después de que hicieran lo que fuese. ¿Qué piensas?

—No lo sé, Johanna. Nada bueno. Ayer... me atacaron en mi casa, una sombra negra. No iba a decírtelo, pero me parece que ha encontrado cómo entrar. Me salvé por poco.

—¡Es terrible! Quizá no deberías venir.

—Iré.

Johanna se paró justo antes de entrar en su viejo coche y se la quedó mirando.

—Si el ente te atacó es porque sabe que podrías acabar con él. Tal vez los que han sido asesinados unidos eran capaces de desterrarlo. Ya

sabes que hay mucho farsante en este mundo, pero ellos eran reales, tenían el don, como tú.

—O como tú.

—Está bien. Pero llamaremos a la policía si hay algún problema.

—Sí, de acuerdo.

Se metieron en el coche. Maya había estado a punto de decirle que llevaba un micrófono y que justo la policía le estaría escuchando, o eso esperaba. En el último momento decidió que era mejor que no lo supiera. Bastante nerviosa estaba como para poner a su amiga también.

Pronto llegaron a la finca y la verja se abrió de forma automática. ¿Estarían escuchándola? ¿Sabrían dónde estaba? Salió del coche descentrada y una sombra blanca se puso al lado de ella. ¡El padre de Cris! Él le hizo un Ok con la mano y desapareció. Maya suspiró aliviada.

Las luces de la casa estaban encendidas y contrastaban con el negro cielo tormentoso. La electricidad se sentía en el aire. Maya notó cierta, como lo llamaba ella, espesura en el ambiente. Estaba cargado y no solo por el tiempo, sino por las presencias. Varias almas pálidas la miraron desde fuera con el rostro aterrorizado. ¿Qué estaba pasando allá dentro?

Agatha salió a recibirlas con los brazos abiertos. Vestía una elegante túnica blanca con bordados en dorado y su cabello estaba recogido en un cuidado moño. Sonrió y las invitó a pasar.

—Bienvenida, Alma, todos estamos emocionados de tenerte aquí —dijo ella llevándolas a la regia biblioteca—, nadie ha querido perderse el evento, así que están todos.

Johanna torció el gesto, sin decir ni palabra. En la biblioteca había una docena de personas, mirándola con admiración.

No había almas blancas, pero sí una presencia que, sin duda, estaba escondida. «Para eso he venido», pensó decidida.

—Pasa, pasa. ¿Te apetece un café o un té, querida? —preguntó Agatha como una perfecta anfitriona.

—No, gracias, no suelo tomar nada antes de una sesión, porque imagino que querréis eso, ¿no?

—Oh, claro, nos encantaría que nos mostrases cómo lo haces. Todos queremos aprender mucho de ti.

El tal Héctor le retiró una silla y se sentó delante de la mesa redonda en la que la vez anterior vio a los tres fallecidos. Cloti, el agradable espíritu, estaba en una esquina y no se atrevía a acercarse al centro.

A su lado se puso Bea y al otro lado Johanna. Héctor, Agatha y dos mujeres más ocuparon el resto de los asientos y el resto se quedó de pie, en un lado. Agatha recitó las oraciones de protección que

hicieron que el ambiente estuviera más liviano. Podría ser que el ente oscuro no estuviera presente.

Agatha se volvió hacia Johanna.

—¿Quieres contactar con tu hermana?

—No, ella ya ha partido. Lo que quiero es arreglar esto. Si soltasteis a un demonio, hay que pararlo.

—Creo que deberíamos llamar a algún ente que pueda ayudarnos para ello —dijo Maya—, y revertir el ritual.

—Sí, por favor —dijo Bea muerta de miedo.

—Está bien, Alma, hazlo —ordenó Agatha.

Maya torció el gesto, pero quería acabar con este problema de una vez por todas. Puso las manos sobre la mesa, que estaba cargada de energía. Era una especie de instrumento mágico y le sorprendió no haberlo notado la vez anterior.

—Llamo a aquellas almas nobles que puedan ayudarnos con nuestro problema actual. Solo las que deseen el bien para todos pueden entrar en este círculo sagrado.

Se produjo un pequeño remolino de aire que los rozó a todos y los hizo estremecerse. Varias almas entraron y entre ellas estaban los fallecidos: Pilar, Jorge Fernando, Uzdú y Naina también se había unido. Empezaron a enviarle mensajes a la vez hasta que ella les pidió que fueran despacio.

No podemos ayudarte, aunque quisiéramos, dijo Pilar por fin, *estamos hechizados y todas estas personas que están aquí con nosotros, también fueron asesinados por el mismo ser. Solo nos liberaremos del todo cuando acabes con ello. Hemos venido a avisarte de que mañana en el congreso podrías obtener la energía suficiente para derrotarlo. Pero entre los presentes está el mal. No te fíes.*

—¿Quién? —exclamó Maya, pero ellos se fueron, haciendo volar varios libros por toda la habitación. Algunos chillaron horrorizados. Maya miró a Agatha.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué te han dicho? ¿Quién ha venido?

Agatha estaba fuera de sí y los demás se daban la mano y miraban a Maya asustados. Era la reacción que solía provocar.

—Mañana, en el congreso. Necesitamos hacer una gran sesión con todos los presentes.

—¿Para qué? —preguntó Héctor.

—Para tener la suficiente energía —dijo Maya levantándose y mirándolos uno por uno—. No importa dónde o en quién te escondas, te encontraré y te desterraré para siempre.

El silencio se hizo, todos se miraron entre sí y luego empezaron a hablar. Agatha levantó la mano.

—¿Qué quieres decir?

—Uno de los presentes aloja al demonio. Puede que lo sepa o

puede que no, pero todos debéis venir mañana al evento.

—Doy una charla de apertura —dijo Agatha—, podemos hacerlo justo después. Y todos vosotros vendréis.

Los presentes asintieron atemorizados. Maya se sorprendió, temían más la ira de la mujer que al demonio. ¿Y sí…? Pero ella no tenía dones, o eso decía. Todos eran sospechosos, sin duda.

Maya los dejó hablando y se marchó, pero antes la paró la empleada, Cloti, el alma que no se había acercado a ella y que parecía aterrorizada.

Yo también he notado su presencia y no te confíes porque es muy poderoso. Es alguien muy antiguo. Ten cuidado, los espíritus que han venido a verte podrían estar hechizados y confundirte.

—¿Podría ser?

Sí, su influencia es notable. Creo que quiere acabar contigo, puede que seas la única que le haría frente.

—Gracias, Cloti, lo tendré en cuenta. Si puedes avisarme de cualquier cosa, hazlo.

Lo haré. Suerte. La vas a necesitar.

El espíritu desapareció y Maya salió de la casa. Johanna no la siguió y le dio igual. Quería salir de allí. La noche seguía tormentosa y esperó no mojarse.

—Estoy saliendo yo sola —dijo esperando que le escuchasen y quizá la pudieran recoger. Si no, tendría que llamar un taxi o algo.

Caminó por el sendero de grava hacia la puerta de salida cuando escuchó un sonido a un lado del camino. Una sombra oscura parecía seguirla. Apresuró el paso para llegar cuanto antes a la puerta de salida. Las luces de un vehículo se aproximaron y esperaba que fuera Fran.

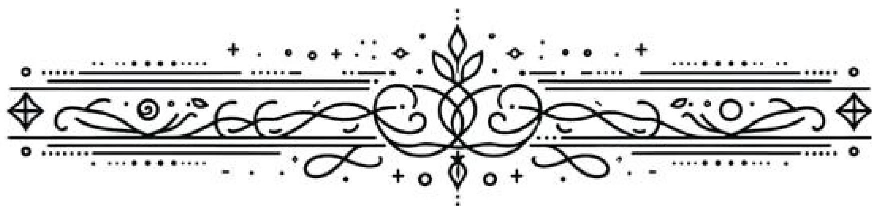
Casi llegando a la verja, algo se le echó encima. Ella manoteó y se revolvió, pero estaba boca abajo sin poder moverse.

—Eres mía —dijo una voz en su oído.

—¡Suéltame! —gritó ella.

Sentía mucho dolor en la espalda y sus brazos comenzaron a torcerse de una forma antinatural. Se arqueó hacia delante, a punto de perder el sentido por el dolor. Las luces se acercaban deprisa, aunque quizá fuera demasiado tarde.

Capítulo 20. Descubrimiento



La furgoneta oscura aparcó cerca de la casa de la señora Van Klow. Habían seguido a Maya toda la tarde y escuchado lo que dijo a la familia. Los tres estaban asombrados y sin saber qué pensar.

Cris estaba en la oficina, pero conectada a la transmisión. En algún momento, Fran la había escuchado sollozar. Incluso Seven, que en apariencia era menos sensible, limpió varias veces su mejilla. Él no la miró, le dio privacidad. No sabía por qué Maya les había permitido escuchar todo esto.

—¿Por qué? —dijo Fran en voz alta después de que Maya saliera de la casa de la asesinada.

—Creo que ella quiere que sepas cómo es su vida. No es lo mismo contarlo que vivirlo. Me parece impresionante. Cuando todo esto acabe, quiero hablar con ella, si no te importa.

—¿Alguien de tu familia?

—Mi mellizo. Murió a los nueve años. No sé si yo fui... la responsable.

—Seguro que ella podrá ayudarte, visto lo visto. ¿La crees?

—Creo en Maya, confío en ella. Pensar que hay algo más, que las personas no se van del todo, me hace pensar que en realidad la muerte no existe y que todos nos quedamos por aquí. Leí algo en su web, decía que solo perdemos el cuerpo físico, y que nuestra alma puede avanzar o quedarse ligada a la Tierra, si tenemos algo inconcluso, o queremos proteger a alguien, o solo por costumbre. A algunas personas les sigue gustando visitar los mismos lugares. Y por eso no avanzan.

—Nos estamos volviendo unos expertos en estas cosas —dijo con ligereza Fran, pero en el fondo, estaba preocupado.

—Es parte del caso. Jefe, la chica se va con la hermana de la fallecida.

—Vamos a seguirlas.

En el momento que tomaron la carretera, Fran adivinó dónde iban así que se distanciaron un poco para no levantar sospechas. La mansión de la mujer estaba como siempre y les abrieron la verja nada más llegar.

Seven aparcó algo apartada, bajo varios árboles y esperaron.

—¿Crees que el asesino es uno de ellos?

—Tengo la sospecha. Y no creas que me gusta que Maya entre allí. Solo pensamos que era necesario.

—Sí, jefe, lo entiendo. También entiendo que estás loco por ella.

—Seven...

—Lo siento, jefe, solo quería decirte que me alegro. Lo he hablado con Cris y nunca te hemos visto tan ilusionado, a pesar de todo.

—¿Así que habláis a mis espaldas? —dijo, pero sonrió.

—Lo siento, Fran —contestó Cris—, te apreciamos y queremos que seas feliz.

—Lo sé. Centrémonos en lo que dicen.

Escucharon la conversación de Alma, iban a hacer una sesión y pronto les invadió un silencio tremendo. Solo se escuchaba un ruido de fondo que no supieron interpretar. Al final, Alma habló y comentó que al día siguiente deberían hacer un ritual. Fran apretó los labios. No, eso no era bueno y con tanta gente. ¿Qué pretendía?

Ella les dijo que salía y la vieron caminar sola por el sendero de grava. Miró a un lado y cuando parecía que iba a echar a correr, cayó al suelo y empezó a contorsionarse.

—¡Acelera! —gritó Fran y Seven dirigió la furgoneta hacia la verja—. ¡Golpea la verja!

Seven reventó la verja y frenó delante de Maya que tenía una extraña postura retorcida. Fran bajó corriendo para auxiliarla y ella lo miró con los ojos desorbitados.

—La... mochila...

Él abrió la bolsa que estaba caída en el suelo y encontró un aerosol. Sin saber por qué, lo cogió se lo echó a Maya, algo chilló y una sombra oscura, casi aceitosa, salió de ella y se arrastró por el suelo hasta desaparecer en la sombra. Seven, que también había bajado de la furgoneta, la miró aterrorizada.

Fran tomó en brazos a Maya y Seven agarró la mochila y subieron a la furgoneta, echaron marcha atrás, justo cuando salía Johanna de la casa. Ella corrió hacia ellos, pero ya se habían alejado. Seven iba conduciendo, histérica.

—Joder, joder, joder, ¿qué mierda ha sido eso? Fran, ¿qué ha sido eso?

—Calla un poco y llévanos a un hospital —contestó él en el asiento de atrás atendiendo a Maya. Respiraba, pero con dificultad.

A los dos minutos, ella abrió los ojos y lo miró, agradecida.

—Échame más spray —susurró. No tuvo que decírselo otra vez. Fran lo cogió y la roció por todo el cuerpo y ya de paso a Seven y a él mismo. Un humo negro salió del estómago de Maya y se fue por la ventana.

—Joder, me cagüen la puta —exclamó Fran. Maya empezó a incorporarse. Y se acurrucó contra el inspector.

—No necesito ir a ningún hospital, por favor, llevadme a casa.

—Ni de coña. En tu casa te atacaron. Vamos a mi casa.

Maya asintió sin fuerzas y Seven los llevó al piso.

—Jefe, yo me voy a comisaría, me da miedo quedarme sola en casa. Al menos ahí estaré acompañada. Llámame si me necesitas.

Fran asintió, tomó la mochila y ayudó a Maya a subir a su casa. Le quitó los zapatos y la echó en el sofá. El teléfono de ella los sobresaltó.

—Maya, ¿estás bien? —dijo Johanna alterada.

—Sí, me han venido a buscar. Todo bien. Mañana nos vemos a las nueve en el congreso. Prepara mucha agua de la tuya, nos hará falta.

—Estaré toda la noche preparando los rituales. ¿Seguro que estás bien? Algo raro ha pasado.

—Sí. Sobre todo, ten cuidado. Protégete bien. Este bicho es muy peligroso.

—Lo haré.

Colgó, dejando el teléfono a un lado casi sin fuerzas.

—¿Descartas a Johanna como sospechosa? —preguntó Fran mientras le traía una infusión caliente. Ella la tomó agradecida.

—De momento no descarto a nadie, Fran. El ente puede haber poseído a cualquiera y no ser consciente. Por lo visto, toma la energía de la persona y con eso ha sido capaz de salir e intentar atacarme, así que pienso que el anfitrión tiene que ser fuerte. Es posible que las personas a las que asesinó se resistieran a colaborar o incluso a ser poseídas, como intentó conmigo, y por eso las mataron. Ellos no tuvieron mi suerte.

Fran se sentó junto a ella y pasó el brazo por los hombros, atrayéndola hacia su pecho.

—Te protegería con mi vida, si fuera necesario —dijo besándole la frente. Un libro se cayó al suelo, sobresaltándolos. Maya miró y vio a la mujer en el rincón.

—¿Qué ocurre? ¿Quién?

—Tenemos que arreglar esto, o no podremos estar juntos.

—¿Cómo? ¿Hay... alguien?

—Una mujer muy guapa, con el cabello corto y moreno. ¿sabes quién es? Me dijo la otra vez que estuve que eras suyo.

—Joder, Nora. ¿Estás aquí?

La mujer sonrió. Su rostro había dejado de estar enfadado.

—Creo que sí es Nora. Deberías hablar con ella.

Fran la miró, confundido.

—Nora y yo estábamos a punto de divorciarnos. No entiendo por qué sigue aquí.

El espíritu suspiró.

Aunque no lo crea, le amaba mucho, pero supongo que éramos muy distintos. Ahora lo recuerdo. Mi último pensamiento cuando tuve el accidente fue para él. Me he quedado aquí, pensando en que debía… no sé, estar con él. Lo vi llorar por mí y no pude dejarle.

Maya explicó todo a Fran, que se conmovió.

—Estoy enamorado de Maya, Nora. Te aseguro que te quise mucho y sentí que lo nuestro no funcionara. Pero más sentí que te fueras, tan joven.

Maya aguantaba las lágrimas por todo lo que acababa de escuchar y porque tenía que ayudar a avanzar.

Veo como la miras, y sé que la amas de verdad, así que, dile, Maya, que te cuide mucho y que te debe aceptar como eres. Siento haberte asustado el otro día. Creo que estoy preparada. ¿Puedes ayudarme?

—Claro, te ayudaré a cruzar. Solo visualiza una luz blanca, piensa en tu familiar más querido y atraviésala.

Oh, veo a mi abuela, a mis tíos… gracias, Maya, cuida a Francesco, es un hombre de carácter, pero con un gran corazón.

—Lo sé. Adiós, Nora.

—Adiós, Nora, que seas feliz —dijo Fran emocionado.

Maya se acurrucó junto a él y le contó todo lo que había dicho Nora. Ambos lloraron y sonrieron juntos, sabiendo que ella estaría bien. Se acurrucaron con la taza en las manos.

Terminó el último sorbo en silencio y dejó la taza. Luego se volvió hacia Fran, que la miró sorprendido.

—¿Has dicho que estabas enamorado de mí? —preguntó ella sonriendo.

—¿Acaso no se nota? —contestó él acercando sus labios—, y no solo eso, también te deseo, pero no hace falta que esta noche…

—Yo creo que sí. Hacer el amor eleva la vibración y debería tenerla muy alta —dijo ella colocándose sobre él a horcajadas.

—Si es por eso, me encantaría subirte lo que sea —dijo él besando su barbilla. Ella echó la cabeza hacia atrás, pero luego lo apartó un momento.

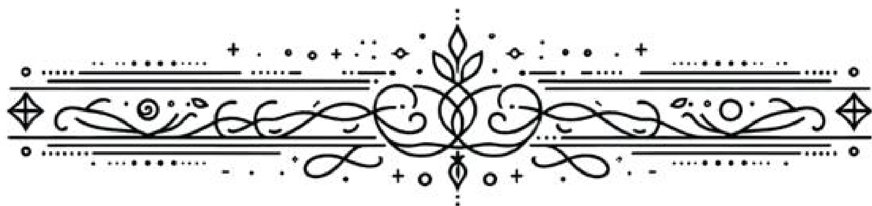
—Espera un momento. Antes… quiero saber…. Has estado escuchando toda esta tarde, quería que supieras lo que soy, lo que hago y necesito…

—Te amo tal como eres, Maya. Eres maravillosa y ayudas a muchas personas. ¿Cómo crees que no podría aceptarlo? Me hice policía para hacer lo mismo. Te quiero tal cual.

—Oh, Fran —contestó ella llorando.

Él la besó, borrándole las lágrimas y cambiando las sensaciones de su cuerpo. La levantó y la llevó hasta la cama, donde ambos subieron sus vibraciones durante un buen rato.

Capítulo 21. Operativo



Se despertó en brazos de Fran. Su torso desnudo era cálido y acogedor. Apoyó la cabeza escuchando su corazón y sonrió. Habían subido varias veces su vibración y desde luego, él sabía moverse y dar placer. Estaba casi al cien por cien segura de que nunca había disfrutado tanto del sexo. Y eso era bueno porque, aunque no se lo dijo, estaba rematadamente enamorada de él.

—Estoy escuchando las ruedas de tu cabeza girar sin parar —dijo él pasando la mano por el hombro y el brazo de Maya—. ¿Necesitas subir tus vibraciones?

El sonido de la voz le puso el vello de punta y comenzó a besar su cuello, hasta que el dichoso teléfono los interrumpió. Fran la miró y ella se encogió de hombros.

—Jefe, ¿todo bien? —dijo Seven.

—Sí, Seven, ¿novedades?

—Hemos preparado un mini operativo de cuatro personas. No sé cuántos se necesitarían para atrapar a un… lo que sea. La comisaria no ha preguntado. En una hora estamos allí, infiltrados como si fuésemos visitantes.

—Gracias a las dos.

—¿Maya está bien?

—Sí, está bien, se ha recuperado.

—Seguro que le has ayudado —dijo Cristina en el manos libres. Fran bufó, pero luego sonrió.

—Nos vemos en cuarenta y cinco minutos en la puerta del auditorio.

Colgaron y Maya se levantó para vestirse.

—Necesito ir a casa a cambiarme de ropa y a coger otras protecciones. Seguiremos con esto en otro momento.

—Sí, claro. Te llevo.

Fran se dio una ducha rápida y sin desayunar, salieron hacia el piso de Maya. Ella se duchó allí, se frotó con sal y se hizo una limpieza con los preparados que tenía. Mientras, Fran preparó café y sacó unas tostadas de un armario.

Llamaron a la puerta y fue a abrir. Una pareja estaba allí, con el

rostro preocupado. Reconoció a la compañera de piso.

—Pasad. Maya está en la ducha.

No hizo falta que lo dijera dos veces. Ambos pasaron y esperaron de pie a que saliera del baño. Maya salió ya vestida y con el cabello recogido en un moño y Paloma se tiró a sus brazos.

—Llevo horas llamándote y no sabía nada de ti. No has venido a dormir, aunque imagino que has estado con él.

—Lo sabe todo, tranquilos.

—¿Todo? —preguntó Thierry.

—Casi. Perdonad que no os haya llamado, han pasado tantas cosas que no sabría por dónde empezar. Y ahora no puedo. Tenemos que irnos.

—¿Dónde? Te acompañamos.

—No, puede ser peligroso. Quedaos aquí, por favor.

—De eso nada. Soy tu amiga y tu compañera de piso y voy contigo donde sea.

—Y yo —dijo Thierry convencido. Fran los miró y se encogió de hombros.

—Está bien, puede que necesitemos energía de la buena. ¿Qué os parecería expulsar a un ente oscuro? ¿Os parece buen plan?

—Hostia —dijo Thierry—. ¿Puedo grabarlo? Tengo una mini cámara que nadie notaría.

—Eso puede ser una buena idea. ¿Cómo dijiste que te llamabas? —preguntó Fran.

—Thierry, soy programador, su vecino y siempre he cuidado de ellas.

—O sea que eres el hacker que ocultó su web —Thierry suspiró por bocazas—, no, hombre, que lo has hecho muy bien. Te presentaré a mi informática.

—Ya conozco a Seven, es de las buenas, aunque puede que no tanto como yo —dijo y Paloma alzó las cejas—. Es cierto, es así.

—Ya estoy preparada. ¿Nos vamos? —dijo Maya nerviosa. Fran le ofreció el café y ella lo tomó de un trago. Rechazó la tostada, no podía comer nada.

—Cariño, te estás quedando en los huesos —dijo Paloma.

—Ya comeré cuando todo esto acabe. Nos iremos a un japonés y agotaremos su bufet libre —sonrió ella dándole un abrazo.

—Vamos —dijo Fran.

Los cuatro se montaron en el coche del policía. Maya llevaba su mochila con varias cosas y se sentó en el asiento del copiloto. Sus amigos se sentaron atrás, cogidos de la mano.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó volviéndose y sonriendo.

—Tantos días juntos… bueno, ha surgido algo —dijo Paloma

sonrojándose.

—Ya era hora, Thierry —contestó Maya riéndose.

—Anda, calla —dijo él.

Paloma se volvió hacia su chico y él suspiró.

—Está bien, siempre he estado enamorado de ti, ya lo he dicho.

—A mí me has gustado también, estaba esperando a que dijeras algo.

—Menuda pareja —comentó Maya sonriendo y volviéndose porque habían empezado a besarse. Miró el perfil de mandíbula recta de Francesco y él se giró un poco para sonreírle.

Maya puso la mano en la pierna de su hombre y él la acarició.

—Cuando todo acabe, hablaremos en serio —dijo él—, ahora concentrémonos en terminar con esto.

Aparcó en el auditorio y salieron del coche.

—Vosotros deberíais entrar como si fueseis público. Me llevo a Maya para ponerle un comunicador.

—Quedaos cerca de mí, si os parece, así os tengo a la vista —dijo Maya. Ellos accedieron, algo nerviosos.

Fran se dirigió a la furgoneta oscura y llamó a la puerta trasera. Seven la abrió. Cristina y dos compañeros más estaban dentro. Pasaron al interior y cerraron la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó Cris a Maya. Ella se encogió de hombros.

—Más o menos bien. Estoy harta de que… lo que sea me ataque. Espero poner fin a todo esto.

—Te pongo el comunicador, ¿de acuerdo? —dijo Seven. Ella asintió.

Pronto tenía un diminuto aparato en el oído y Fran otro.

—Tenemos dos policías ya dentro, Karina y Tony, y los demás nos vamos a distribuir entre la gente, cerca del escenario, como comentaste.

—Cristina, deberías quedarte aquí —dijo Maya tocando su vientre —, es peligroso de verdad.

—¿No puedes echarles esa… agua de ayer?

—Sí y eso ayudará, pero no lo evitaría del todo. Es mejor que esté lejos. Si me permitís.

Maya sacó uno de los aerosoles de agua y Fran asintió. Todos se dejaron rociar, aunque notó la incredulidad de los otros dos policías que habían ido a ayudar.

—Vamos a ello. He quedado con Johanna y Agatha en diez minutos en el camerino, así que debo ir ya.

—Estaré cerca, pero ten mucho cuidado.

—Sí, desde luego.

Maya tocó el colgante de Johanna pidiendo su protección.

Además, cuando salió de la ducha por la mañana, había pintado en su cuerpo con rotulador permanente varios símbolos de protección, desde una runa Algiz, un pentagrama, un ojo de Orus, un nudo de bruja y llevaba colgados una mano de Fátima y un árbol de la vida, todo lo que había conseguido en casa. El ente era más fuerte que ella y hasta ahora se había salvado por poco. Esta vez la pillaría preparada.

Johanna salió a recibirla y entraron juntas por una puerta lateral. La gente hacía fila en la principal, deseosos de asistir a uno de los más importantes congresos espirituales del país. Entendía por qué Agatha no quería anularlo, pero no sabía cómo acabaría.

Recorrieron un estrecho pasillo en silencio y a mitad, Johanna la paró.

—¿Estás segura, Maya? Ese… lo que sea, es muy poderoso.

—Hay que hacerlo. Por todos los que se han ido.

—Lo sé. ¿Llevas tus protecciones?

—Sí, sí, ¿y tú?

—Claro. Ha dicho Agatha que nos espera detrás del escenario. Ha reunido un grupo especial, para después de la bienvenida. Es un grupo de meditación que se quedará dentro de la sala.

—Espera, voy a dar una vuelta. Siento que debo encontrar algo.

—Pero Maya…

—No tardo.

Maya salió por una puerta lateral hacia la sala donde habían montado todos los puestos en diferentes mesas. Saludó a Paloma y Thierry que estaban comprando unos amuletos. Había quienes hacían consultas, sanaciones, imposición de manos, había también chamanes y los que vendían todo tipo de objetos, desde amuletos, hasta muñecos de brujas o aguas con poderes. Y sí, ella sintió toda esa energía, buena en líneas generales. Vio a Seven mirando un puesto y al fondo estaba Fran, revisando unos libros en una estantería. Se sintió más aliviada. Muchas personas vivas caminaban viendo unos y otros y también había espíritus, a los que procuró no sostener la vista. No era el momento.

Sus pies la llevaron a uno de los pequeños puestos de la esquina, donde una mujer de unos sesenta y muchos, vestida de negro y con el cabello blanco suelto, algo revuelto, barajeaba unas usadas cartas de tarot. Además, vendía amuletos que parecían hechos a mano con huesos, esperaba que de animales.

—Siéntate, niña. ¿Te leo tu futuro?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Maya sentándose en la silla enfrente de ella.

Se miraron a los ojos y ella vio algo que no supo que es.

—Vaya, chica, estás muy dotada. Sabía que tenía que venir para conocer a alguien, y has resultado ser tú.

—¿Quién eres?

La mujer retiró su melena canosa de la cara y sonrió a la chica. Barajeó las cartas sin decir nada y empezó a repartirlas.

—Me llamo Hazel Shipton y soy una bruja, algo parecido a esa amiga de vestido colorido que no te pierde de vista. He venido porque aquí se cocina algo gordo y lo quiero para mí.

—¿Cómo?

—Soy cazadora de demonios, los atrapo y me los llevo. Supongo que no te importará. Aquí hay uno bien grande y antiguo.

—¿Eres capaz?

—Claro, si no, no estaría aquí. Llevo más de cien años haciéndolo.

—¿Cien? No pareces…

Hazel se echó a reír. Y se retiró el cabello. Con ese gesto, se quitó unos veinte años de su rostro.

—¡Joder! No lo entiendo.

—Pequeña, hay muchas cosas de este mundo y de otros que no sabes. Eres capaz de hablar con espíritus y pocos en la Tierra tienen la claridad que tú posees. Además, sé que lo usas para ayudar. Alguna vez he escuchado tu programa. Pero lo que hago yo… por decírtelo de alguna forma, es lo contrario. Cazo demonios que se cuelan en este plano para atraparlos y ellos me dan más fuerza para seguir viva y continuar atrapando a aquellos que se salen del lugar a que pertenecen. En un círculo infernal —terminó riéndose de su propio chiste.

—¿Te alimentas de ellos?

Hazel se echó a reír.

—Podríamos decir que sí. Y también te podría decir que, si ellos se pudieran liberar, acabarían conmigo en un segundo. O no, tal vez me torturasen durante años —terminó encogiéndose de hombros.

—¿Y por qué no sabía nada… nadie me dijo?

—Los espíritus se callan muchas cosas. Ellos pueden viajar de forma instantánea de un lugar a otro y me han visto muchas veces, porque puedo atravesar esos planos. De hecho, estaba en Edimburgo hace media hora. Cuando supe lo que iba a suceder, me vine.

—No entiendo…

—No quieras entender. Te lo cuento porque he leído tu alma y porque sé que pensabas sacrificarte por el bien común y no me apetece. Creo que más adelante podrías serme de utilidad.

Recogió las cartas donde había una torre que Maya vio de refilón. Eso no eran buenas noticias. Miró los amuletos que tenía en su mesa y le dio uno, un cordón negro con un colgante blancuzco redondo con algunos símbolos tallados a mano.

—Póntelo. Es algo similar a lo que utilizo yo para que no puedan poseerme. Creo que el ente es un demonio maya llamado Pujuk. Uno

de los más antiguos. Creo que podré utilizarlo durante muchos años.

—Parece que estés ante una golosina, Hazel —dijo Maya mirándola con escepticismo.

—Bueno, son cosas mías que no te importan. El demonio ha utilizado a un ser con mucho potencial, pero débil de mente. No he conseguido saber quién es, aunque pronto lo averiguarás. Cuando os unáis, él irá a por ti y entonces lo atraparé.

—¿Por qué a por mí?

—A los demonios les gusta la gente que irradia luz, sobre todo porque quieren apagarla. Y tú de eso tienes mucho, eres muy especial, por eso te acuden los espíritus. Eres un ser de luz que ha pasado por muchas vidas, digamos que tu alma está muy evolucionada, y por eso, eres capaz de visualizar el otro plano. Eres, como te he dicho, lo contrario que yo, que soy un ser de oscuridad.

—Pero me estás ayudando.

—La oscuridad no es mala. No todos los que estamos en ese lado actuamos contra la humanidad. Solo que nuestros métodos son distintos. Digamos que tengo ciertos intereses para que esto salga bien. Con eso debería de bastarte.

—Eres muy compleja.

—Entrecierra los ojos y mira lo que me rodea, pero no te asustes, ¿de acuerdo?

Maya se concentró en lo que rodeaba a Hazel y vio ciertas sombras oscuras que la miraban con ojos rojizos. Parecían enfadados algunos y otros, resignados.

—¡Joder!

—Así es. Ellos son mis esclavos. Son todos demonios y son los que me ayudan, aunque no quieran, a pasar de un plano a otro entre otras cosas.

—¿Y cómo los puedes dominar?

—No puedo decírtelo. En fin, ya te he contado bastante. Ponte el colgante y ve a hacer lo tuyo, que yo haré lo mío.

—Entonces… gracias. ¿Te veré luego?

—Luego no sé, pero más adelante quizá te haga una visita.

Maya se levantó y se puso el colgante. Notó el palpitar del mismo y cuando subió la cabeza para darle las gracias, ella ya no estaba. La piel se erizó, pero el colgante estaba en su cuello, no lo había soñado ni era una alucinación.

Se dirigió al salón, con Johanna que le salió al paso, se notaba que tenía alguna pregunta que hacerle, pero no dijo nada. En la sala, Agatha estaba acomodando a la gente en el escenario, sentados en coloridos cojines como si fueran a hacer una meditación. Maya buscó a Hazel, pero no la encontró. En el círculo estaba Seven, pero no Fran. Todos los del grupo de Agatha estaban también sentados y se les veía

nerviosos. Johanna señaló dos cojines libres y se sentaron. Agatha se dirigió a todos.

—Hoy vamos a hacer un ritual muy especial, contamos con Alma entre nosotros, aunque, por privacidad, no voy a decir quién es.

Todos se miraron y se escucharon risitas nerviosas.

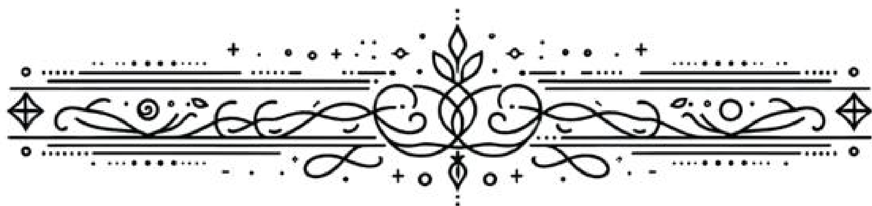
—Nos daremos la mano y pediré a una de vosotras al azar que dirija la sesión ya que yo no soy médium, pero todos los que estáis aquí tenéis algún tipo de don relacionado con los espíritus, sois muy sensibles o quizá estáis permanentemente acompañados por un espíritu. De otra manera, no habríais podido sentaros aquí.

Maya miró a Seven que se encogió de hombros ligeramente. El niño que estaba detrás de ella sonrió. Miró a su alrededor, había más espíritus rondando, algunos parecían preocupados y ponían las manos protectoramente sobre los hombros de sus familiares.

—Cogeos de la mano. Johanna, si puedes proceder…

Maya se volvió hacia su amiga, protegida por una señora que parecía muy mayor, quizá su abuela, no lo sabía. Comenzó a recitar un ritual de protección para el círculo, para que no entrase nada del exterior, pero ella sabía que el peligro estaba dentro. Lo había sentido en la energía que traspasaba todas las manos. Era algo oscuro, denso y poderoso. Algo que latía dentro de alguien y que pretendía llevársela. Eso lo tenía claro. El demonio tenía una presa en mente y sin duda era ella.

Capítulo 22. Algo extraño



Vio de reojo que Maya se sentaba en una mesa vacía. Parecía estar hablando con alguien. ¿Tal vez uno de esos espíritus? Se revolvió incómodo. No sabía si podría acostumbrarse a esas cosas, aunque por amor, haría lo que fuera necesario. La vio levantarse y acomodarse uno de los collares y después reunirse con Johanna para ir a la sala. Seven ya estaba dentro, pero cuando él intentó entrar, una pared invisible se lo impidió. Por ahí no podría, tenía que buscar otro lugar. ¿Qué clase de magia era esa?

Dio la vuelta al edificio y se coló por la puerta lateral por la que había entrado Maya y accedió a un pasillo. Sintió que estaba en cuesta, como aquella vez que se metió en la Casa Magnética de un parque de atracciones. La puerta del fondo estaba cada vez más lejos y el esfuerzo era tremendo. Sudaba a mares, pero no cejó. Se apoyó en las paredes para avanzar, haciendo tanta fuerza que las manos comenzaron a sangrarle. No entendía lo que estaba pasando y a pesar de ello, iba a seguir hasta encontrar a Maya.

No supo cuánto rato había pasado en ese puto pasillo, hasta que llegó a la puerta. Estaba cerrada y le dieron ganas de sacar la pistola y descerrajarla, pero algo le dijo que no era lo mejor. Forcejeó con ella hasta que consiguió abrirla. Había dado a la parte trasera del escenario. Notó una espesura en el aire, algo denso y transparente y se dispuso a atravesarlo. Veía a Maya y a todos, sentados en el suelo, de forma borrosa, pues lo que fuera le impedía verlos bien.

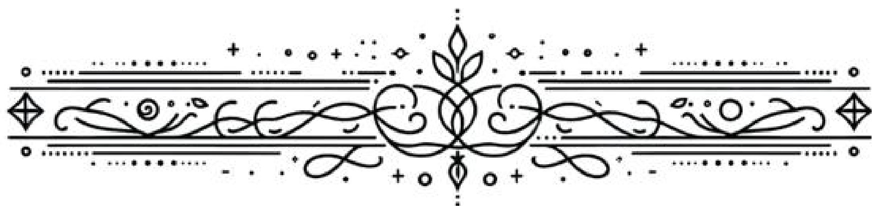
—Todavía no —dijo una mujer con el cabello blanco—. Quédate preparado, porque tendrás que salvarla, pero no ahora.

—¿Quién es usted? ¿Y por qué tendría que hacerle caso?

—Porque la amas y porque si entras ahora, la matarás. Yo le he dado un amuleto que le ayudará. Hazlo así o te dejaré sin sentido.

Fran la miró y supo que lo decía en serio. Debía de tener unos cuarenta años y llevaba los brazos y lo que se veía del cuello tatuado con símbolos que había visto cuando investigaba el tema de los demonios. Asintió. Ella se volvió hacia el círculo y se quedó esperando. De todas formas, no pasaba nada. Todavía.

Capítulo 23. Encuentro con el Mal



El zumbido comenzó a hacerse más intenso y a Maya le rechinaron los dientes. Estaba aguantando la energía de todos que la traspasaba haciéndole daño. Quería localizar al contenedor del demonio, pero estaba tan bien escondido que no podía hacerlo. Había descartado a media docena de personas, Seven entre ellas. Todavía dudaba del resto.

Johanna puso los ojos en blanco y comenzó a recitar.

—Por el poder de los antiguos y el aliento de los inmortales, Por la luz de Elandrial, guardián de las almas puras, Te ordeno, entidad de las sombras, que abandones este ser. Que el fuego sagrado te consuma y la tierra te reclame, Que el viento disipe tu esencia y el agua purifique este lugar. Por las estrellas que rigen el destino y la luna que guía la noche, Te destierro y te condeno al olvido eterno. ¡Retírate y no vuelvas, demonio de la oscuridad!

La energía sacudió a todo el grupo y algunos empezaron a gritar, sin poder soltarse de las manos de su compañero de al lado.

El demonio se estaba resistiendo, sin duda. Johanna la miró y le instó a que repitiera con ella la oración. No supo por qué, pero Maya se la había aprendido.

Comenzaron a recitarla las dos y después, Maya echó la cabeza para atrás y de su boca salió un haz de luz que cegó a la mayoría, y casi todos salieron hacia atrás despedidos, rompiendo el círculo. Johanna cayó hacia atrás, pero no soltó a su amiga.

Solo quedaron sentados Agatha, Héctor, Rosi y Bea. Maya los miró, uno por uno. Los cuatro estaban con el rostro desencajado y sacando espuma por la boca. Sus ojos eran pura oscuridad. Johanna se puso a su lado, rezando a sus dioses.

—Son ellos, los cuatro —dijo Maya, esperando que Fran pudiera escucharla, aunque él no podría hacer nada. ¿Dónde estaba Hazel?

Rosi se acercó a gatas hacia ella, sonriendo de forma malvada y se preparó para atacar, como cuando un gato se dispone a lanzarse a por su presa. Maya escuchó varios golpes en el lateral del escenario, sin perder de vista a la muchacha que ya no parecía esa dulce chica que había conocido. Recitó con toda su fuerza la oración de nuevo.

—Por el poder de los antiguos y el aliento de los inmortales, Por la luz de Elandrial, guardián de las almas puras, Te ordeno, entidad de las sombras, que abandones este ser. Que el fuego sagrado te consuma y la tierra te reclame, Que el viento disipe tu esencia y el agua purifique este lugar. Por las estrellas que rigen el destino y la luna que guía la noche, Te destierro y te condeno al olvido eterno. ¡Retírate y no vuelvas, demonio de la oscuridad!

Rosi se revolcó en el suelo, y comenzó a vomitar un líquido denso. El icor se deslizó por la tarima, parecía que estaba vivo y buscaba algo. Localizó a Agatha y ella se inclinó en el suelo, abriendo la boca. Entonces, de una forma que le produjo arcadas a Maya, entró en su boca. Ella se relamió y miró a Bea, que fue corriendo hacia las dos mujeres que empezaban a levantarse, todavía atónitas. Apartó de una patada a Rosi, que yacía inconsciente y de nuevo Maya recitó el ritual. Sucedió lo mismo, empezó a convulsionar y sin perder más tiempo, Héctor se acercó. Johanna se unió a la oración, uniendo sus manos y ambos cayeron sin sentido, casi a sus pies. Convulsionaron igual que Rosi y el denso líquido se dirigió por el suelo hacia Agatha que se había puesto de pie. Subió por su ropa, la rodeó como una serpiente y acabó en el cuello. Ella abrió la boca, sonriendo y lo dejó entrar. Todas las partes del demonio se habían unido en un solo cuerpo. Agatha se elevó del suelo, flotando hasta ellas.

—En realidad, me has ayudado. Estos inútiles habían dividido mi alma en varios pedazos y me encontraba más débil. Ahora soy muy fuerte y tus estúpidas oraciones no servirán de nada.

Maya y Johanna no se rindieron y comenzaron a recitarlas, pero Agatha se abalanzó hacia ellas y dio un manotazo. Lanzó a su amiga hasta las butacas, donde quedó echada, sin moverse. Tomó a Maya del cuello y apretó. Los golpes en el lateral se desvanecían como el latido que se iba apagando de su corazón.

No te rindas, hija, lucha por todos nosotros, dijo una voz en su interior.

Puso las manos en el torso de Agatha y una luz blanca salió de ellas, echándola hacia atrás y soltando a Maya, que cayó al suelo casi desvanecida.

—¿Quién eres tú? —dijo Agatha con el rostro ido. Volvió a levantarse con energías renovadas y sin apoyar las manos en el suelo. Se notaba que el demonio había tomado posesión de la mujer que había dejado de existir—. Tal vez me convenga un cuerpo como el tuyo…. Esa energía… tiene que ser deliciosa.

Se acercó a ella y le dio una patada que la dejó muy dolorida. Maya hizo lo posible por levantarse, pero el demonio volvió hacia ella, con las garras extendidas. La tomó del cuello y Maya aspiró el aire fétido que salía de su boca. El líquido comenzó a asomarse por entre

los dientes de Agatha y se dirigía hacia ella, sin que pudiera moverse. Intentó volver a hacer lo que fuera que había hecho con las manos, pero no tenía la energía suficiente. Solo podía ver los ojos rojizos y enloquecidos de la que había sido una mujer y se negó a convertirse en ello. Cerró la boca justo cuando el icor llegaba a ella e intentaba meterse. Se revolvió todo lo que pudo, intentando evitar la posesión. Soltó una pierna y justo acertó en la de Agatha, de forma que perdió el equilibro y cayó a un lado. Maya se apartó, arrastrándose, pero el demonio, que parecía algo más débil, caminó a cuatro patas hacia ella. Miró a su alrededor, convencida de que este iba a ser su último día y vio algunas sombras claras que parecían infundirle ánimo.

—Venid a ayudadme —dijo Maya llamándolas.

Un torbellino de luz blanca se acercó a ella y la rodeó. El demonio se tapó los ojos de momento, pero luego volvió a abrirlos y sonreír de forma malvada.

—No solo me alimentaré de ti, sino de estas estúpidas almas que te rodean. Me dará mucha fuerza para abrir la puerta a mis hermanos. Están deseando saborear a los humanos.

Un sonido como de cristales rotos se escuchó en el fondo del escenario y una sombra gris se puso delante de Maya.

—Hola, demonio, ¿qué te parece si te busco otro trabajo?

—Bruja, ¿crees que podrás conmigo? —dijo Agatha levantándose sin esfuerzo—, soy un Mayor, tengo demasiado poder para ti.

—Eso podría ser cierto si… no me hubiera traído algunos amigos.

Maya vio con terror como del cuerpo de Hazel salían otras sombras oscuras que rodearon a Agatha.

—Van a disfrutar mucho haciéndote daño —rio Hazel—, ya sabes, está en vuestra naturaleza joder a los demás, aunque seáis de la misma raza.

Maya se arrastró hacia atrás y entonces vio a Fran que llegaba corriendo hacia ella. Él la abrazó y miraron a Hazel que estaba rodeando a Agatha con sus demonios, sombras terribles y oscuras con olor a azufre que estaban aprisionándolo.

—Vamos, te lo pasarás bien. Solo será un momento de dolor —dijo Hazel y sacó una daga retorcida y rajó la garganta de Agatha. La sangre negra empezó a brotar y el cuerpo de la mujer cayó al suelo. Los demonios se lanzaron como carroñeros hasta que la bruja oscura levantó la mano y ellos obedecieron. Luego, Maya y Fran fueron testigos de lo desagradable del proceso. Hazel se agachó y absorbió al demonio con su boca, como si fuese un vampiro, hasta que el cuerpo de Agatha quedó seco y consumido.

Ella se levantó y alzó sus brazos para que los demonios volvieran a su interior y ellos, aun protestando, lo hicieron. Hazel se volvió hacia ellos, con una sonrisa en su boca y los ojos negros de

satisfacción. Su aspecto había rejuvenecido de nuevo y parecía una mujer de unos veintitantos, con su cabello blanco que empezó a trenzar como si nada.

—Y ya está, Alma, colorín colorado, este demonio se ha acabado.

—¿Cómo puedes…?

—Ah… si te contara el secreto, tendría que matarte —dijo ella guiñando el ojo que ya volvía a ser de su color—. En fin, no te metas en muchos líos, aunque siendo como eres, ellos te buscarán. Así que seguramente nos veremos pronto. Te veré entre las sombras.

Con una risa, se fue hacia uno de los telones cuyo doblez hacía sombras negras y desapareció entre ellas.

—¿Estás bien? —dijo Fran acunando a Maya.

—Creo… creo que sí. ¿Johanna?

—Voy a ver, no te muevas.

Fran bajó del escenario y se acercó a Johanna, le tomó el pulso y asintió. Luego, fue a ver a Seven y a los demás. La informática empezaba a levantarse con dificultad. Se acercó a Maya y se sentó junto a ella.

—¡Qué fuerte! Menos mal que no me atacaron como a ti —comentó aterrorizada mientras miraba como Fran examinaba a los heridos y hablaba por teléfono.

—Tu hermanito te protegió, siempre lo ha hecho, como tú a él. Se encuentra muy bien y dice que no tienes que sentirte culpable.

Seven la miró atónita y se echó a llorar. Maya se volvió para consolarla y no pudo ver que Héctor se había levantado y se movía hacia ella. Apartó a Seven de un manotazo en la cara que la tiró a un metro de distancia y cogió a Maya del cuello.

—Tú… tú tienes la culpa. ¡Podíamos haber sido poderosos!

Ella se revolvió intentando quitarse las manos del cuello. Algunos de los espíritus que la acompañaban intentaron atravesarlo para robarle fuerzas, pero estaba enloquecido, hasta que se decidieron ir por Fran, para avisarle de alguna forma. Él se giró y al ver la escena, sin dudarlo sacó la pistola y disparó al tipo que cayó a un lado.

—Maya, Maya…

Ella parecía inconsciente, y su pulso era muy débil. Seven sangraba por la boca. El sonido de la policía y de las ambulancias se escuchó fuera y Cris entró, pistola en mano, por la zona de butacas.

—¡Un médico! —gritó Fran.

La sanitaria se acercó con su maleta y lo apartó. Cris se hizo cargo de la situación mientras sus agentes atendían a la gente caída.

—Fran, dime a quién detener —gritó para que saliera del shock de ver cómo estaban haciéndole la reanimación a Maya.

Fran señaló a Héctor, Rosi y Bea y se volvió hacia el amor de su vida, angustiado. La médico puso el desfibrilador y la hizo saltar.

Seven se acercó a Fran y lo abrazó. Tuvo que darle hasta cuatro descargas y un rato de masaje cardiaco hasta que reaccionó. Ambos respiraron aliviados cuando el corazón comentó a latir.

—¿Está bien? —dijo Cris acercándose.

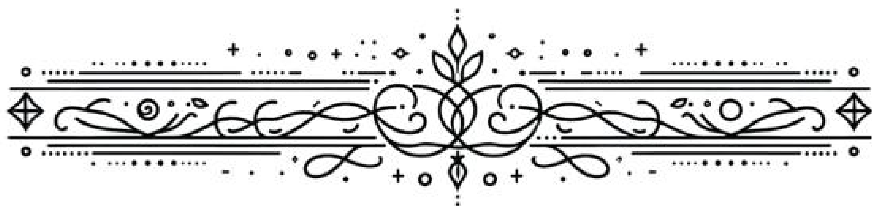
—Ha estado muerta un par de minutos y no sé hasta qué punto estará afectada. Nos la llevamos al hospital.

La subieron a la camilla y pronto desaparecieron. Fran miró a Cris, pidiéndole que se hiciera cargo de todo y ella asintió. Miraron a Agatha que parecía una momia.

—No sé cómo vamos a poder explicar esto, pero vete. Lo arreglaremos.

Fran asintió y siguió a los médicos, que le dejaron meterse en la ambulancia. Tomó la mano de Maya y rezó a todo lo que conocía, pensando que no podría soportar otra pérdida.

Capítulo 24. Despierta



El suave bip de la máquina interrumpió su sueño. Maya gruñó y volvió a sumergirse en él. Era demasiado bonito como para dejarlo ir. Una pradera verde, donde el sol calentaba, pero no quemaba. El suave olor de la hierba fresca y el sonido de los pájaros… quizá un arroyo. Paseaba rozando las flores, inhalando el suave olor, hasta que alguien conocido se acercó a ella.

—¿Papá?

—Hola, cariño —dijo él dándole un abrazo.

—¿Vienes a llevarme contigo?

—Hablemos —respondió y la tomó de la mano, caminando hasta un arroyo donde metieron los pies descalzos. El agua estaba fresca y Maya movió los dedos debajo, como cuando era pequeña.

—¿Entonces?

—Solo estás de visita, hija. Me gustaría que le dijeras a mamá que estoy bien y a tu hermano que cuido de mi nieto. Suelo estar en su dormitorio para protegerlo, por eso ya no me ves por el bar. Tiene más de la familia de lo que pensáis y te va a necesitar porque es como tú. En cuanto a ti… puedes elegir, aquí y ahora. Si deseas dejar tus dones aquí, los guardaré para tu próxima reencarnación y podrás vivir con ese novio tan guapo que tienes, sin más. O si decides conservarlos, es posible que vuelvas a estar en peligro. Sigues siendo un faro de luz para la oscuridad.

Maya miró a su padre que le sonreía.

—¿Qué debo hacer?

—No puedo decidir por ti. Eres tú la que tienes que hacerlo. Se trata de tu vida, no de la mía.

—No sé qué hacer. Tal vez sería más fácil ser normal.

—Es posible.

—Aunque supongo que dejaría de ser yo.

Maya se levantó y caminó por la orilla, respirando el aire puro de ese lugar.

—También podría quedarme aquí y no tener que tomar una decisión.

—No hacer nada es otra opción, pero ¿y tu madre y tu hermano?

¿Y él? ¿De verdad quieres dejarlos?

—Se recuperarían.

—Está claro que cuando alguien falta, los demás siguen viviendo y es lo que hay que hacer, por muy doloroso que sea.

Maya volvió a sentarse junto a su padre y apoyó la cabeza en su hombro. Él acarició su rostro. Miró hacia el cielo que mostraba un precioso atardecer lleno de colores rosas y naranjas. Jamás había visto algo así. Luego cerró los ojos y pensó en los seres queridos que estaban al otro lado.

—Está bien, papá. Volveré igual que me fui. Es posible que el pequeño me necesite, pero también que, si es posible, pueda hacer algo por aliviar el dolor de alguien. Supongo que nací para esto.

—Naciste para ser feliz, como todos los humanos, para cuidarte y vivir la vida lo más plena posible. Solo que a veces nos complicamos la existencia pensando en tonterías. Si puedes ayudar, ayuda, desde luego y eso te convertirá en una persona más completa y, desde luego, te proporcionará felicidad. Piensa en ti, ámate y verás que se expandirá a los demás.

—Siempre fuiste un filósofo, papá —contestó ella sonriendo.

—No te rías. Es cierto que la muerte quita el dolor y las preocupaciones y quizá te da perspectiva, pero daría lo que fuera por estar vivo, por compartir tiempo con vosotros, incluso aunque me dolieran los huesos. Aprovecha tu viaje, Maya.

—Te quiero, papá

—Te quiero, Maya.

•••

—Maya, Maya, te quiero, Maya —La voz de un preocupado Francesco la sacó de su ensoñación. Abrió los ojos y lo escuchó suspirar. Su hermano Manu estaba al otro lado de la cama, con lágrimas en los ojos. Se tiró a abrazarla y después dejó sitio para su madre que estaba a su lado.

—Hija mía, has vuelto —dijo llorando la madre y sin poder separarse de ella.

—Mamá, la estás agobiando —bromeó Manu apartándola un poco.

Maya miró alrededor. Francesco había dejado sitio a su familia y ella estiró la mano con la vía puesta. Él se volvió a acercar y le dio un suave beso en la frente.

Johanna y Ander se habían colocado a los pies de la cama. Ella llevaba el brazo izquierdo escayolado, pero sonreía feliz.

—¿Llevo mucho tiempo dormida?

—Diez horas —contestó Francesco—, hace dos que los médicos nos dijeron que había actividad cerebral y por esto estamos aquí.

—Oh, vaya.

—Deberíamos dejarla descansar —dijo Ander tomando a Manu y a su madre del brazo. Johanna le mandó un beso. Salieron, aunque su madre protestó por no quedarse con su hija.

—¿Me voy yo también?

—No… si no tienes que irte.

—Por supuesto que no.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo ha acabado todo?

—Ha sido complicado de justificar, pero las huellas de los cuatro estaban en los cuerpos. Agatha ha muerto, pero los demás serán acusados de homicidio. Estaban un poco… trastornados cuando despertaron, así que es posible que acaben en un centro de salud mental.

—No se puede jugar con los demonios —suspiró Maya.

—¿Quién era esa mujer, la del cabello blanco?

—Una bruja, pero no preguntes, no creo que la veamos en mucho tiempo.

Fran acarició su mano y pareció querer decir algo. Ella sonrió animándole a expresar lo que llevaba en su cabeza.

—He pasado mucho miedo, Maya. Pensé que te perdía.

—Tuve… tuve que tomar una decisión. Sí me fui, pero he vuelto, por todos mis seres queridos, incluido tú.

Los ojos de Fran se humedecieron y besó su mano, sin poder hablar. Ella acarició su rostro con la otra mano e hizo que él la mirase.

—Háblame, Fran.

—Nunca he sentido algo similar y quise mucho a Nora, al principio. Es como si nos hubiésemos encontrado por fin. Ya sabes que no creía en estas cosas, pero es como si el destino nos hubiera unido de alguna forma.

—Encontrar a alguien que comprenda mi… situación…, jamás ha sido posible para mí. Pero no es solo eso. Pensé que podría vivir sin alguien que me amase de verdad, que no estaba hecha para tener una pareja y una relación normal —dijo Maya y Fran acarició su rostro por el que se deslizaba una lágrima—, pero luego viniste tú, apareciste en el bar y eres tan guapo…

Fran se echó a reír con alegría.

—¿Solo me quieres por mi físico?

—Sabes que no —contestó ella sonrojándose—, me es muy difícil expresar mis sentimientos.

—Solo son dos palabras, Maya —dijo él más serio.

—Nunca las he pronunciado de verdad a alguien que no fuera mi familia —Él la miró a los ojos, esperando—. Te quiero, Francesco. Te quiero para siempre.

Él se agachó y le dio un suave beso en la boca y acarició su rostro,

acunándolo en su enorme mano.

—Y yo te quiero, Maya, más que a mi vida —Fran se quedó callado unos segundos, aunque su rostro expresaba determinación. Comenzó a soltar todo lo que tenía en la cabeza—. Estos días he pensado mucho sobre nosotros. Supongo que me costará un tiempo acostumbrarme al tema de los espíritus…

—Lo entiendo, tómate todo lo que necesites. Esperaré.

—No, en realidad no. Yo soy de las personas que afrontan los desafíos cuando vienen y no creo que sea lo mejor.

Maya se quedó pálida. ¿Qué quería decir?

—¿Entonces? —dijo con un hilo de voz.

—Entonces, lo mejor es que busquemos un piso nuevo para los dos, para comenzar de cero y conocernos a nuestro ritmo, un lugar donde no haya fantasmas o lo que sea.

—No será posible, o sea, soy un pack completo, incluidos los espíritus. No puedo y no quiero deshacerme de ellos.

—Sí, lo sé y lo acepto. Me refiero a que busquemos un lugar donde ninguno tengamos una historia anterior, que sea tuyo y mío, nada más.

—¿En serio quieres vivir con una médium? —dijo ella mirándolo ilusionada.

—Quiero vivir contigo, Maya, o Alma. Me da igual en qué trabajes. Te quiero tal cual. En lo bueno y en lo malo, en la salud y…

—No corras —sonrió ella levemente—. Eso ya lo veremos. De momento, probemos. Me encantará vivir contigo y que subas mis vibraciones cada noche. —Ambos sonrieron—, y por favor, ahora llama a mi madre porque te odiará si no la dejas pasar un tiempo con su hija.

—Claro que sí, voy a buscarla —Fran le dio un suave beso en los labios y salió de la habitación.

Un ruido hizo mirar a Maya a la esquina de la puerta del baño. De las sombras, salió Hazel, sonriendo.

—Pensaba que nunca se irían. Te veo bien, aunque hayas estado muerta.

—Esto… ¿gracias?

—Tengo una buena noticia y una mala. ¿Cuál quieres primero?

—No sé, ¿la buena?

—Está bien, te diré primero la mala.

Maya alzó las cejas mirando a la mujer que parecía ya una treintañera.

—La mala es que como has estado muerta, te has recargado de alguna forma de esa luz rara que tienes y que todavía no sé cómo interpretarla… y ahora tus dones pueden haber aumentado.

—¿Esa es la mala? ¡Cómo será la buena!

Una amplia sonrisa se extendió por el rostro de Hazel.

—La buena es que vas a atraer a muchos demonios y yo estaré cerca para alimentarme de ellos. Así que me verás por aquí. Va a ser divertido.

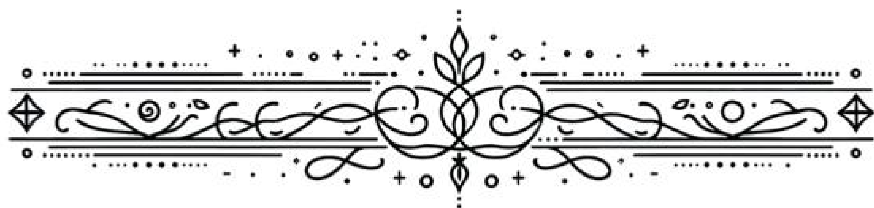
El ruido de la puerta se escuchó, Hazel volvió a las sombras y desapareció. Su madre entró y volvió a abrazarla.

—Tu novio ha dicho que luego vuelve, que tenía que hacer un informe. Me gusta, se preocupa por ti. Ojalá papá pudiera haberlo conocido…

—A propósito de papá, tengo que contarte algo…

FIN

Epílogo



Maya se estiró en la hermosa cama que compartía con su italiano. Olisqueó el café y se levantó en pijama con el cabello revuelto por la noche tan agitada que habían tenido. Sonrió al ver a Francesco canturreando mientras preparaba el desayuno. Llevaba solo el pantalón del pijama y su torso moreno de las últimas vacaciones en la playa le llamaba demasiado. Se acercó por detrás y abrazó su cintura.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Tus vibraciones siempre me hacen descansar —rio ella tomando una tostada del plato—. Estoy hambrienta.

—Siéntate. Hoy solo he podido hacer tostadas, tengo que irme rápido. Algo ha pasado por el centro.

—¿Grave?

—No lo sé. Me ha dicho Felipe que acudiera en diez minutos, así que me visto y me voy.

—¿Qué tal está resultando tu nuevo compañero?

—Muy serio y poco hablador, y mira que yo tampoco es que hable mucho.

—Dale tiempo. Luego ha dicho Cris que se pasará a comer con los dos pequeños, ¿crees que te dará tiempo?

—Sí, en algún momento tengo que comer. Te veo luego.

Fran le dio un beso en los labios y ella se relamió. Tomó la taza de café y se sentó en su precioso sofá. Salem saltó a su regazo y se frotó por su estómago.

—Vale, vale, ahora te doy de comer.

—Ya le di esta mañana, que no se aproveche —dijo Fran saliendo vestido. Volvió a darle un beso suave y se marchó cerrando la puerta.

—Eres un gato tragón —dijo ella. Una suave voluta de humo blanco se fue formando en un rincón. Era una silueta familiar.

—¡Papa! ¡Qué alegría verte!

Él sonrió y se acercó a ella.

—He venido porque lo hemos notado todos y me preocupaba. Ahora no sé cómo haré.

—¿Qué ocurre, papá? ¿Hay algo malo en… vuestro plano?

—No, cariño. Llevas casi un año viviendo con ese muchacho y ha

pasado lo que podía pasar. Tu gato se frota contigo porque está saludando a tu bebé.

—¿Qué? ¿Cómo? No puede ser, hemos tomado precauciones…

—Las precauciones fallan a veces. Y esa niña viene con tus dones y trae demasiada luz. Mi otro nieto la tiene también y no sabemos qué significa. Hay habladurías… no sé. Me gustaría averiguar qué ocurre. A la vez, estoy muy feliz de que seas madre. Es una experiencia que te fascinará. Y la niña tendrá suerte, porque tú sabes bien lo que le ocurrirá.

Maya todavía estaba en shock. Se tocó el vientre, confundida.

—Hubiera preferido que ella fuera normal —suspiró—, pero sí, estoy feliz. No sé cómo se lo tomará Fran.

—Se va a emocionar, ya lo verás. Te ama muchísimo y amará a la pequeña, sin duda.

—Gracias por decírmelo, papá.

—Me voy con mi nieto, últimamente está hecho un trasto. Si me entero de algo, vendré a verte. Te quiero, hija.

—Y yo, papá.

Su padre desapareció y Maya fue a vestirse. Quería hablar con Johanna y ver cómo protegerse. Hacía mucho que no la visitaban seres oscuros, tal vez asustados por lo que había sucedido. Salió a la calle vestida con sus vaqueros y una camiseta rosa y se dirigió hacia el autobús. Johanna estaría en la tienda. Poco a poco, las cosas se habían tranquilizado en su casa. Habían encontrado algunas pertenencias de los asesinados en casa de Agatha, como el colgante jade de Pilar, que usó para retenerlos y obtener energía de ellos. Al final, se habían ido y estarían descansando en donde fuera.

—Maya, Maya —una voz familiar se acercó a ella mientras caminaba por la calle.

—Azucena, hace días que no te veía —dijo ella cogiendo el teléfono como si hablase con alguien.

—He recordado, por fin. Estuve vagando por el cementerio antiguo y de repente, vi mi tumba. Fue algo mágico. Recordé todo de golpe y he visto a mi familia. Ellos viven a las afueras y tienen un bebé. Debe de ser mi tataranieto o algo así, y venía para despedirme.

—¿Vas a irte a la Luz?

—No, no de momento, quiero cuidarles un tiempo, quiero saber de ellos. Cuando vea que están bien, me iré. Te agradezco mucho tu compañía durante este tiempo.

—Tú me has ayudado y me alegro de que por fin los hayas encontrado.

—Vendré a verte y a tu bebé. Ella es especial.

—Eso parece —suspiró Maya—. Sé feliz, Azucena.

—Y tú, cariño.

La muchacha se alejó y ella tomó el autobús hacia la calle donde tenían la tienda. Ese día no tenía que trabajar hasta la una, así que iba a aprovechar, aunque Fran debía de ser el primero en saberlo, necesitaba saber que estaba bien protegida.

Johanna le dio un enorme abrazo y la miró sorprendida. Luego tocó su vientre y sonrió.

—¡Enhorabuena!

—En este mundo es imposible tener secretos —dijo Maya sonriendo.

—Ven, pasa a la tienda, prepararé una buena infusión y protección para ti y tu bebé.

—Es una niña. Me lo dijo mi padre hoy mismo.

—A tu hombre le dará un ataque. Seguro que ella será especial.

—Eso parece, por eso venía, pero ya lo has adivinado. ¿Cómo va todo?

—Bien, dentro del duelo.

Después de charlar un rato y de llevarse varias protecciones, decidió ir caminando hasta el bar. La temperatura era buena y le apetecía estar un momento consigo misma.

¿Todo bien, amor?

Mejor que bien. ¿Y tu caso?

Bien. Más tarde hablamos. Te amo

Y yo, Fran.

Siguió caminando, tan contenta, hasta que llegó a la altura de un callejón oscuro, donde escuchó un ruido. Una mujer que ella conocía salió de las sombras.

—¡Hazel! Te veo muy bien.

Maya observó a la cazadora de demonios. Esta vez, parecía tener unos cuarenta, llevaba el cabello blanco trenzado e iba vestida como una heroína de video juego, llena de cuero y cuchillos.

—Maya, necesito tu ayuda y me fastidia tener que pedírtelo, sobre todo, ahora.

—¿Qué ocurre? Yo… ¿cómo puedo ayudarte?

—Tienes que venir allá dentro conmigo, porque hay un lío de cojones.

—Pero ¿mi bebé? Estará en peligro.

—Tranquila, yo te protejo. Pero es necesario o esto se acaba.

Maya observó a Hazel. Siempre le había parecido muy segura de sí misma y en ese momento, sudaba.

—Pero ¿cuándo? ¿Qué tengo que preparar? O sea… dame más detalles. Tengo que avisar…

—Lo siento, Maya, es ahora.

Hazel se adelantó sin que ella pudiera hacer nada, la tomó del brazo y la empujó hacia las sombras. Ella cerró los ojos por el vértigo

que le produjo viajar donde fuera. Cuando pusieron los pies en el suelo, tuvo ganas de vomitar, pero se contuvo. Se irguió, abriendo los ojos mareada y no pudo creer lo que vio.

****

Un momento…. ¡no te acuerdes de mi familia!

Si te apetece seguir leyendo este **relato gratis**, ve a esta página y una vez te suscribas, recibirás en tu correo 7 emails (1 por capítulo) con un relato sobre Hazel y un poquito más de historia de Maya y Fran.

No lo he incluido porque está fuera de esta historia y es como un añadido, como un epílogo mucho más largo y… no te cuento más, solo que podrás descargarlo gratis aquí.

Enlace: https://www.anneaband.com/hazel/
QR:



****

Otros libros relacionados

¿Y ahora qué? Si te gustan las brujas y no has leído Black Rock, creo que te enganchará. La primera novela, desde que salió (y te hablo a la publicación de este libro), ha estado día sí, día no, en el #1 de varias categorías. Y las otras la siguen.

Te explico un poco de qué va:

Saga Black Rock

¿Te imaginas una saga de brujas, en Escocia? ¿Puedes visualizar a lobos vigilantes?

¿Una antigua rencilla? ¿Dos especies que no se soportan, pero que deben colaborar?

Amor, pasión, mucha acción y magia es lo que vas a encontrar en la saga Black Rock, compuesta por los siguientes libros. Te muestro el primero.

Las brujas escocesas de Black Rock

El primer título. Encontramos a los fundadores de esta familia híbrida: Bárbara, una joven escocesa que desconoce que pertenece a un linaje de brujas. Ella recibe una carta que la hará viajar a Glencoe, donde se encontrará con un hombre fascinante, Jason, que no parece llevarse nada bien con la fa-milia.

Lo que va a descubrir le cambiará la vida para siempre, incluyendo un amor apasionado.

Enlaces Amazon: https://amzn.to/41cLg4P

Resto del mundo: https://relinks.me/B0B6H4RCB2

Esta novela (a fecha de hoy), suele encontrarse en los primeros puestos de la categoría de Fantasía Urbana, paranormal o contemporánea.

Toda la saga:
Las brujas escocesas de Black Rock
Los lobos escoceses de lack Rock
Nimué
James
Claire

A lo mejor también te apetece leer otro thriller paranormal. En ese caso, te invito a leer **Verano Eterno**, que tiene vampiros y un policía duro de pelar.

Enlace España: https://amzn.to/3NvjM5S
Enlace internacional: https://relinks.me/B0C43V9Y5D

Agradecimientos y sobre mí

En primer lugar, quiero comentaros que esta novela se publicó por primera vez en Wattpad y que allí recibió muchos y preciosos comentarios como estos:

nela551
Una linda historia paranormal. Me encantó, y sí, yo creo entodo eso...

PalomaGuzman72
¿qué puedo decir? que es una historia original, amena, muy ágil, que te engancha y se lee rápido...¿ habrá segunda parte?

kenalexly
Muchas gracias por tu historia, la verda soy fanatica de éste tipos de lecturas, y me encanto .
Gracias y sigue así. Te mando un fuerte abrazo

lolabellmunt
me ha encantado, te mantiene intrigada episodio, tras episodio. La recomiendo.

lili2576
Disfrute cada capitulo de esta historia. Quede enganchada

inesosuna
Gracias Anne, por compartir tu talento creo que es la primera historia tuya que leo y me encantó, espero nos sigas regalando más, te deseo lo mejor, un abrazo.

RhinaAndrade
Que lindos

aitorgomez529
ME ENCANTÓ, lo bien que has narrado algo tan complejo como el espiritismo, has conseguido una historia hermosa y llena de emoción, MIL GRACIAS

rebecap01
que bonito que pudiera hablar con su papá, ya quiero yo que me oase algo y poder hablar con mi madre de nuevo. Gracias esta historia estuvo increíble

VernicaBernabeuCarbo

Muchas gracias por la historia. Me ha gustado mucho, sobre todo los giros que ha ido teniendo, aunk el mal comportamiento de Fran con Maya me dolió pero el resto ha estado muy bien. Suspense, intriga, amor, luz y oscuridad. El detalle de la bruja, y que volviera al final, le ha dado un toque redondo. Felicidades!

MariaPilarAbancesLaz
Gracias a ti por esta maravillosa historia

Estos son algunos de los comentarios finales, los de cada capítulo no los incluyo. Me siento muy agradecida a todas las personas que me apoyan en cada historia que publico. A todas vosotras, millones de gracias. Os dediqué este libro y de verdad que lo hago de corazón.

Espero no dejarme a nadie. Si es así, ¡disculpad!

También quiero dar las gracias a mis lectoras beta: Paqui, Pili, Francesca y Maite, que siempre me ayudan dándome ideas, consejos, o sugerencias, incluidas imágenes que pueden inspirarme. Son maravillosas. Gracias a mis chicas por insistir en que el final fuera más romántico.

A mis hermanas, que me apoyan al mil por cien. A mi nueva correctora, mi hermana Eva, la culpable de que haya un epílogo. Luego salió todo lo demás. Gracias por darte cuenta de cosas que se me pasan, porque estoy tan dentro de la historia que tu ojo clínico es imprescindible.

A mi esposo, que constantemente me anima a que siga escribiendo. La vida de un escritor autónomo no es fácil en ocasiones, pero cuando tienes a alguien a tu lado que te respalda y te apoya al cien por cien, os aseguro que se puede llevar.

A todos mis lectores, (lectoras, básicamente), que hacéis que cada día sienta más fuerza y ánimo para seguir escribiendo. Tú eres el motivo por el que publico una novela tras otra.

Todas aquellas personas que me seguís en redes, que dejáis comentarios, que me escribís correos, (y aquí también podría nombrar unas cuantas maravillosas lectoras con las que mantengo comunicación y que, en cuanto saco un libro, me escriben para decirme que ya lo tienen, bien en su Kindle o en papel). Realmente, no sería nada sin vosotras.

Ahora, os hablo de mí, por si alguien no me conoce.

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el seudónimo de Anne Aband.

Alguna vez me han preguntado por qué me puse ese seudónimo y es que al principio, escribía por afición, como casi todos, cuando

empezamos.

Mi intención era escribir libros de informática (he dado clases durante más de veinte años), pero luego pasó que empecé a tener éxito, a ganar algún premio literario y… ¡ups! Escribir libros de informática pasó a segundo plano.

Amo la fantasía y la romántica y ¿qué mejor que unirlas en una novela?

A las fechas de escribir esta biografía llevo muchas novelas publicadas (esta es la número 70) y también unos cuantos libros con otros seudónimos, desde eróticos a infantiles o cuadernos para escritores.

A veces escucho a escritoras y otras personas que dicen que publicar a menudo baja la calidad. No estoy de acuerdo. A mis libros les doy mucho mimo. Pasan por los mismos procesos que otros, muchísimas revisiones, lectoras betas, correcciones, más revisiones. La diferencia es que mientras se están revisando, yo estoy pensando o escribiendo el siguiente. Otra característica es que escribo de forma muy fluida y también que invierto muchas horas, pero muchas, al día.

Así que mientras las historias me asalten a altas horas de la madrugada y me obliguen a escribirlas, voy a seguir así, creando historias no muy largas, con mucha acción, fantasía, brujas y amor. De aquí a un tiempo, puede que esto haya cambiado. De momento, estoy bien aquí.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargarte una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: @anneaband_escritora

Si eres autora, voy colgando en mi otra web cosillas: www.yolandapallas.com

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostaría la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.

***

¿Te importaría… valorar este libro?

Me sentiría muy agradecida si puedes valorar el libro en Amazon, te dejo QR para que puedas hacerlo de forma rápida:



O en este enlace de Amazon: https://www.amazon.es/review/create-review/?ie=UTF8&channel=glance-detail&asin=B0CSFTM2XF

Las valoraciones son importantes para el autor, nos ayudan a saber vuestra opinión y, para qué decir lo contrario, nos anima a seguir escribiendo. ¡Millones de gracias!